

**LUIS MARIO VITETTE EL  
LADRON  
DEL  
SIGLO**



## El ladrón del siglo

# **El ladrón del siglo**

Luis Mario Vitette

# Índice de contenido

Portadilla

Legales

Prólogo

Primera Parte. Mario, Marito

1. La plata no cae de los árboles
2. Una voz en la oscuridad
3. Mario, Marito
4. La casona
5. Oscuridad
6. Nunca hay que volver
7. Muy confiado
8. Gisselle y Mario y la muerte de Don Vito
9. Las fugas de Marito
10. Trabajo, como siempre
11. Malas juntas
12. En camioneta
13. Plata tengo
14. Cosas que pasan
15. Tres días
16. Mau mau
17. The Sub
18. Amor o sexo
19. Impecablemente trajeado

Segunda parte. El hombre del traje gris

20. El asalto I
21. Preocupación
22. El asalto II
23. Sueños
24. El asalto III
25. Domingo 15 de enero de 2006

## 26. Despedida

Vitette, Luis Mario  
El ladrón del siglo / Luis Mario Vitette. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Planeta,  
2019.

Archivo Digital: descarga  
ISBN 978-950-49-6942-6

1. Biografía. I. Título.  
CDD 920

© 2019, Luis Mario Vitette Sellanos

Diseño de cubierta: Departamento de Arte de Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Fotografías de cubierta: Ignacio Coló

Todos los derechos reservados

© 2019, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Publicado bajo el sello Planeta®

Av. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.

[www.editorialplaneta.com.ar](http://www.editorialplaneta.com.ar)

Primera edición en formato digital: noviembre de 2019

Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del “Copyright”, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite

ISBN edición digital (ePub): 978-950-49-6942-6

*Es muy fácil llegar cuando el horizonte es luz  
y mi rumbo un beso, Elicet.*

# PRÓLOGO

Parado en cualquier punto de la línea de su vida, el futuro de Vitette es un fracaso. En el lugar donde el ladrón se detuvo para siempre, en cambio, observar el pasado, invita a la sonrisa de autocomplacencia que se concede con este libro. Lo vivió, lo intentó y lo padeció todo lo que carga en su alma y en su conciencia un ladrón convencido.

Las aventuras de los escuchantes, como él se define, son tan apasionantes como las que se viven en el cine, con el espectador conteniendo el aliento deseoso de que no sea atrapado. Siempre estamos esperando por el director que le permita escaparse al final con el botín colgando de su hombro.

Cuando el ladrón entra por la azotea, en páginas reveladoras como las de Vitette, el lector siente que es su persona la que se interna en ese territorio desconocido, a oscuras, arriesgando su libertad, quizás su vida, buscando no sabe exactamente qué, gozando las sustancias que le recorren el cuerpo como si fuera una droga. Se camina con Mario hacia el living. No hay nadie, todavía, menos mal. A ver el dormitorio, caminando sin zapatos, tanteando a cada paso, el oído alerta a cualquier sonido. El lector avanza también. No quiere que lo pesquen. Que se lleve algo, cualquier cosa, de una buena vez, que se conforme con lo primero que encuentre y que se vaya, que salga de ahí.

Marito saborea la adrenalina, y se mete, busca, usa llavecitas de todo tipo, intuye, piensa recostado al respaldo de la cama. Deduce qué clase de gente habita el lugar, traza el perfil para saber si hay algo más. El lector piensa que jamás se animaría a tanto. Es una locura la que se dibuja en su cabeza. Sin embargo, moralmente acompaña a Marito en su recorrida. Y cuando él se va, otra vez azotea, techo y pasillo, en el momento de saludar al encargado que limpia la vereda, o fuma sentado a la puerta del edificio, recién entonces el libro da una tregua.

En un lugar no demasiado lejano a la esquina en la que Mario Vitette enciende un cigarrillo y otea el horizonte de la ciudad, un presidente quizás está armando una empresa que se compra parques eólicos a bajo precio para insuflarles luego mucho más valor y venderlos. Pero no tiene la misma gracia. De los dos ladrones es preferible Vitette, porque su trabajo lo hace corriendo riesgos. No es fácil responder por qué Marito hace lo que hace. Parecería que no es solo cuestión de dinero, porque cuando lo tiene, no se calma. Es un impulso. Un motor en el cerebro, un desafío, un juego, un destino.

El lector desprecia a Vitette, cuando le hurta la recaudación a una azafata del Buquebus. Esa ya no es la revancha contra el capitalismo, la pequeña y entretenida revolución individual que protagoniza cada día.

Cuando roba a los ricos, alguien puede pensar que al fin de cuentas es un pequeño impuesto que paga aquel que se sirve de un sistema que estafa a millones. En el barco que lo trae a Buenos Aires sin un peso, no hay batalla. Está el dolor de una piba que ahora llora ante al jefe sin poder dar explicaciones de cómo pudo ser tan tonta, tan distraída, y entre gemidos ruega que le crean, que de verdad la robaron. Ni siquiera si Vitette pudiera tener el perfil de alguna red que le diga que la azafata vota neoliberalismo, que es fanática de la derecha, que colabora con un sistema perverso se comprende ese rateo. No vale porque quizás no se dio cuenta de la forma en que alimenta la aparición de vitettes. Otros, que suelen ser más violentos cuando llegan de los

arrabales a los que fueron arrojados por el sistema, y vienen resentidos, despreciando vidas, incluida la propia. La página de la azafata no se parece en nada a revisar departamentos de Barrio Norte, en los cuales Vitette, lo supiese o no, tiene a sus verdaderos rivales.

En cambio, lo del banco de Acassuso, esa película de la que fue actor decisivo, le acarrea admiración. Genial, increíble, fuera de serie, dijeron del asalto. Se hieló la sangre cuando el lector se ve a sí mismo, entre rehenes desparramados por el piso, socios que desvalijan cajas de seguridad, y cientos de policías en la puerta negociando con Marito. La planificación del golpe, la ejecución, la forma de partir, en medio de una historia que no imaginaron los grandes guionistas del cine. Y en la cabeza del lector juega que se trata de un banco. Muchas veces fue rehén de un banco. En otras fue estafado. Siempre lo maltrataron con una sonrisa que era peor que una pistola. Los encuestadores, en tiempos de andar de capa caída podrían averiguar qué porcentaje de personas aplaude episodios como el del asalto del siglo.

Al capitalismo, se lo enfrenta como se puede. Solo hay que ver a qué se anima cada víctima. Ahora Vitette sabe que nunca más robará. Podría cualquiera darle la casa y no faltará nunca nada. Las batallas son otras y en el dar y quitar, lo segundo ya no le provoca emoción. Vitette ofrece la derrota del hombre domesticado por esa sociedad a la que combatió durante décadas, caminando cornisas, metiendo llaves en cualquier cerradura propicia, avanzando en la oscuridad con las manos adelante sin saber si el próximo cuerpo es un armario o una víctima paralizada de terror.

Los fracasos ya vividos, la cárcel, pero sobre todo la pérdida del impulso. Aquello que estaba en su cerebro y era más fuerte que nada. La razón moral para confrontar con leyes que se le antojaban falsas, encubridoras de los verdaderos atracadores del mundo. Ese empresario conocido como un magnate de la actualidad, un señor rico y apreciado socialmente al que Marito le vendía lo que robaba.

El hombre de este libro, perdió más de lo que ganó. Se lo puede ver como un ingenioso y pobre caco que se pasó buena parte de su vida en la cárcel. Él escribe una historia en la que aspira a que también se lo vea como un romántico que, al menos, se la jugó.

Víctor Hugo Morales

PRIMERA PARTE  
**MARIO, MARITO**

# 1

## LA PLATA NO CAE DE LOS ÁRBOLES

Había venido muy caluroso el enero de 2005. Resulta que estaba en mi casa, en el barrio de Congreso, en Nicolás Rodríguez Peña 110, 11° B, con mi esposa Alicia, que seguía durmiendo. Ella era noctámbula: cosía, planchaba de madrugada; yo aprovechaba a descansar. Ese día madrugué, porque venía la señora del patronato a controlar mi liberación condicional. Por ese entonces, yo tenía montada una empresita de sistemas y en un segundo dormitorio tenía computadoras desarmadas, facturación, herramientas, que era lo que yo le mostraba a la señora del patronato, y ella se iba contenta.

Así que bien temprano fui a la cocina y preparé mi pava, mi caldera, como decimos en uruguayo, para tomar un matecito amargo. Abrí la puerta de la terraza lavadero, inspiré un par de veces. Sol, aire... Parecía como si hubiera estado alguna vez necesitado de eso. Y sí, estuve, es verdad.

Me fui al otro dormitorio en calzoncillos, me higienicé, di mis vueltas, con mi matecito, muy tranquilo. Me senté en la mesa de trabajo frente a una morsita, con una llave de las que le llaman computarizadas, y me puse a trabajar sobre ellas. Unas limitas, un taladrillo, un estuchecito de cuero... A esas llavecitas que yo trabajaba, les ponía parafina, con una hoja de afeitar las iba recortando y las guardaba en aquel estuchecito. Son las famosas «llaves de vela», que luego de un robo tantas veces se pregunta la prensa si abrieron con llave: «¿Es alguien de aquí? ¿Tenía llave del lugar?». No, nadie de ahí, son llaves que nosotros arreglamos y preparamos.

Entonces las puse en la cartucherita, y así transcurrió la mañana, con mi matecito. Me vestí, y al rato sonó timbre. Yo ya sabía quién era. Subió la señora del Patronato que ese día haría un control mensual de rutina. Le mostré las computadoras, mi facturación —que, como yo pagaba impuestos y tenía facturas, se las daba a otro amigo, también uruguayo, que no figuraba en la AFIP y trabajaba con mis facturas, y así yo tenía talonarios para mostrarle a la señora de trabajos realizados—, y allá se fue ella, contentaza con mi ficticia actividad laboral.

Bastante antes del mediodía, agarré mis llaves recién trucadas. Salí con mi uniforme mañanero, pantalón de vestir y una camisita, y agarré mi camioneta flamante. Vivía en una casa flamante, con olor a pintura, recién pintada. Todo esto, camioneta, casa, hasta pantalón y camisa, era producto de un ilícito, el último que había cometido, en frente de Corrientes 550, donde robamos medio millón de dólares de una casa de cambio para repartir entre tres.

Sin apuro, en mi camionetita, fui a una zona cercana a donde vive Charly García, Santa Fe y Coronel Díaz, estacioné y me bajé. Empecé a caminar, a caminar, a caminar... En un momento, sobre Coronel Díaz vi unas ventanas, tercer piso, cerradas. Probé mis llavecitas en la puerta de servicio. Saqué una. No sirvió. Ya no la puse en el estuchecito, la puse en mi bolsillo. Agarré otra llavecita de las arregladas, y con esa sí abrí la puerta de servicio. Puse un pie para que la puerta no se cerrara y probé la llave del lado de adentro de la cerradura, porque como es una apertura forzada muchas veces las llaves abren desde afuera pero no desde adentro, lo que significaría quedar encerrado. Subí por la escalera hasta el tercer piso, donde había visto esas ventanas con las persianas cerradas, claro indicador de que adentro no hay nadie o están durmiendo. Agarro mi

teléfono muleto, el que usaba para estas cosas y que tenía instalado un software determinado que no voy a revelar, cosa de que no quedara nada registrado en mi celular oficial. Hice sonar el teléfono de línea de adentro de la casa.

Ring, ring. Ring, ring. Ring, ring. Ring, ring...

No atendió nadie.

Me arrodillé y mire por la boca de llave hacia el interior del piso: ni llave puesta ni luces adentro.

Abrí mi portafolio, saqué mi herramienta. Era una puerta de esas en las que suben fierros para todos lados, las más seguras que publicitan. En realidad, si pensamos que una llave pesa cinco gramos o cuatro gramos de metal, y así chiquita es capaz de abrir esos cientos de kilos de una puerta, entonces no debe ser tan difícil. Hay que emplear la inteligencia. Empleé mi oficio, entonces, y por un lado vulnerable abrí la puerta. Entré rápido. Casa toda oscura. No había nadie. Rápidamente y de puntitas de pie, recorrí el departamento. Al pasar por la entrada principal que comunicaba directamente con el ascensor, puse la cadena de seguridad en la puerta por si llegaba alguien en ese momento, así se le imposibilitaba la entrada y me daba tiempo suficiente a irme como había entrado. Fui derecho al dormitorio. A todos nos gusta guardar nuestros valores bien cerca de donde más estamos. Y casi siempre guardamos en el dormitorio. Nos gusta tener las cosas allí, a mano.

Fui, abrí el placar. Sobre un costado, ¿qué vi?: un cofrecito. Es de rigor que la llave está al alcance de la mano. Nadie va a buscar la llave a otro lugar, a un cuarto lejos. Pasé la mano por encima de la puerta y ahí la toqué. Los carpinteros suelen hacer esas cavidades encima del marco de la puerta para guardar la llave, porque después tú cerrás la puerta y no molesta.

Abrí la caja. ¡Fua! Un montón de dólares. Nadie guarda los billetes tirados; todos los guardan en fajitos. Inmediatamente, te das cuenta de cuánto más o menos encuentras. Había una cajita verde, de esas de una marca de relojes muy conocida, con una coronita. Abrí: no estaba el reloj. Mala suerte para mí y buena suerte para el propietario. Ahí hubiera tenido otros miles de dólares. Bueno, igual, me llevé alhajas, joyas, perfumes, no sé qué, no sé cuánto. Salí por la misma puerta, igual a como entré, unos minutos después. Bajé, puerta de servicio, cerré, salí a la calle. Me subí a mi camioneta y me fui a casa. Ya estaba despierta Alicia.

«Buen día, amor.»

«Buen día, amor.»

Yo tenía unos miles de dólares del último ilícito que mencioné. Me habían tocado más de ciento cincuenta mil. Estaban escondidos atrás de un placar, en la pared, en un lugarcito. Fui con aquel puñado de dólares, abrí aquel escondrijo, aumenté la cantidad de ahorros que tenía y le di a Alicia las joyas para que se entretuviera probando el oro, viendo si eran diamantitos, esmeralditas... Después me llevaba todo eso a la calle Libertad, donde están todas las joyerías. Bueno, así que había tenido éxito.

Al mediodía, charlamos un rato con mi esposa, almorzamos y, después, como la plata no cae de los árboles ni la cagan los perros, hay que salir a buscarla a la calle. Un dicho popular dice que la plata llama a la plata. «Si gané—pensé—, yo me voy otra vez.» Dormí un rato la siesta para reponer energías.

Entonces me voy de noche temprano. Camino por Nicolás Rodríguez Peña hasta avenida Corrientes. Doblo a la derecha, mirando carteleras de teatro de revistas y vidrieras de comercios, como cualquier hijo de vecino, pasando desapercibido. Doblo a la izquierda en la calle Libertad hasta que esta termina y nace la calle Quintana. Camino algunos metros, veo un décimo piso que me gusta, pero en el palier está sentado el encargado de seguridad del edificio. Observo los

alrededores y veo una posibilidad de entrar en el edificio de Quintana 26. Abro con una de mis llaves apropiadas. Subo a la azotea. Cuando voy a la escalera de servicio, que siempre está muy encerada porque nadie la transita, me saco mis mocasines y subo de medias, para no hacer ruido. Suelas de goma y pisos encerados te delatan chirriando. Llego al último piso, una puerta de chapa que se abre con una llave petisa de las más comunes. Abro esa puerta y salgo a la azotea llevando un maletincito y un bastón, porque si cualquiera me ve soy un señor mayor inofensivo que ando con un bastón. En realidad, ese bastón es una extensión de mi brazo. Nadie supone que, si yo, que soy bajo, estirando el brazo cubro dos metros cincuenta, con más de un metro de bastón extra cubro cualquier altura hasta un piso superior.

Así que veo... Me descuelgo... Miro... Escucho... Nada, cero ruidos. Entro por la puerta balcón, abro. Nadie cierra con llave una puerta ventana en un piso 10. Todo oscuro. Calladito, en silencio, me voy al dormitorio. Nadie respira fuerte; nadie, nada. Voy hasta la cocina, agarro un tenedor, le tuerzo un diente y lo cuelgo en la cerradura, del lado de adentro de la casa. Cualquiera que venga del lado de afuera mete su llave, y la llave entra. Pero cuando va a girar no gira, encuentra un obstáculo. Lo que menos piensa el tipo es que tiene a alguien adentro de la casa. Piensa que está trabada su cerradura por algo, que la llave está rota. Con ese ruido me alerta, y con lo que él demore en buscar una solución tengo tiempo suficiente para poder irme.

Encuentro un vestidor enorme: de un lado, de mujer; de un lado, de varón. Otra vez un buen producto, como el de la mañana, impresionante. Hay un maletín cerrado en el que, al sacudirlo, noto objetos en su interior. Saco mi destornillador y con destreza lo abro. Qué sorpresa me llevo cuando se desparraman juguetes sexuales. También tiene una bolsa con balas calibre 3,57, pero el arma no está, por lo que deduzco que la tiene el propietario encima, así que mis mecanismos de defensa indican momento de retirarse. Y me voy.

Salgo a la azotea por la que entré. Engancho el bastón con una empuñadura de caballo del piso superior del cual me descolgué para entrar.

Es muy fácil robar, muy fácil para uno cuando se tiene experiencia, cuando se utiliza ese tipo de modalidades: hacer de Hombre Araña cuando no hay luz de día.

Bajo, salgo a la calle... sin ningún problema. Tomo un trozo de papel de una agenda, envuelvo la llave y escribo «26» en el envoltorio. La calle la recordaré. Sé que con esa llave tengo acceso a un edificio y, por él, a los techos linderos, por si en un par de meses decido regresar a la zona tan productiva. Saludo con un ademán al encargado del edificio que recién termino de robar y desando el camino que hice para llegar a aquel lugar. Parece raspar y ganar. Más fácil...

Me voy a mi casa. Pongo todas las cositas en orden y, al otro día, voy a la calle Libertad, a venderlas en los comercios de reductores que pagan un tercio del valor de mercado pero no piden ningún tipo de identificación ni papeles de compra de esos objetos.

Así que es muy fácil robar.

## 2

# UNA VOZ EN LA OSCURIDAD

La mansión tiene una escalera de mármol enorme, que se abre en dos alas como abanicos y conduce a los dos lados del piso superior. Frente a una puerta del lado izquierdo, están de pie, inmóviles, tres enfermeras, o tal vez una enfermera y dos mucamas. Una lleva ropa limpia doblada; otra, toallas; la tercera, ropa de cama. Están paradas, muy juntas, amedrentadas. La cuarta, que sí es enfermera, está un poco más adelante, frente a la puerta. Suspira, se hace la señal de la cruz con resignación, aferra el pestillo y entreabre la puerta. Dentro de la habitación, todo es oscuridad y un olor nauseabundo.

—¡No prendas la luz! —vocifera una mujer desde adentro—. ¡Váyanse, hijas de mil putas!

—Soy yo —dice la enfermera, bastante inútilmente porque es la única persona que abre esa puerta.

—¡No quiero que me toquen, váyanse, no las puedo ni ver! —sigue chillando la mujer de adentro, sin prestar atención a las protestas de la enfermera, que trata de razonar.

—Pero por favor, niña, la tenemos que medicar, la tenemos que alimentar...

No logra ningún resultado, y los gritos siguen.

—¡Váyanse, putas, no las quiero ni ver! ¡No resisto más, váyanse! —Y termina con el mismo pedido repetido de todos los días—: ¡No prendan la luz!

La enfermera cierra la puerta y mira con tristeza a las otras tres. Cada una reacciona diferente respecto de la escena que acaban de vivir. Una comparte su tristeza; otra tiene cara de susto; la otra ya tiene esa expresión de fastidio que tanto se acostumbró a ver la enfermera y que es señal clara de que, en pocos días, si no hoy mismo, va a renunciar y nunca va a volver.

La habitación sigue en penumbras, casi silenciosa, salvo por una respiración débil pero agitada que de a poco se va quietando, calmando.

Un buen rato después, en un lugar apartado de la propiedad, suena un teléfono interno. Suena una, dos, tres veces. La enfermera llega corriendo y atiende. Es la línea directa que comunica con la habitación oscura.

—Vení, Esther —le dice la mujer de la habitación, secamente pero calmada.

Esther, rezando todo el camino, va.

—No prendas la luz, Esther —dice la mujer del cuarto, como siempre. Y enseguida—: Quiero que vayas a lo de Reina.

Esther se estremece, aunque ya se lo esperaba.

—No, por favor, niña, a lo de Reina no. Le hace mal eso.

—Te ordeno, te ordeno que vayas a lo de Reina. Cambiate y andá ya mismo.

—Por favor, niña...

Los gritos y los insultos recomienzan. Se abre la puerta, y Esther sale, con lágrimas en los ojos.

Dentro de la habitación, la mujer verbaliza unos comandos y recita un número. Se escucha el tono de libre de un teléfono, los pitidos de marcado y el sonido de la llamada sonando en el otro extremo. Otra mujer dice:

—Hola.

—Hola, Reina, soy Gisselle.

La otra mujer, Reina, suspira con fastidio.

—Ay, otra vez no, Gisselle, no, por favor, ya te dije. No me llames más, por favor.

—Escuchame una cosa, Reina... Por favor, vos sabés que mi vida es muy difícil, sin tu ayuda yo no podría. Por favor... —el tono de Gisselle es implorante, al borde de las lágrimas.

—No, no, ya te dije que no, Gisselle. Ya te expliqué...

De inmediato desaparece toda blandura de la voz de Gisselle.

—¡Te voy a delatar, voy a ir a llamar a la policía! —grita—. ¡Sabés que yo estoy jugada, a mí me da lo mismo, sabés que no me importa nada! ¡O me ayudás o te delato!

Reina lo sabe, y lo sabe muy bien. Interiormente, maldice la hora en que aceptó tener estos tratos con Gisselle.

También sabe lo que se juega. Ella es la proveedora de sustancias tóxicas para muchas personalidades del jet set porteño, y ante una delación de Gisselle se comprometería a mucha gente.

—Bueno, hagamos una cosa —dice—. Es la última vez, pero ahora sí, la última. Después delatame, hacé lo que quieras, pero a mí no me jodés más.

La voz de Gisselle suena a triunfo.

—Ahí está yendo Esther. Te lleva dinero.

Reina resopla.

—No quiero dinero, Gisselle. No es por dinero. No quiero venderte más.

—Ahí va Esther. Por favor, estoy esperando gente de Europa. Mandame de todo un poco. Mandame de todo.

«Gente de Europa, seguro, sí, claro...», piensa Reina con sorna.

—Bueno, te juro que la última vez. La última vez —asegura y cuelga.

Esther vuelve de lo de Gisselle. Va a la cocina. De un placar, saca un recipiente de plástico con reparticiones y un enganche que sirve para sujetarlo a algún tipo de mecanismo: el depósito de un dispensador de medicamentos. Llena las reparticiones con pastillas, muchas pastillas. Cierra el recipiente, lo asegura y sube al primer piso. Abre el pestillo de la habitación de Gisselle.

—No prendas la luz.

### 3

## MARIO, MARITO

Marito en realidad se llama Luis Mario Vitette Sellanes. Nació en 1955 en San José, Uruguay, en un hogar de buenas costumbres en el que se profesaba la fe católica. De chico, se dedicó a estudiar el secundario, un poco de idiomas, un poco de música. Alternaba trabajos en el campo o en los comercios de su papá, en el ramo de la gastronomía.

Muy joven, conoció la prisión. Fue en un muy lejano 1973 cuando, entre drogas y algunas grapas de más, terminó en el batallón número 6 de Infantería con asiento en la ciudad de San José de Mayo, por insultar al presidente de la república Juan María Bordaberry.

Así fue que, allá por 1976, se vio involucrado en un hecho de robo y homicidio, en el que no hubo dudas para que la Justicia lo condenara severamente. Sin embargo, hasta hoy en día hay diferentes versiones de los hechos, que se rumorean en el «pueblo chico infierno grande», San José de Mayo. Años después, reflexiona que ese fue el hecho fundamental que le arruinó la vida:

Así conocí el penal de Punta Carretas, en Montevideo. Y nadie que conozca el penal de Punta Carretas se retira. Nadie deja. Siempre se ha dicho, hasta el cansancio, que las cárceles no son una escuela, que la cárcel no es una universidad del delito, pero, entre vos y yo, sí lo es. Cualquiera que esté preso tantos años sale convertido en un delincuente, aunque sea por escuchar. Aprende modalidades, formas de hacer las cosas, o cómo las hicieron otros, y uno después empieza a razonar cómo es mejor, cómo mejorar en el oficio. Y nadie que vaya preso puede salir sin quedar contaminado por todo lo que allí ve. Quien conozca la cárcel en profundidad, como yo, que estuve muchísimos años detenido, es muy difícil que no salga manchado. Algunos juzgan, sobre todo el periodismo amarillo, diciendo: «Escuela de delincuentes», y yo siempre públicamente digo: «No, no, no, no». Pero ahora, entre ustedes y yo, se lo reconozco. Evidentemente, uno allí aprende. Es lo que mama todos los días, es lo que escucha, es lo que ve: otro montón de perdedores iguales que uno, que han dejado la vida detenidos.

Entonces, ahí aprendí. Estando yo preso, volvió la democracia, en 1984, y con eso vino la ley de Pacificación Nacional, ley de media pena para los presos comunes, y para los presos políticos, la libertad inmediata irrestricta. Y resultó que a mí no me alcanzaba, me faltaban como dos años para mi mitad de pena. Y la cárcel se empezó a poner violenta. Andábamos todos armados. Yo salía a mi taller de relojería todos los días y volvía. Porque estudié relojería en la cárcel. Me recibí en la UTU, la Universidad del Trabajo de Uruguay. Pero de tarde volvía al penal. Andábamos todos armados, y el ambiente estaba muy espeso, se había vuelto insoportable. Tuve una audiencia con el juez de mi causa, le expliqué mi situación personal, a lo que su señoría respondió que matemáticamente era imposible mi liberación anticipada, que la ley era taxativa y me faltaban dos años para el cincuenta por ciento de la condena. Hasta que un día me dije: «Esto no termina bien». Y en una salida transitoria, un 22 de febrero de 1986, agarré y me fui para la Argentina.

Así empecé la vida que iba a llevar por años y años. Noche, droga, alcohol, robos. Todo lo que aprendí en Punta Carretas lo apliqué en Buenos Aires. Me dedicaba a robar mañana, tarde y

noche. A veces caíamos, y en la comisaría era: «¿Cómo te llamás?». «Juancito.» Íbamos al juzgado y lloriqueábamos. Nos soltaban. No existía la informática. Era todo a lápiz y papel. Las huellas se comparaban con un lente de aumento, no con una computadora. Y caíamos a los dos días y vuelta a lloriquear: «Me llamo Pepito, por favor, mi papá...». Domicilio trucho y a la calle. Así junté un montón de antecedentes.

Hasta que un día fuimos a Entre Ríos a robarle a un usurero de allá, frente al Casino. Le robamos medio millón de dólares, pero perdimos en una persecución y caímos presos. Nos agarraron a tiros, y fuimos todos presos a Colón. De ahí, por seguridad, nos llevaron a Concepción del Uruguay y después, a Gualaguaychú, cárcel de extremistas de máxima seguridad. Me escapé un 4 de enero del 87 con ayuda. Crucé el río Uruguay. Nuevamente en mi país, me puse un traje, me cambié la ropa, fui con mi familia. En esa época, tenía una señora que se llamaba Patricia en la ciudad de Las Piedras. Pedí un poco de dinero en Uruguay y me hice un documento falso. En aquel momento, agarraba un documento robado y le hacía una ventanita con un cúter. Cortaba donde iba la foto, levantaba muy despacito la foto original con el mismo cúter o con una Gillette, le pegaba una foto mía y encima un *contact*, la volvía a plastificar. Entonces, la miraras por donde la miraras, quedaba original.

Cuando tuve eso, pronto llamé a la Argentina y les avisé a dos amigas: «Miren que no tengo ni para el colectivo, espérenme». En aquella época, se cruzaba en alíscafos, de una naviera que cubría el recorrido entre Colonia del Sacramento y el puerto de Buenos Aires. Así que con ese documento y con muchísimos menos controles de los que hay ahora, crucé a Buenos Aires. Y allá fueron mis dos secuaces a esperarme en la terminal. Mientras tanto, en el alíscavo me estrené en una nueva modalidad, que para mí no era conocida: el descuido. Le robé a una azafata, porque no había free shop como ahora. Lo que había era una azafata que iba vendiendo botellas de whisky, cartones de cigarrillos, y acumulaba dinero de todas las monedas. No existían los euros, pero cobraba en dólares, en pesos uruguayos, argentinos. Y yo vi dónde los guardaba, haciéndose la disimulada, así que antes de bajarme se los agarré.

Bajé, pasé bien rapidito por Migraciones con mi documento nuevo, ni equipaje llevaba, y cuando llegué a donde estaban mis amigas les dije: «Bueno, chicas, ahora nos tomamos un taxi y esta noche, esta noche nos vamos a cenar y a bailar». Se quedaron asombradas, y una de ellas, que se llamaba Etelvina, me dijo: «¿Pero cómo, hijo de mil putas, si no tenías ni un peso?». «Recién debuté en una nueva especialidad que ni sabía que era capaz de hacer», les expliqué, y nos fuimos.

Y ahí seguí con mis fechorías y esa vida de preso-suelto, preso-suelto...

Hasta que, como buen estúpido equivocado en la vida, terminé en la prisión regional del norte, unidad 7, del Servicio Penitenciario Federal, que queda en Resistencia, Chaco. Allá aprendí un poco de electricidad del automotor, así que egresé de la EPEP número 7, que me hizo una evaluación en las instalaciones de la cárcel, como oficial en Electricidad del Automotor, con título habilitante para ejercer en la provincia de Chaco. Y me reencontré con una señora que se llamaba Zulma Alicia Vera, ahora fallecida, después de muchos años que no nos veíamos. Resulta que la provincia de Entre Ríos me unificó todas las causas, incluyendo aquel delito por el que me fugué, y yo tenía la posibilidad de pedir conmutaciones anuales al superior tribunal provincial, lo que era mucho más fácil que en la Capital Federal o en la provincia de Buenos Aires. Todos los años te daban rebajas, y en la Constitución de la provincia de Entre Ríos existe una rebaja por casamiento, así que Alicia, para ayudarme, se casó conmigo dentro de la unidad número 7 de Resistencia, el 11 de julio de 1996. Cuando me quise acordar, estaba nuevamente en libertad.

Libertad que no se efectivizó, porque me trajeron para Uruguay a pagar lo que debía de la fuga de 1986. Por suerte, hice un cómputo de pena, tantos años que habían pasado, sumé unos años en

Argentina y estuve solo cuatro meses en el penal de Libertad. Libertad se llama un penal en Uruguay. Como cantaba un señor: «Libertad le pusieron, vaya ironía lo mismo que a la noche llamarlo día». El penal de Punta Carretas lo habían cerrado diez años antes, por un motín en el que falleció un amigo, Jorge Alfonso Rondan.

¿Quién es Marito, entonces? Un estúpido, que ha estado toda su vida preso.

A fines de 1997, recuperé la libertad en Uruguay, y dos días después, o tres, ya estaba en Resistencia, con Alicia. De allá viajé a la Capital Federal, donde seguí perpetrando ilícitos, aunque eso sí, ya desde el año 90 no me drogaba ni tomaba alcohol. Me junté con Lalito y otros uruguayos. Armamos una banda de *spiderman* (hacíamos robos con escalamientos, descolgándonos de los balcones o lo que fuera), y me traje a Alicia de Resistencia. Nos fuimos primero a vivir a un hotel a Avellaneda y, una semana después, nos mudamos a Pasteur 430, séptimo piso.

Robar es una manera muy fácil de conseguir dinero, y así como era muy fácil conseguir dinero, también era muy fácil ir preso. Allá caí por robar a algunas personalidades de la televisión y del jet set, que por ahora prefiero no nombrar. Por eso estuve preso hasta 2003, cuando recuperé mi libertad condicional, después de tantos y tantos años y tantos antecedentes. Un 27 de diciembre de 2003, egresé y me fui a vivir a una pensión de mala muerte en Rivadavia 1176, frente a la histórica casa de Bernardino Rivadavia. Unas semanas después, con Alicia alquilamos un departamento amueblado en Tucumán 963, cuarto piso, y así empecé otra vez el mal camino.

Estaba quebrado económicamente hacía años, porque ningún ladrón tiene plata. Somos todos unas ratas pobres que contamos grandezas. Y una semana después volví a las mías y salía de nuevo a la mañana.

Poco tiempo después, hice una inteligencia sobre Corrientes y Florida. Invité a otros amigos, que en realidad a mí no me gusta salir con otras personas, pero era necesario en esta oportunidad. Y allí, con el negro Oscar y otro secuaz, perpetramos un ilícito en una modalidad distinta, muy linda, donde nos llevamos más de medio millón de dólares entre tres. Me tocaron mucho más de ciento cincuenta mil dólares. Llevaba dos o tres meses viviendo en la calle Tucumán, alquilando, y compré un departamento en Rodríguez Peña 110. Ya era fines de 2004. Un amigo escribano me dijo: «Mucho cuidado, Luis Mario, con cómo escriturar esto. Hacelo a nombre de Alicia y justificá de alguna manera el dinero». Así que vine a Uruguay, le pedí a mi papá, ahora fallecido, que me hiciera un adelanto de herencia ante una escribanía, solo para tener un aval y montar una empresa. Pobre papá, me creyó, y con ese papel pude comprar un departamento en la Argentina y escriturarlo a nombre de Alicia. Compré una camioneta cero kilómetro, muy bonita, y me sobraron más de cien mil dólares. Aprovechamos para amueblar todo cero kilómetro, todo sin uso, y para cambiar nuestro vestuario, que estaba hecho pedazos. Yo prácticamente tenía muy poca ropa. Alicia conservaba la suya y parte de la mía. Pasamos de ser unos pobretones a ser propietarios, en un barrio donde nos justificábamos contando que Alicia había recibido una herencia de Resistencia, que obviamente nadie iba a ir a preguntar.

De inmediato creé una empresa de sistemas, LM Sistemas, como pantalla. Me dieron número de CUIT, 20-60313914-4, que aún conservo, y me puse a reparar computadoras. También conseguí un amigo que vivía en otra zona y que sí trabajaba de eso, entonces yo le facilitaba facturas para que él no se inscribiera, pero a mí me servía llenar facturas y conservar los talonarios. Total, ninguno de los dos reteníamos IVA. Éramos monotributistas, pero eso me servía a mí, porque después de haber estado en libertad condicional tenía un férreo control del Patronato del Liberado.

Ahora, por suerte, allí estaba, en esa casa en Rodríguez Peña, calentito, bien comido, con mi esposa. También habíamos abierto una cuenta bimonetaria en un banco que ya no existe, en Corrientes y Pasteur, una cuenta con muchísimo dinero. Y teníamos un muy buen pasar y una vida tranquila, pero la cabra al monte tira, así que yo ya andaba otra vez mirando para los costados a ver qué hacer. Todos los días me vestía, me vestía muy bien. Caminaba unas cuadras, pocas. Me iba a recorrer a lo de mis amigos de la calle Libertad, donde se amontona gran cantidad de joyerías, a ver qué negocio había, en qué podíamos invertir, si había algo para comprar en sociedad con alguien y buscar la manera de ganar algún dinero. Si bien no en el marco de la ley, tampoco en un ilícito muy grave. Comprando algo en el mercado negro y vendiendo.

En esas estaba cuando un día vengo de la calle Libertad, a donde había ido a vender algunas de mis chucherías, y veo por la vidriera de un bar de Teniente Juan Domingo Perón y Nicolás Rodríguez Peña a dos exconvictos conocidos míos.

Uno ahora era abogado, se había recibido estudiando en el Centro Universitario de Devoto (primera universidad dentro de una cárcel en el mundo): Juan Carlos Alejandro Fantoni. El otro señor había caído porque en una unidad básica radical vendía licencias de taxi truchas, pero no una o dos, ¡miles! Eran millones de dólares de estafa. Nos conocimos presos, claro. Ellos me ayudaron económicamente a venirme a la Capital, cuando vivía en el Chaco con mi esposa. Así que nos encontramos y enseguida les dije:

—Si ustedes están acá y hay embrollo, yo quiero estar.

—No, no, todo bien, Marito —me dijeron—. Vamos a ver si hacemos una empresa para traer aparatos cardiológicos de China.

¡Me encantó!

Les dije:

—Bueno, si lo que hace falta es dinero, yo tengo.

Y así quedamos medio en combinación.

—¿Qué hacen ustedes en este barrio?

Y resultó que tenían el estudio en Teniente Perón 1730, a veinte metros de donde estábamos sentados, a media cuadra de mi departamento recién comprado. Desde una de las ventanas de su oficina, veían el edificio donde yo vivía.

Ellos viajaron a China y trajeron unas propuestas para importar aparatos cardiológicos. Así dimos nacimiento a otra empresa a mi nombre, Winlion, palabra compuesta del inglés: *winner* y *lion*, león ganador. Invertí dinero en esos viajes y en esa estadía para salir de la mala vida, pero bueno, no pasó. Así son las cosas. El universo conspira para que uno esté en el lugar y el momento justos o no esté. No pudo ser.

Seguí viviendo mi vida, haciendo como que trabajaba, hasta que me encontré con otro amigo en la calle, también abogado, también recibido en el Centro Universitario de Devoto.

—Hola, Marito.

—Hola, Doc. ¿Cómo estás?

—Bien, bien. Necesitaba hablarte, mirá qué casualidad, Marito. ¿Tenés plata?

—Sí, sí, tengo, Ernesto ¿Qué necesitás?

—Tenemos que charlar.

—Bueno, tomá mi teléfono. Llamame y nos juntamos.

Uno o dos días después, me llamó. Fue a casa, saludó a mi esposa, a quien no conocía. Alicia se fue, y quedamos hablando mano a mano.

—Marito, ¿querés participar en un ilícito? Nos hace falta una persona capaz y dinero para invertir.

—¿Qué, doctor?—le dije—. Después del laburo que te dio luchar con las cárceles, estudiar en Devoto, convivir entre el peligro de la prisión y la liberación del estudio hasta recibirte, ¿ahora vas a cometer un ilícito? Dejate de joder. Nosotros proclamamos que estudiar en la cárcel, además de enriquecedor, es modificador de conductas, ¿y ahora?

—Sí, sí, Marito —me dijo—. Esta oportunidad no la puedo desperdiciar. Es muy buena. ¿Te cuento?

—No, no, amigo. Prefiero que no me cuentes, pero te digo algo: ¿vos vas?

—Sí, voy —me dijo.

—Bueno, si tú vas, yo también voy. Para eso son los amigos. No me cuentes.

—Mirá que es grave, medio peligroso.

Y le repetí:

—¿Vos vas, Doc?

Me dijo de nuevo que sí, y le dije que contara conmigo y que no me explicara nada más.

Se fue, y yo continué con mi vida.

## 4

# LA CASONA

Marito se sentía espectacular. Vestía traje de tres piezas, camisa y corbata. Ya estaba harto de estar preso y lleno de necesidades. Tenía un canuto bárbaro de dinero en un escondite en su casa, tenía una camioneta que había comprado con la ganancia de su último ilícito grande, tenía casa, tenía a su esposa chaqueña. Iba casi todos los días a la calle Libertad. Compraba, vendía, se entretenía. Le gustaba ir a nadar o a los baños de calor para estar en forma y ágil, que es parte del oficio. Iba al club Gimnasia y Esgrima, cerca de su casa, o se iba a la costanera sur, en la zona en la que está la fuente monumental de Lola Mora, *Las Nereidas*, obra de arte que en épocas de dictadura militar se mantuvo guardada en un galpón por obscena, ya que las figuras femeninas muestran los senos. En uno de los carritos que vendían choripanes, el de Lucía, le gustaba comer un sándwich especial que le preparaban.

Pero la cabra al monte tira, así que un día como tantos preparó sus herramientitas para otra modalidad delictiva, la que se lleva a cabo de una a tres de la tarde, la hora de la siesta, cuando los porteros se acuestan y cuando la gente que está trabajando vino a su casa, comió y ya se retiró. Un descuido de una casa: el escuché.

El escuchante trabaja con habilidad, destreza y en ausencia de los moradores. Y Marito, por sobre todas las modalidades y variantes del oficio de ladrón que dominaba, se consideraba un escuchante. Su orgullo era no enfrentarse con la gente, sino ir a buscar dinero.

Tomó un taxi a pocas cuadras de su casa y lo fue guiando: «Doble por Callao, tome por Las Heras, doble acá, doble allá». Pasó frente a una embajada y prefirió seguir unas cuadras más, ya que estos lugares tienen muchas cámaras de vigilancia y seguridad perimetral. Circunscribió un barrio de casas antiguas, como ya casi no quedan en la ciudad: gente de muchísimo abolengo, de cuatro apellidos; gente con casas en el golf u otro *country*; gente, en definitiva, de muchísimo dinero.

Una vez recorrido el barrio, se bajó del taxi y empezó a caminar. No le llevó mucho encontrar un posible emprendimiento: una mansión rodeada de jardines, con todas las ventanas cerradas, el mejor indicador de que no había nadie adentro. Tenía un jardín anterior muy prolijo, una puerta de hierro y unos vitrales bellísimos en los ventanales. Como correspondía al barrio, gente de muchísimo dinero, sin duda.

Marito iba caminando como distraído y, de pronto, se agachó para atarse el cordón del zapato en un lugar, al parecer, al azar, cosa de que si alguien lo estuviera mirando pasara desapercibida. Sin embargo, en realidad lo que quería era alinearse a la misma altura y mirar hacia la puerta, para saber por el ojo de la cerradura si adentro había luz o estaba oscuro. Si estaba oscuro, era indicador de que podía estar la llave puesta adentro. Si estaba la llave puesta adentro, era un indicador de que había gente.

En cambio, vio una pequeña claridad. Podía haber gente adentro, pero la llave no estaba puesta. También podía pasar que estuviera la llave en la cerradura, pero que los habitantes hubieran salido por la cochera de junto. El profesional va aplicando estas técnicas para descartar encuentros con los habitantes, y si hoy hay gente otro día puede estar vacía, y listo. Marito se

acercó y tocó timbre con la falangeta, y no con la yema del dedo, para no dejar una huella.

Ring, ring. Ring, ring. Ring, ring...

Marito escuchaba que el timbre sonaba en el interior de la mansión. Si no lo hubiera escuchado, porque a veces en las casas grandes el timbre está lejos de la entrada, estaba dispuesto a golpear en la puerta. Pero aquí se escuchaba que sonaba el timbre claramente. No contestaba nadie. Si alguien hubiera contestado, estaba listo para decir algo del estilo: «Ah, sí, Cristina, que salga que la estoy esperando». Muchísimas veces llamó buscando a la señora Mirta: «Que baje la señora Mirta, que está el coche. Ah, ¿no vive la señora Mirta acá? Perdón, me habrán dado mal la dirección, disculpe».

De entre sus ropas, sacó un destornilladorcito, la herramienta básica de todo escrucante. Trató de sacar el vidrio de un pequeño tablero del vitral de la puerta, sin romperlo, para que nadie que pasara por la calle pudiera ver el daño. Esas puertas antiguas son todas clásicas. Si lograba sacar un tablero o romper un vidrio chico, podía meter la mano y abrir los pasadores sin inconvenientes. Y eso hizo.

Entró a la enorme casona, cerró la puerta a sus espaldas y de inmediato se agachó. Lo primero que tuvo que hacer fue quedarse inmóvil, en completo silencio, para acostumbrar su oído y sus ojos a la penumbra, para escuchar cosas nuevas que vinieran del interior, no los sonidos de la calle. No escuchó nada. Miró un tremendo aparador, un comedor de estilo, doce sillas, óleos, platería, porcelanas. «¡Uuuuh! —se dijo Marito—, acá necesito un camión para llevarme todo lo que encuentre.»

Dio unos pasitos, muy despacito, y entró a una cocina lujosísima llena de electrodomésticos. Llegó a una puerta cerrada, olió, escuchó. Oía a combustible, y así ya supo que era la cochera. Abrió despacito y, claro, tenía razón: había una camioneta adentro, enorme.

El escrucante tiene los sentidos agudizados, sabe prestar atención y detectar cada pequeña pista que le llega al oído, al olfato, y menos a los ojos. Incluso pequeñas vibraciones del suelo que indiquen alguna puerta que se abre lejos o un ascensor que se pone en marcha.

Cerró aquella puerta, volvió al comedor y al centro de la casa. Se encontró ante una enorme escalera de mármol, que se abría en dos alas. Subió despacito y miró para acá..., miró para allá... Aquello a la derecha podía ser el dormitorio principal.

Escuchó en una puerta: nada.

Escuchó en otra puerta: nada.

Recorrió el lugar: nada.

«Éste es el baño», se dijo. Ya reconocía sin entrar el olor a desinfectante en los perfumes de las lociones. Llegó a lo que identificó como el dormitorio principal y escuchó. No se oía nada. Abrió el pestillo, despacito. Metió una mano, tanteó, encontró el interruptor de la luz, que siempre está al lado de la puerta, y la prendió. Y de inmediato se escuchó una voz de mujer que chillaba: «¡Luces, apagar!», y el cuarto volvió a quedar a oscuras.

El primer mecanismo de defensa de Marito cuando pasa algo así es inmovilizar al otro. Casi sin ver, apenas por el mínimo instante que las luces iluminaron el cuarto como un flash, llegó a divisar una cama y a una mujer acostada. Se le tiró encima y la oprimió con sus propias mantas, imposibilitándole todo movimiento.

Hay que ser agresivo, firme, bloquear todo intento del otro para defenderse o hacer alguna macana.

—¡La concha de tu madre, hija de mil putas! —gritó, pero tratando de que no fuera demasiado fuerte, por si hubiera alguien más en la casa—. ¿Quién más está en la casa? —preguntó sobreactuando la furia.

—Nadie, señor, recién le pedí a mi enfermera que fuera a hacer un mandado —respondió la mujer debajo de él.

—¡Más te vale!—amenazó—. ¡Yo venía a robar, venía a irme tranquilo, a llevarme algunas cositas! ¡Y estás vos! ¡Ahora me califican el delito! ¡Mil años en cana me como por tu culpa! ¿Por qué no contestaste el timbre, hija de mil putas?

Debajo de su cuerpo no sentía ningún movimiento, ninguna resistencia. La inmovilidad de la mujer era total. Ella apenas alcanzó a decir con voz asustada:

—No me lastime, señor. No le voy a hacer daño. Estoy enferma.

A veces las víctimas de un hecho así se victimizan más aún, diciendo que están enfermas, embarazadas o que tienen problemas cardíacos, lo que sea para impresionar al invasor, así que Marito siguió con todos los sentidos en alerta, sin creer lo de la enfermedad. Estaba furioso por el contratiempo, por la complicación, por el partido fácil que se volvió un problema.

—¿Enferma? ¡La reconcha de tu madre!

Recién entonces sintió que de las mantas subía un olor fétido, a caca mezclada con desinfectantes, algo repugnante.

—No me lastime, señor. Soy cuadripléjica. No me lastime. Yo no me puedo defender, por favor —siguió diciendo la mujer, con un hilito de voz.

—¿Dónde prendo la luz? ¡La luz!

La mujer reunió fuerzas para decir en voz alta:

—¡Luces, encender!

Se prendieron las lámparas de la habitación. Marito, estupefacto, pudo ver ahora que todo el cuarto estaba lleno de aparatos médicos, de artefactos electrónicos que no tenía ni idea de para qué podían servir. También, cámaras, televisiones, monitores. Y en el centro de todo, estaba esta mujer rubia acostada. Su pelo parecía una paja de escoba. Estaba anormalmente blanca, pálida, como moribunda. Y pestilente.

Otro mecanismo de defensa del ladrón es ver si la otra persona no está armada, porque hay gente que utiliza armas en la cama. Lo que había dicho esta mujer, que estaba cuadripléjica, bien podía ser mentira.

Marito se apartó medio paso y la destapó repentinamente. Se encontró con un cuerpo consumido, una flaca escuálida, piel y huesitos, con un pañal para adultos, hundida en un olor fétido, a caca, horrible, espantoso, indescriptible, y —no pudo dejar de ver— con dos voluminosos senos, claramente operados, y que por eso no sufrieron el deterioro del resto del cuerpo. No había duda de que la mujer no mentía.

Pudo más el pudor, y la volvió a tapar.

—No me lastime, señor, no me lastime. Estoy enferma, señor.

Marito estaba conmovido por lo que acababa de ver, pero no podía bajar la guardia ni el tono.

—Bueno, ¿y ahora cómo me voy, hija de re mil putas? Vas a llamar. ¡Ojo con tocar la alarma! ¿Dónde tenés los botones de emergencia?

—No, señor, despreocúpese. Yo no lo voy a denunciar.

—¿Cómo que no me vas a denunciar?

—No, no, váyase tranquilo, señor. Algo nuevo en mi vida me pasó hoy, vi a alguien nuevo, no sabe lo que es eso para mí. Váyase tranquilo.

Marito pensó unos segundos. Tampoco era que tuviera muchas opciones.

—Bueno, está bien —dijo—, me voy, pero mirá que si llego a bajar y veo un milico, subo y te corto el pescuezo.

—Váyase, señor, no lo voy a delatar, váyase tranquilo.

Marito no vaciló.

—Bueno, me voy.

Amenazarla más no hubiera tenido sentido. Empezó a recular, sin dejar de mirarla. Con una mano en la espalda, abrió la puerta y, antes de que saliera del cuarto, la mujer de la cama le dijo:

—Algún día regrese, lo espero.

Eso sí que no lo esperaba. Se congeló en el umbral.

—¿Cómo? ¿Cómo? ¿Qué te pasa?

—Que vuelva, así charlamos. Lo espero. Estoy muy sola. En horario de la siesta siempre estoy sola.

Marito sacudió un poco la cabeza para romper la inmovilidad que le había provocado la sorpresa.

—¡Andá a la reconcha de tu madre!

Salió, bajó aquella escalera señorial como una exhalación. No sabía ni cómo se había ido de la mansión.

Ya estaba llegando a su casa y se seguía preguntando:

—Pero ¿quién era esa mujer?

## 5

# OSCURIDAD

La mujer que tan intrigado había dejado a Marito se llamaba Gisselle y, como cada día y cada noche de su vida desde hacía varios años, estaba tendida en su cama, rodeada de aparatos médicos, sola, en silencio, en la oscuridad. No podía moverse del cuello hacia abajo. A veces, sentía que ya no tenía cuerpo, porque si no lo miraba no sabía de su existencia. Y no se lo dijo nunca a nadie, pero esa era una de las razones por las que no dejaba que la bañaran casi nunca. Odiaba a las enfermeras, claro, no soportaba que la tocaran, que la vieran así postrada. No soportaba depender de ellas, pero también dependía de su suciedad, del olor de su propia mierda, para recordar que sí tenía un cuerpo, inmóvil e inútil, que allí estaba.

Gisselle tenía cuatro apellidos. Era hija de Domingo y María de las Mercedes. Domingo era empresario y estuvo vinculado a la construcción de las cárceles de Ezeiza y Marcos Paz y, también, a las estafas asociadas a esas obras. Estuvo procesado por el juzgado federal a cargo del juez Norberto Oyarbide y a punto de quedar detenido en una causa judicial por sobreprecios y malversación de dineros públicos, pero el dinero y las vinculaciones políticas hicieron que fuera sobreseído. Hubiera ganado muchísimo dinero por derecha, pero terminó ganando muchísimo más. Y todavía mucho más ganó y seguía ganando por su vinculación con la construcción de la represa de Yacyretá. La fortuna de Domingo era fabulosa, crecía cada día más y estaba lejos de ser limpia. Y mientras más crecía su riqueza, más contactos, influencia y poder acumulaba Domingo. «Soy el enemigo que menos te convendría tener», era una frase que usaba con frecuencia, pero no para impresionar a empresarios rivales, sino para convencer a empleadas muy jóvenes de que no se resistieran a sus avances y abusos.

María de las Mercedes era abogada, también de cuatro apellidos, heredera de muchísimos campos y, por lo tanto, de muchísimo dinero. Ahora dedicaba su vida a su bufete de abogados en Puerto Madero, donde trabajaban en asuntos contencioso-administrativos. Se consagraba activamente a ignorar la vida y los engaños de su marido y, en general, a no darle corte a nada que no fuera su trabajo, sus casos y el dinero que cobraba.

Los dos padres de Gisselle vivían así, juntos pero separados, cada uno en su propio mundo. Su hija cuadripléjica era una de las pocas cosas en común que tenían y, un poco por la insistencia de ella en aislarse del mundo y otro poco por el alivio de no tener que ocuparse de un tema que nunca habían manejado y en el fondo no les interesaba, estaban ambos de acuerdo en dejarla sola en la que había sido la mansión familiar, mientras ellos ocupaban un *pent-house* enorme, en el que casi nunca se cruzaban.

No era que antes de su accidente se hubieran ocupado demasiado de su hija. El esquema, postrada o con salud, había sido muy similar. Mientras no los molestara, no importaba la cantidad de dinero que necesitara, si en definitiva era su única heredera. Ahora era para gastos médicos; antes era para mantener un estilo de vida lujosísimo, extravagante, en las ciudades más caras de Europa. Era una sexópata veinteañera, drogadicta y alcohólica, caprichosa, siempre acompañada por quien ella llamaba «su amor», pero que en realidad no era más que un gigoló, un vividor inescrupuloso que se ocupaba de mantenerla viva y relativamente a salvo para poder seguir

chupándole dinero y lujos.

La rutina de Gisselle era ir de fiesta electrónica en fiesta electrónica, a veces intercalando festivales o eventos donde se codeaba con el jet set y la realeza. Había concurrido invitada a un festival de circo en Mónaco. Siempre drogada, siempre borracha, siempre con su gigoló al lado, siempre buscando la próxima orgía, la próxima decadencia.

Un día, después de una orgía, se despertó con una jeringa colgando de su brazo y el ano sangrante, en la cama de un hotel cinco estrellas que no tenía ni idea de dónde quedaba o cómo se llamaba.

«Basta, otra vez no —se dijo—, esto no puede seguir, yo no puedo seguir así.»

Llegó su novio, le hizo unos mimos aparentando que no pasaba nada raro, le dio unos besos, le dijo «te amo» un par de veces y salieron en el tremendo Lamborghini en el cual a Gisselle le gustaba que él la paseara donde fuera que estuvieran. Y resultó que, sin que se acordara mucho cómo había llegado ni por qué, estaban en París.

El plan de Gisselle era ir a algún lugar, cualquiera alejado de aquella habitación de hotel con sábanas sucias de sangre y vaya a saber qué más, y decirle a su «novio» que pensaba poner el freno, desintoxicarse, volver a Argentina, que hacía años que no pisaba, limpiarse el cuerpo y el alma.

Pero no pudo ser. El «novio» estaba igual o más drogado que ella, o vaya a saber qué pasó. Lo cierto era que estaban cruzando el túnel del Pont de l'Alma cuando perdió el dominio del coche, que dio dos vueltas sobre sí mismo. El gigoló murió aplastado. Gisselle sobrevivió, pero quedó con todo su cuerpo paralizado. Fue, apenas con una decena de metros de diferencia, en el mismo lugar donde murió Lady Di.

La fortuna de los padres la repatrió a Argentina en un vuelo sanitario privado. Le hicieron incontables tratamientos médicos, pero no hubo nada que hacer. Para las lesiones de la médula espinal no hay cura, por más plata de la que se disponga. Y Gisselle, sola en su cuarto, inmóvil, visitada solo por enfermeras, se fue convirtiendo en un monstruo. Siempre había sido caprichosa, malcriada, insoportable, pero había tenido un espíritu ligero, una pasión por las fiestas y la vida disipada que la habían hecho hasta encantadora. Lentamente, se fue amargando, se le fue pudriendo el alma, se fue quedando cada vez más intratable y odiosa. Para las incontables enfermeras que la trataron durante años y que no toleraban más que unos pocos meses, era apenas una máquina de escupir odio, una cabeza adosada a un cuerpo inútil que durante todo el día expelía insultos y maldiciones, que terminaban por destruir la paciencia de cualquiera.

La única excepción era Esther, y Esther era una santa. Católica devota, sin hijos propios, era la única persona en todo ese tiempo que toleraba la agresión constante y la violencia que Gisselle escupía sin parar. Nadie sabe cómo ni por qué había llegado a quererla, viendo vaya uno a saber qué fondo de bondad y pureza muy por debajo de esa superficie odiosa y áspera. Y justamente por eso, Esther sufría mucho. No se atrevía a desobedecer ninguna orden de Gisselle, pero vivía en constante miedo de que una tarde cualquiera, al llegar a la casona, la encontrara muerta y fría en su cama, por fin liquidada por las pastillas que Reina le proveía con regularidad y que ella consumía sin parar. El cuerpo de Gisselle estaba cada vez más débil, y si no fuera por la tolerancia acumulada en sus años de consumo desenfrenado, hacía tiempo que hubiera muerto. Pero, sospechaba Esther, el mismo odio que la amargaba y deterioraba cada vez más la mantenía viva, y ella se cuidaba mucho de no sobrepasarse con la ingesta de drogas, para poder seguir insultando y volviendo miserables a todos los que se le acercaban.

No obstante, esta última vez era diferente, Esther lo notaba. Había solicitado y conseguido una

cantidad superior de drogas y estaba decidida y furiosa, más que de costumbre. Esther sabía que algún día el equilibrio interior que le daba el odio se iba a romper, y Gisselle iba a hacer algo imperdonable. Y, tenía más que nunca, ese día podía ser hoy, mañana, esta semana.

Por eso se le llenaron los ojos de lágrimas cuando esa mañana Gisselle señaló con la barbilla el dispensador automático de pastillas que tenía junto a la boca y le dijo:

—Llévate esta porquería de acá.

«Es un milagro —pensó Esther mientras se apuraba a llevarse las drogas—, un milagro.» Y como los milagros no se cuestionan ni analizan, no se le ocurrió pensar qué podría haber pasado en su ausencia como para provocar semejante cambio. Estaba muy ocupada alegrándose por «la niña Gisselle».

## 6

# NUNCA HAY QUE VOLVER

Marito fue a su casa y le contó a su esposa lo ocurrido en la mansión:

—No sabés lo que me pasó...

Alicia no reaccionó bien, nada bien.

—¡La concha de tu madre, pedazo de gil! ¡Cómo te vas a ver involucrado en una rapiña, en un robo con persona! Dice que no te va a denunciar, pero mirá si te voy a creer que no te va a...

El resto del día Marito lo pasó meditabundo y algo amargado. Con Alicia habían pasado por muchas, muchísimas cosas, juntos o separados, con él preso o en libertad. Pero el amor es veleidoso, no hay relación que resista todo. Y la vida en común ya era bastante insoportable con Alicia. «No sé si se le chifló el moño o seré yo», pensaba Marito. Lo cierto era que los últimos tiempos Alicia se había vuelto insoportablemente celosa, le revisaba la ropa interior cuando salía de la ducha, desconfiaba, protestaba, peleaba. La atmósfera en la casa que todavía olía a pintura fresca estaba bastante pesadita, por no decir muy pesada. Y no era por el olor de las paredes.

Incapaz de aclararse las ideas, Marito fue a la calle Libertad, porque no podía sacarse de la cabeza a la mujer de aquella casa, no podía.

Pasaron dos días, normales, de trabajo en la calle y mal ambiente en la casa, pero todo lo que hacía le recordaba a aquella mina. No lograba darse cuenta de por qué le pasaba eso, no conseguía despejarse la mente del recuerdo de la mujer rubia en la cama, inmóvil. Y esa mañana comenzó a dialogar consigo mismo.

—Yo voy.

—No, Marito. ¿Cómo vas a ir? ¿Sos loco, vos, muchacho? Te está esperando toda la policía.

—No, seguro que no, no va a pasar nada.

—¿Pero vos sos loco, tarado? ¿La vejez te está volviendo estúpido?

—No, no, que sí.

—Que no. ¡Nunca hay que volver!

—Yo voy a ir. Yo voy a ir.

—No, no voy a ir nada.

—Ah, sí, sí.

Y se tomó un taxi rumbo a la casa de la mujer. Lo hizo parar a medio camino y bajó a comprar facturas.

Se bajó a unas cuadras de la casa de la mujer rubia y caminó el resto de la ruta. Haciéndose el distraído, examinó la puerta por donde había entrado. El tablerito de vidrio seguía ausente. No se veía ninguna señal de movimiento adentro, ni en el jardín ni en los alrededores. Su instinto le decía que todo estaba vacío y seguro.

«Ma sí», pensó. Metió la mano por el vidrio faltante, como la vez anterior, abrió la puerta y entró.

De inmediato se agazapó en la oscuridad. Escuchó, olió, sintió las posibles vibraciones del suelo. Nada. Algo, un motor, se activó en un momento, pero los años de experiencia le dijeron que no se preocupara: era la heladera en la cocina.

Cuando los ojos se acostumbraron a la penumbra, recorrió el enorme recibidor, vio un fastuoso *dressoire*, tal vez Reina Ana, y sobre él, dos imágenes de vidrio que seguro estarían firmadas; si fueran Lalique, no menos de treinta mil billetes por ambas. «La concha de la lora...», pensó. «Yo los agarro y me voy... Cualquier reductor me da fácilmente diez mil dolaritos para engordar los ahorros.»

Pero ni las agarró ni se fue. Se incorporó, cruzó la habitación y subió las señoriales escaleras de mármol. Llegó junto a la puerta del dormitorio. Escuchó, esperó. No pasó nada. Giró con suavidad el pestillo...

—Pase, señor, lo estaba esperando —dijo la mujer adentro. Y enseguida—: Luces, encender. Y luego:

—Disminuir.

La habitación quedó en penumbras, pero la luz era más que suficiente para que Marito pudiera ver que la mujer estaba sonriendo.

—¿Está sola? —preguntó de inmediato.

La mujer asintió.

—Sí, como siempre.

—¿Estás segura? Por favor, mirá que estoy lleno de antecedentes. Me agarran acá y me caen diez años.

—No, señor, yo le dije que no lo iba a delatar y no lo delaté. Lo estaba esperando.

—¿Cómo que me estaba esperando? ¿Desde cuándo?

—Desde que te fuiste.

—Uf, no me jodas, ¿y cómo sabías que iba a volver?

La mujer entrecerró los ojos y volvió a abrirlos, como si hubiera querido expresar lo que hubiera sido un encogimiento de hombros, si hubiera podido moverlos.

—No sé. Yo sabía, nada más. Siéntese, por favor.

Marito se acomodó apenas en el filo de la silla, medio como queriendo ni sentarse.

—¿Qué tiene allí? —preguntó la mujer, viendo el paquete que sostenía entre las manos.

—Te traje unas facturas.

—Ay, gracias, pero yo no puedo...

—Pero yo te las voy a dar. ¿Cuál es el problema? Yo te voy a dar los bizcochos.

La mujer se extrañó.

—¿Bizcochos?

—Facturas —rectificó Marito—. En mi país les decimos bizcochos, lo que pasa.

Con mucha delicadeza le acercó un trocito de factura a la boca. La mujer vaciló un momento, aceptó y masticó lentamente. Fue como si un hielo invisible se rompiera. Marito le acercó otro trozo; la mujer lo masticó y lo tragó. Luego sonrió.

—¿Cómo te llamás? —preguntó Marito.

—Gisselle, ¿y vos?

El trato formal se había ido para siempre.

—Juan, Juan Alberto —Marito no dudó ni un segundo en dar un nombre falso. Años de práctica.

—Ah, mirá vos, ¿y tenés muchos antecedentes?

Y luego de la primera, las siguientes preguntas llegaron como una catarata: «¿Y a dónde fuiste? ¿Y cómo viniste? ¿Y dónde vivís? ¿Y cómo vivís? ¿Con quién vivís?».

Marito se sintió conmovido: «Esta mina está desesperada, sola, llena de dinero, aburrida, deseando la muerte». Le contó a medias verdades y a medias mentiras, pero más que nada

verdades, que sabía que en el peor de los casos no podrían afectarle mucho. Y cuándo ella le preguntó: «¿Siempre te dedicaste a esto? ¿Cómo empezaste?», casi no pudo contenerse y le contó la verdad. Toda la verdad de cómo empezó, el verdadero origen de su historia...

Yo ya te conté que no soy de acá, soy uruguayo, de una ciudad del interior de allá. Resulta que en 1973 culminaba la restauración del teatro Bartolomé Maccio, un precioso teatro de allá, de mi ciudad. Los restauradores habían terminado el trabajo, y la inauguración estaba prevista para el 24 de agosto. Y también resulta que nos habíamos aparecido por allá con un amigote, con el cual nos habíamos tomado unas Mandrax, que era la droga del momento, metacualona, una especie de sedante hipnótico con todo tipo de efectos entre la euforia y el sueño. Y además de las Mandrax nos habíamos metido unas grapas entre pecho y espalda, y así, medio intoxicados y medio borrachos, rumbeamos para el teatro.

A los locales de a pie no podíamos entrar porque venían todas las personalidades de Montevideo, y si no eras un personaje ilustre no podías ingresar. Llegamos y ahí quedamos, parados en la puerta. Yo andaba con un paraguas, porque había llovido, y lo utilizaba para sostenerme, porque estaba bastante borracho, así que puse la punta del paraguas entre cuatro baldosas y ese fue mi sostén. Así apuntalado, fui viendo cómo llegaban las personalidades, hasta que en un momento aparecieron sirenas, patrulleros, motos, un despliegue bárbaro... Frenó cerquita de mí un tremendo auto Mercedes. De la puerta trasera que daba a la calle bajó un hombre, y en seguida se apersonaron dos o tres tipos y se le pusieron al lado.

Yo le pregunté a mi compañero: «¿Quién es este?». «Es el presidente Juan María Bordaberry», me contestó. «Que se vaya a la puta que los parió», le dije, muy fuerte.

Al momento de la puteada, Bordaberry ya había dado la vuelta al auto hacia nosotros y le estaba abriendo la puerta a su señora, la puerta que daba a la vereda donde estábamos con mi amigo. Dieron dos o tres pasos, y ahí levantó la vista y me miró. Fue mirarme y en seguida sentí cómo me agarraron de atrás y de adelante y me dieron tantas patadas y tanto piñazo que cuando quise percatarme ya estaba en la comisaría primera.

La borrachera y el Mandrax me ayudaron a no entender casi nada de lo que sucedía, hasta que me cargaron en un Jeep, me encapucharon y desaparecí. Como resultado de todo esto, aparecí en un galpón con techo de quincho, que era una especie de celdario. Venían los milicos, me miraban y se cagaban de la risa por la gracia que me había mandado. Había que ser osado y putear al presidente en la situación en la que vivíamos los uruguayos en aquellos tiempos. No sé si conocés la historia de allá, pero Bordaberry fue el que dio el golpe de Estado, unos poquitos meses antes de esto que te cuento, y empezó la dictadura hasta el 84.

Hacía un frío bárbaro en pleno agosto, y no tenía ni para taparme. Algún milico de repente me traía un pedazo de pan escondido, pero aquello era insoportable. Pero tenía un as en la manga: un puñado de Mandrax que había logrado pasar de la requisa. Había metido la mano en el bolsillo y había hecho un agujero con el dedo, por el que cayeron adentro de mi bota. Recuerdo que les di alguna de las pastillas a mis vecinos de reclusión, que estaban de plantón, con los pies hechos pedazos, la cara desfigurada de tanto golpe y tanta tortura que habían sufrido. Viendo esa realidad, me di cuenta de que lo mío era un paseo. Estaba ahí por putear borracho al presidente. Todo continuó así hasta el sexto día, en el que seguía mal comido, mal dormido y con frío hasta los huesos, y llegó un milico y gritó mi apellido.

Cuando te llamaban, tenías que ponerte de espaldas a la puerta mirando la pared. Entonces, cuando escuché mi nombre, pegué un salto de la cama, hice esa operación, vinieron de atrás, me agarraron las dos manos y me sacaron. Pero no me pusieron capucha. Eso me pareció muy extraño.

Me llevaron a una oficina y me dejaron sentado esperando afuera. Se escuchó una voz profunda desde adentro que dijo: «¡Que pase!». Adentro de la habitación, me esperaba un militar de alto grado, no le cabían más jinetas en los hombros. «Quiero que sepa que lo que usted ha hecho es una falta grave —me dijo antes que nada—. Porque nuestra Constitución Nacional dice que la bandera, el escudo y el presidente son símbolos sagrados de una Nación, y usted le faltó el respeto a un símbolo de la Nación.»

Yo hacía como que lloraba y estaba arrepentido, hasta que me dijo: «Pero ahora se va... Quiero que sepa que se va porque su padre es una persona reconocida en la ciudad, y ahora sabemos que lo suyo fue cuestión de una borrachera».

Y así terminó la peligrosa aventura de putear a Bordaberry, el presidente de los uruguayos. Salí como si nada, portando el paraguas (aquel que me sostenía de la borrachera) que me habían devuelto. Lo llevaba en la espalda, como una especie de fusil, y cargaba con seis bolsas de ropa y alimentos que todos los días mi familia me traía, pero nunca me las habían dado. Esta es la historia de la puteada más cara de la historia y, si se quiere, mi primer antecedente. El primer antecedente.

Marito terminó su historia, y mientras Gisselle se preparaba para soltar más preguntas, dejó vagar la mirada por la habitación.

—¿Qué es esa puerta que tenés ahí? —preguntó él antes.

—El baño.

—¿Lo puedo mirar?

—Sí, por supuesto, sentite cómodo.

Le puso otro pedacito de factura en la boca y se incorporó. Abrió la puerta, prendió la luz y se encontró con tremendo baño, repleto de caños cromados. Pudo ver una V corta en la parte de atrás de la bañera y dedujo que era para enganchar la cabeza de Gisselle al bañarla. Era un baño bien equipado para atender discapacitados.

Toallas, toallitas, toallones, champús, jabones, cremas, de todo. Había un montón de productos de higiene caros, pero normales, y otro montón de cosas médicas. Y un montón de pañales. «Claro», pensó, y recordó el olor fétido cuando la destapó, la primera vez que entró al cuarto. «Ah, sí, sí, sí, es conmigo», pensó.

Volvió al cuarto.

—¿Te molestaría subir otro poquito la luz? —le preguntó.

—No, para nada... —dijo ella, aunque Marito estaba más que seguro de que sí le molestaba—. Luces, aumentar.

Subió la iluminación.

—Vamos a hacer algo —dijo Marito.

—¿Qué?

—¿Me acompañás?

—¿Qué vas a hacer?

—Te voy a bañar.

—¡No! —se espantó ella—. ¡No me bañes!

—Sí te baño. No puede ser que estés así de sucia y olorosa. Es una vergüenza.

Marito la destapó. La agarró y la levantó: pesaba como una niña, menos que una niña, nada. Y olía que daba espanto.

Gisselle puteaba, lloraba, cabeceaba. No podía defenderse. Estaba inerte, estaba solita. Marito la llevó al baño. Flaquita, menudita, la puso en un cambiador que estaba frente a la puerta

y le sacó aquel pañal inmundado, lleno de pis, caca, de todo un poco. Gisselle gritaba, lloraba, puteaba, lo insultaba. Marito, reprimiendo el asco, la ignoró, llenó la bañera de agua tibia, la metió, enganchó su cabecita en aquella V de metal. Agarró uno de los toallones y la puso de lado a lado de la bañera, para cubrir su cuerpito, para darle un poquito de intimidad. Ahí Gisselle se tranquilizó un poco.

Marito, con voz calmada, le dijo:

—Yo no me voy a abusar de vos, amiga. Yo te quiero ayudar.

Vaya uno a saber por qué, pero entonces Gisselle se tranquilizó del todo y lo dejó hacer. Marito la bañó, le pasó la esponja, le lavó el pelo, la enjuagó, la puso encima del cambiador. La secó, le puso un pañal limpio. Con bastante trabajo, logró ponerle una remerita larga que encontró por ahí, la llevó a la cama, la acostó y la tapó.

Gisselle tenía una sonrisa y le hablaba como si fueran amigos de toda la vida, y las preguntas no paraban: cuántos antecedentes tenés y cuántos no tenés, y esto y lo otro y lo de más allá.

—Ahora van a venir las domésticas —le advirtió a Marito en un momento.

—¿A qué hora llegan?

—No, no, falta todavía. En un rato.

—Por favor, ¿vos estás segura de que no me vas a denunciar?

—No, por favor, tranquilizate, tranquilizate. He vivido más con vos en estas pocas horas que hace tantos años... Llevo como diez años así.

Charlaron otro rato. Marito le acomodó un poco la cama, le dio otro pedacito de factura, le aseguró que iba a volver, y se fue.

Ya estaba saliendo, a punto de cruzar la puerta, cuando se detuvo, meditó un instante y se dio vuelta.

—Gisselle —le dijo—, en realidad me llamo Mario. Luis Mario.

En su cama, Gisselle sonrió.

—Fue un gusto, Luis Mario.

## MUY CONFIADO

Marito continuó con su vida. Ni se le ocurrió contarle a Alicia acerca de su visita a Gisselle.

Hacía un robo y hacía otro. Juntaba plata y no juntaba tanta. Vendía unas joyitas en la calle Libertad. Tenía buenos días y otros no tan buenos. Iba y venía. Hacía un robito y hacía un robo grande. Lo de siempre.

Una tarde, se tomó el subte de la línea A, fue hasta Rivadavia y Medrano, compró unas deliciosas masas en una confitería antigua y tradicional y se fue lo más tranquilo a la casa de Gisselle, su nueva amiga. Tenía ganas de hablar con alguien, de escuchar alguna cosa nueva, de contar historias... En realidad, aunque no se lo reconocía a sí mismo, tenía ganas de hablar con ella.

Cruzó el jardín anterior, sin mayores inconvenientes ni preocupaciones. Por las conversaciones de la visita anterior, sabía los horarios de la casa y no temía encontrar a nadie. Tampoco desconfiaba de lo que le dijera Gisselle.

El tablerito de la puerta seguía ausente. Con toda confianza, metió la mano para abrir... y de inmediato sintió que lo aferraban por dentro, con fuerza implacable. La puerta se abrió, arrastrándolo al interior, y él se encontró rodeado por cuatro gorilas que, antes que nada, lo empezaron a golpear y patear. Cuando por fin hablaron, fue para insultarlo.

—Ladrón, violador, hijo de puta...

Y le siguieron pegando.

Uno de los que lo golpeaban se apartó, y Marito escuchó que llamaba a la policía. Entre piña y piña, se le formó una idea en la cabeza: «Me traicionó, la muy turra me traicionó».

Se puso furioso, con Gisselle, pero en el fondo consigo mismo. Entonces gritó:

—¡Hija de mil putas, yo sabía que me ibas a delatar!

No esperaba que alguien lo oyera, no esperaba respuesta, pero a medias escuchó o a medias creyó escuchar un grito desesperado desde muy lejos:

—¡No, no! ¡No le hagan nada, es mi amigo!

Sin embargo, entre golpe y patada no podía estar seguro de haberlo escuchado o si era acaso la esperanza de escucharlo.

La golpiza continuó sin piedad hasta que llegó un patrullero, que se tomó su tiempo. Para cuando lo ingresaron en la comisaría, ya era un manojito de hinchazones y moretones. De pura suerte, ningún hueso roto.

Le llegó la actuación al juzgado: abuso deshonesto calificado, tentativa de robo.

Al otro día, Alicia lo fue a ver a la comisaría, donde misteriosamente seguía sin ser trasladado al juzgado.

—La última que te faltaba, Marito. ¿Un abuso? ¿Una violación? ¿A una pobre cuadripléjica? Lo que te faltaba. Te traje la ropa, pero conmigo no cuentes más. Olvidate de mí. El día que salgas, andá a casa y yo te bajo las cosas. Ni entres. Esto se termina aquí y ahora.

Marito trató de protestar.

—No, pero escuchame, Alicia, no tengo nada que ver, yo ya te había contado a vos...

Pero en el fondo sabía que no importaba que fuera inocente o culpable. El rompimiento ya era inevitable, y la situación actual, una excusa para definir.

—¿Contarme a mí? Sos de lo peor. Este tipo de delito no te aguanto. Es la última que te faltaba.

Y Alicia se fue, y la pareja se rompió.

Pasó un día, pasaron dos, tres, y Marito seguía en la comisaría, sin traslado a juzgado. Cada vez le resultaba más extraño. Eso no era normal. Pensó que sería por la práctica común de dejar mejorar el aspecto del detenido, para que el juez no iniciara acciones contra la comisaría actuante por apremios ilegales.

Hasta que un día, de tarde, llegó un agente al celdario:

—Vos, Vitette, al tribunal.

Ya era de tardecita. «Qué raro», pensó Marito. Le esposaron las manos a la espalda, le dieron los piñazos de rigor y lo trasladaron.

Llegaron a Tribunales y tomaron el ascensor de la unidad 28, tercer piso. Golpearon a la puerta.

—Que pase el detenido —se escuchó desde el interior.

Le abrieron la puerta y los agentes de custodia lo empujaron al despacho. Adentro se encontró con varias personas de particular: el juez detrás de su escritorio, una pareja mayor sentada en un sillón a un costado, dos o tres gorilas de pie junto a la puerta.

El juez era el único que hablaba.

—Sáquenle las esposas.

Uno de los gorilas de civil efectivamente le quitó las esposas. Marito se frotó las muñecas adoloridas. Entendía cada vez menos de lo que pasaba.

El juez se dirigió a él señalándole una silla frente al escritorio.

—Siéntese. Yo soy el juez Fulano de Tal. Los señores son los padres de esa señora a la que se le acusa de atacar. Estos señores son los custodios.

¿Custodios? ¿No agentes de policía? Marito poco comprendía, pero asintió con la cabeza, a ver qué pasaba. Mientras, miraba de reojo la ventana por la que una vez, desesperado, saltó Alejandro Puccio y, sin embargo, quedó con vida. Desistió de la idea. Se sentó donde le indicaron.

—¿Lo trataron bien en la comisaría? —preguntó el juez esbozando una casi imperceptible sonrisa y, sin esperar respuesta, siguió hablando—: Mire, le voy a decir dos cosas: no se pudo comprobar que haya faltado nada de la casa, que sería un delito de acción pública. Por más que exista o no exista denuncia, usted sería remitido a una cárcel. Pero no se ha comprobado. Respecto del abuso deshonesto calificado, que es un delito de acción privada, los padres de la señorita Gisselle han decidido levantar la denuncia. Y yo, nada más que por amistad con el señor, y contra mis mejores impulsos, he resuelto liberarlo. Ellos levantan la denuncia. No se ha comprobado un delito de acción pública. Usted se va.

Marito no podía creer lo que escuchaba. ¡Menos mal que no saltó!

—¿Me voy?

—Sí, sí, usted a partir de este momento queda libre... Firme acá, que está limpio.

El juez dejó un papel frente a Marito en el escritorio y una lapicera al lado. Marito se incorporó, firmó y salió, sin pausa. Si no lo hubiera detenido una mano firme en el hombro justo cuando cruzaba la puerta, con el mismo envión hubiera llegado a su casa.

—Disculpe, los señores le quieren hablar —le dijo el gorila que lo había detenido, y recién ahí Marito se dio cuenta de que esos grandotes pertenecían a la custodia privada de los papas de

Gisselle. Quedaron ambos en el pasillo, esperando a que los padres de Gisselle se despidieran del juez y salieran del despacho.

La pareja mayor finalmente salió, y la mujer se dirigió a Marito, sin esperar ni mirar a su esposo.

—Yo soy María de las Mercedes, la mamá de Gisselle.

Marito hizo un gesto de rechazo.

—Ni me la nombre, señora, déjeme ir, por favor.

La mujer insistió.

—Permítame un segundito. Usted está libre. Si quiere, váyase, pero lo único que le pido es que me escuche un segundo, solo un segundo.

Marito amagó con irse, pero decidió quedarse y escuchar.

—Como le decía, soy la mamá de Gisselle.

—Ni me la nombre, traidora —dijo Marito—. Me dijo que no me iba a delatar y me terminó delatando. Me hubiera dicho y yo no iba más. ¿A cuenta de qué jugó conmigo?

La madre de Gisselle negó firmemente:

—No, señor, ella no lo delató. Ella está en huelga de hambre y de medicamentos, ahora mismo, para que lo liberen a usted. Lo que lo delató a usted fue el hecho de que vinieran las domésticas y la encontraran bañada, cambiada, con una remera puesta, higienizada, y todo el baño sucio. ¿Qué iba a hacer mi pobre hija? ¿Caminar hasta el baño? ¿Bañarse sola? Eso es lo que lo delató a usted, porque ella no dijo ni una palabra. Ni bien notaron la anormalidad, nos informaron, y mi marido resolvió montar una custodia discreta hasta dilucidar los hechos. Hace tres días que lo estábamos esperando.

«Soy tardo», pensó Marito.

—Yo había pensado...

La madre de Gisselle volvió a negar. Se le notaba que era muy efectiva diciendo que no:

—No importa lo que haya pensado o piense. Yo lo único que le pido es un café. Lo único que yo le pido a usted es... ¿podemos tomar un café?

Marito lo pensó, pero tampoco mucho. Estaba intrigado por averiguar a dónde podía terminar llevando esta situación tan rara.

—Bueno, señora, que sea acá cerca, nomás. Tribunales está a seis cuadras de mi casa. Nos vemos en el café de la esquina, en Uruguay y Corrientes.

El padre de Gisselle resopló y se fue, acompañado por uno de los custodios. La señora asintió.

—Nos encontramos ahí.

Marito caminó las dos cuadras hasta el lugar del encuentro. La señora ya estaba en una mesa, y los otros dos custodios, muy cerca. Había un café esperándolo en la mesa. La madre de Gisselle no tomó nada.

En cuanto se sentó, la mujer le tendió un sobre amarillo. Marito notó que tenía un manojito de llaves en su interior y, al mirar dentro, vio también un trozo de papel.

—Gisselle me pidió que le dé esto, que es su número de teléfono, y que le dé esto, la llave de la puerta. Usted no tiene que entrar como un ladrón. Ahora puede entrar como un amigo de Gisselle.

—No, señora, no...

La mujer lo acalló con un gesto de la mano. Se veían en sus ojos unas disimuladas lágrimas.

—Ella no lo delató. Está en huelga de hambre. No va a ingerir medicación, bebidas ni alimentos, y no la vamos a obligar, hasta que usted no vaya.

—No, señora... —comenzó a decir Marito, pero se contuvo. Pensó en la mujer en la cama, inmóvil, solitaria, amargada—. Mire, yo no le prometo nada. Deme la llave, yo no le prometo nada. Estoy todo roto.

—¿Qué necesita? ¿Un médico? ¿Necesita asistencia? ¿Necesita algo? Pida lo que necesite. Marito negó con la cabeza:

—Me han matado, molido los huesos a palos. Necesito recuperarme. Usted quédese tranquila, me voy.

Marito se guardó el sobre con las llaves y el teléfono de Gisselle y salió del bar. Fue directo para su casa, donde estaba Alicia, seria y en silencio.

—¿Viste que no tenía nada que ver? —le dijo en cuanto entró—. Me soltaron sin cargos. Alicia suspiró.

—Bueno, bueno, pero lo nuestro ya no puede ser. Esta situación ya no la soporto más. Bañate, cambiate, hace tu vida y andate.

## 8

# GISSELLE Y MARIO Y LA MUERTE DE DON VITO

Dos días después, Marito llamó a Gisselle. Hablaron un rato largo, se disculparon mutuamente. Marito le prometió ir a visitarla al otro día.

—Te espero. Teléfono, cortar.

En cuanto Mario entró a la habitación, Gisselle lanzó una serie de comandos inéditos:

—Luces, encender. Cortinas, abrir. Ventanas, abrir.

Mario se acercó a la cama. Gisselle lloraba de alegría.

—Ay, qué suerte que viniste, no daba más. No resistía.

Aunque ya se habían pedido disculpas profusamente por teléfono, Mario no pudo evitar volver a hacerlo.

—Perdoname, yo creía que vos me habías delatado.

—Te dije que no te iba a delatar —repitió Gisselle, sonriendo entre lágrimas.

Así comenzó la relación entre la cuatripléjica y el escrucante.

Charlaron un largo rato, acariciados por el vientito cálido que entraba por la ventana desde el fondo de la casona. Hacía años, le confesó Gisselle, que esa ventana no se abría, ni para llevarse el hedor a encierro, medicamentos y cuerpo sin lavar.

—No como ahora, que está todo limpio. Yo estoy limpia.

Tuvieron una única interrupción cuando entró Esther a comprobar si estaba todo bien y si querían algo:

—Un té, unas masitas, café...

No querían nada, gracias. Esther se fue, asombrada por el cambio notorio en Gisselle, y en el fondo, muy feliz.

Siguieron conversando.

—Perdoname la pregunta, por favor. Si te molesta, no me contestes, pero... ¿estuviste preso otras veces, además de por putear al presidente?

Mario se rio.

—¡Montones de veces! Más de las que me quiero acordar.

—¿Y... cómo es? Estar preso, digo. O sea, yo...

La cara de Gisselle se ensombreció antes de terminar de hablar. Mario se dio cuenta y no la dejó seguir.

—Habrás escuchado que a la cárcel en el argot se le llama «la tumba», y es eso, la no vida, es la muerte misma. Lindo no es, te lo aseguro. Cuántas veces pensé: «Prefiero estar muerto que preso otra vez...». Pero qué sé yo..., se vive igual. No se parece en nada a estar afuera, claro, pero se vive. La vida sigue. Y pasan cosas, siempre hay algo en marcha —apeló al primer recuerdo que le vino a la mente—. Como cuando mataron a don Vito, por ejemplo. Yo sé el verdadero motivo de la muerte de don Vito.

El cebo surtió efecto de inmediato. Gisselle se olvidó de sus ideas tristes, y la curiosidad pudo más.

—¿Cómo es eso? ¿Quién era don Vito? ¿Qué le pasó?

—Mirá, te cuento...

Esto que voy a contar es la historia verdadera sobre la muerte de don Vito, no la que te cuentan la prensa o la televisión, y mirá que se ha hablado de esto. ¿Que quién era don Vito? Don Vito era Valeriano Forzatti, un asesino a sueldo italiano que venía huyendo de una captura judicial y lo agarraron en la Argentina. En su pueblo natal le decían don Vito, y le quedó el seudónimo. En esa época, allá por el 92, 93, creo que en el 93, yo estaba en el tercer piso de la planta seis del legendario penal de Villa Devoto, en el barrio del mismo nombre, por donde pasaron tantos extremistas conocidos, tanta gente de la televisión, de la política... Y ahí, al tercer piso de la planta seis, un día llega un italiano chiquito, que no dábamos ni dos pesos por él, que se llamaba Gaetano Fidanzati. ¿Y quién era Gaetano Fidanzati? Un capo mafia, pero capo de verdad, al que también lo habían agarrado acá en la Argentina huyendo de un requerimiento italiano. Entonces, estábamos en la planta con Gaetano, que un día entró de la visita con cincuenta dólares escondidos y nos los regaló para que pudiéramos comprar un calefactor, para que pudiéramos calentar agua para tomar mate. Estábamos en un pabelloncito muy pobre, ni para calentar agua teníamos, hasta que nos regaló esos cincuenta dólares. Y vos lo veías y no dabas nada por él.

Me parece verlo ese día. Estábamos en ese patio del tercer piso de planta seis cuando ingresó don Vito, Valeriano Forzatti. Cuando Gaetano lo vio, se transformó. Se paró, se le arrimó y le habló al oído. Inmediatamente, Valeriano, así como había entrado, con su «mono» (en el argot carcelario, el «mono» son las pertenencias personales que se envuelven en una manta; uno se traslada con ese envoltorio) y se fue del pabellón. ¿Qué pasó? Nos quedamos mirándonos entre nosotros, sin entender nada.

Todavía no teníamos bien claro quién era Fidanzati. Le preguntamos. Resulta que a don Vito, asesino a sueldo, lo habían contratado para matar a una personalidad en Italia. Cuando le avisaron que dicha personalidad estaba en un *night club*, apareció con una ametralladora, tiró unas ráfagas para adentro, mató al hombre para el que lo habían contratado, pero resultó, mirá qué mala suerte, que el que estaba comiendo en la mesa de al lado era el hijo de quien lo había contratado. Así que lo contrataron para matar a alguien, y sin querer también mató con los mismos disparos al hijo del que lo había contratado. Calculá qué bronca para quien lo había contratado... Imaginate, le mataron al hijo. El que lo había contratado era otro capo mafia, de menor jerarquía que Fidanzati, pero Fidanzati era *capo de tutti*, y por eso fue que cuando le habló al oído a Valeriano Forzatti, este se fue en seguida, porque Fidanzati le dijo que había cometido una falta grave.

Don Vito salió de allí, tiró el «mono» y fue a parar a un pabellón donde están los refugiados, quienes se separan de la población común. Van a unas celdas especiales en donde están casi todo el día encerrados. Y de allí, como no podía dar mucha explicación de por qué tenía que estar refugiado, lo trasladaron a una unidad neuropsiquiátrica, que está en el Hospital Borda, en la calle Vieytes, Capital Federal, en la unidad 20 del Servicio Penitenciario Federal. Allí, en la unidad 20, como era de rigor, a todo nuevo ingresado, como no se sabía ni por qué venía ni cuáles serían sus reacciones, le aplicaban un chaleco químico, como le decimos en el argot, una inyección de tranquilizantes que lo dejaba planchado. Y así lo tenían uno o dos días, para poder observarlo, saber de quién se trataba y qué tipo de cura le aplicaban.

Resulta que después de eso hubo problemas con unos chilenos en la unidad 20. No se sabía bien por qué, pero al tano, a don Vito, se lo volvieron a llevar para el penal de Villa Devoto. Ahí

quedó, en una celda de esas para los refugiados, de aislamiento, que estaban en planta cinco, planta baja. También se les decía celulares, celulares de la planta cinco, planta baja, donde el ala izquierda era para refugiados y el ala derecha, para sancionados.

Unos días después, llevaron sancionados a aquellos chilenos con los que don Vito había tenido problemas en la unidad 20. Resulta que, por protocolo, se los sacaba de a uno a las duchas, para que no se juntaran sancionados con refugiados, porque incluso había refugiados que tenían problemas entre sí.

Cuando a Valeriano le tocó el turno de salir a bañarse, sacó un caño del duchador de la ducha y lo apretó al funcionario, al penitenciario, para que le abriera la celda de los chilenos. Este se negó. El italiano, hombre de pocas pulgas, le empezó a pegar con el caño de la ducha, un caño galvanizado. Entonces el apoyo del penitenciario, que era un guardia que tenía que estar en la reja, que tenía que estar a veinte o treinta metros mirando la situación, salió corriendo. Se asustó y salió corriendo a buscar al cuerpo de requisa, a la guardia de choque interna, digamos.

Cuando regresó, el italiano le había destrozado la cabeza al penitenciario y ya estaba maniobrando con la llave para abrir la celda de los chilenos. Inmediatamente, entró el cuerpo de requisa, que vio al penitenciario en el piso ensangrentado, y ya se vino con muchísima furia sobre don Vito, sobre Valeriano. Imaginate, les había destrozado al compañero. ¡Lo molieron a palos!

Resulta que el que estaba al lado de la celda de Valeriano, alguien conocido con el apodo de Borromeo, como aquel personaje de la televisión, porque era muy chiquito, bajito, después me contó lo que había sucedido, porque el tano se lo contó a él. Cuando estaba con aquel chaleco químico en la unidad 20, en el loquero, en el neuropsiquiátrico, parece que estos chilenos abusaron sexualmente de Valeriano Forzatti, sin saber quién era. Como estaba tan drogado, no se podía ni defender. Entonces, parece —y digo parece porque no estoy seguro; me lo contó Borromeo y a él se lo contó Forzatti— que los chilenos quisieron abusar o abusaron sexualmente de él. ¡Imaginate la furia de este mafioso, le rompieron el culito cuando estaba indefenso! Bueno, hete aquí que no pudo abrir la puerta de los chilenos. Los penitenciaros lo molieron a golpes y se lo llevaron para otra unidad. Lo cagaron a palos todo el viaje.

Y así lo fueron llevando. Lo recibió la otra unidad. Lo sacaron de esa unidad. Lo volvieron a llevar a la unidad 20. Y palo y palo y palo y palo en cada lado. Hasta que en una oportunidad en que estaba en la unidad 1 de Caseros, en la calle Pichincha y avenida Caseros, se lo llevaron en traslado a la unidad 20 o al Hospital Pena... ya no recuerdo bien, creo que al Hospital Pena. En el viaje, los penitenciaros le dieron una feroz golpiza y lo dejaron moribundo. En el Hospital Pena, al verlo en ese estado, no quisieron recibirlo. Así que lo devolvieron a su unidad de origen, que era la unidad de Caseros. Allí había un médico, no sé si decirle amigo, más bien un conocido mío, que se llamaba o se llama Jorge Vini, que cuando lo fue a recibir, como es de rigor, de protocolo cuando va a ingresar un interno, lo tiene que revisar, para saber en qué estado está. Cuando este médico lo vio, no lo quiso recibir. Se enfrentó a sus propios compañeros penitenciaros, haciendo primar su juramento hipocrático de defender la vida, y no lo quiso recibir en el estado en que estaba, moribundo, apaleado. Volvieron a sacarlo en el camión, a ver si se lo llevaban, si alguien lo iba a recibir por ahí, y se murió en viaje.

Se inició una causa judicial y se dijeron mil cosas, que Gaetano esto o lo otro, que Valeriano Forzatti venía a matar a Gaetano Fidanzati y por eso se encontraron en Devoto. Nada que ver. Creo que, transcurridos los años, todavía hay causas que investigan la muerte de Valeriano Forzatti, y nunca se sabrá qué pasó.

Don Gaetano Fidanzati resultó ser el padrino mayor de la Cosa Nostra. Fue extraditado a Italia y condenado. Cuando tomó estado público su extradición, me enteré de que se lo requería

por no sé bien cuántos homicidios. Mirá con qué fichita convivimos sin saberlo.

Esta es la verdadera historia, lo que sucedió realmente, con la muerte de don Vito.

## 9

# LAS FUGAS DE MARITO

—No puedo comer tantas facturas, me caen mal —le confesó días después Gisselle a Mario. Confundido y un poco avergonzado, Mario retiró el paquete que se aprestaba a abrir.

—Pensé que te gustaban... —dijo con pesar.

—¡Sí, claro que me gustan! Pero mi estómago... vos sabés. Casi no puedo comer nada, un poquito de algunas cosas.

—Perdón, no se me ocurrió que te caían mal.

—¡Nada que perdonar! Me encanta que vengas con algo para mí, aunque no hace falta que me traigas nada. Con que pases un rato conmigo y me cuentes de tus cosas, me alcanza para estar feliz.

—Ah, si es por cuentos, nunca nos vamos a quedar cortos —se rio Mario.

Gisselle también se rio. Mario se acomodó en la silla junto a la cama, y por unos minutos no dijeron nada.

—¿Cómo estuvo tu día? —preguntó Gisselle. Mario se removió un poco incómodo en la silla.

—No tan agitado como el tuyo —contestó, y los dos volvieron a reírse. Pero Gisselle notó claramente que trataba de desviar el tema y no lo dejó.

—¿Pasó algo? —le preguntó.

Mario se tomó unos segundos para considerar la respuesta. Había venido todo el camino pensando si le contaba a Gisselle los hechos de la noche anterior o no. Decidió que sí, que no tenía por qué ocultarle nada.

—Anoche peleamos fuerte con Alicia y decidimos separarnos. No dormí en casa, y esta misma mañana ya alquilé algo para mí, en Santa Fe esquina Ecuador, en un piso 13, amueblado, muy lindo departamento, hermosa vista.

Gisselle hizo un gesto de pena.

—Lamento mucho lo de Alicia, Mario.

Mario se encogió de hombros.

—Y bueno, la vida es así, algunas cosas tienen que terminar... para que empiecen otras. Se quedaron callados otro ratito.

—Y bueno, a veces hay que fugarse de las cosas malas.

Mario se rio.

—¡Uf, si sabré de fugas yo!

—¿Lo decís por la vez que te fugaste en Uruguay?

—Esa... y otras. Tuve fugas épicas, de veras épicas.

—¡Ay, contame, contame!

—Bueno, estuvo aquella vez en Entre Ríos...

Resulta que en febrero de 1986 me escapo del penal de Punta Carretas. Me voy para Argentina y sigo mi carrera delictiva.

Con mis socios, nos fuimos a Colón, a la provincia de Entre Ríos, y en uno de tantos hechos fuimos a robar a una casa de cambio que era del usurero del casino, un señor muy reconocido en

esa ciudad. La señora de él era jubilada del Poder Judicial. Así que fuimos cuatro, llegamos de noche a la casa del matrimonio, tomamos posesión y agarramos el auto (en aquella época, un 505, Peugeot 505, lo último, un tremendo auto). Dos fuimos a la casa de cambio y los otros se quedaron con la señora. Agarramos una bolsa de plata, un platal. Bueno, a ellos los atamos en la casa y nos fuimos. Pero resulta que no quedaron muy bien atados. Se escaparon y denunciaron, y tras una persecución policial quedamos presos. Qué se le va a hacer...

Caímos en Gualeguaychú. Los milicos nos recontra cagaron a tiros en la entrada de la ciudad y fuimos detenidos. Nos llevaron de nuevo a Colón y declaramos en el juzgado de Luis María Pérez, secretaria de Ana María Calveira. Nos destinaron a la cárcel de Concepción del Uruguay, y allá marchamos. Como al poco tiempo protagonizamos una tentativa de fuga en Concepción del Uruguay, nos llevaron a máxima seguridad: Gualeguaychú, unidad provincial 2.

Bueno, ya llevábamos un montón de meses. Yo había estudiado las características de las custodias encima del muro. Me había conseguido trabajo en la carpintería y, como era de muy buena conducta y muy buena persona, me daban permiso para lavar la ropa y la colgaba al costado de la mosaiquería. Me había hecho un palo en la carpintería para levantar la sogá. Y bueno, la confianza mata al hombre. Tanto tomé confianza que un 4 de enero de 1987 hicimos una maniobra de distracción en el campo de deportes con unos amigos. Uno de ellos vive, Horacio Granada, que en realidad se llama Horacio Calixto Rodríguez Gomes y que una vez se escapó de la legendaria cárcel de Lisandro Olmos amedrentando a los guardias con una granada. Después se supo que era fabricada con jabón y pintada con té, así que a partir de eso le quedó el apodo Horacio Granada, junto a una veintena de cicatrices de las feroces golpizas que le propinaron los guardias cuando lo recapturaron por la gracia. Los otros eran un compañero mío de causa, que ya falleció, Luis Eusebio Correa, al que le decían el Flaco Correa o el Víbora Correa, y el Narigón Escudero, otro que vive, muy reconocido por haber participado en el robo famoso al hotel Salle de Buenos Aires. Estábamos todos ahí, una banda de atorrantes carteludos, e inventamos una pelea en la cancha de fútbol, entre Granada y el Víbora, mi compañero. Cuando estaban peleándose a trompadas, los milicos del muro fueron todos a mirar, a chusmear qué pasaba. Nosotros habíamos visto a un tal Estela, que era el yerno del jefe de la guardia (ahora me olvidé cómo se llamaba). Este se distrajo, evidentemente. Saqué el palo de la sogá. En mi cintura tenía colgada una bolsita de polietileno supuestamente con los broches para colgar la ropa, pero en realidad adentro había una sogá improvisada fabricada con tiras de sabanas trenzadas.

Cuando el milico del muro se distrajo, frente a los siete metros de muro saqué el palo y la sogá, enganché la soguita al palo, lo enganché en un farol arriba del muro, trepé y salté para la calle. Inmediatamente corrí. Crucé por la mitad de la manzana. En los pasillos que miraban a la calle desde el tercer piso de la cárcel, había memorizado qué recorrido tenía que hacer, y, cosa del destino, justo empezó a sonar una sirena de un molino que estaba a unas cuadras. Creí que ya tenía problemas en la cárcel, que se habían dado cuenta de mi fuga. Después supe que no, que había sido solo una casualidad. Corrí, corrí, corrí, corrí... Ya tenía prevista ropa. Tenía dos juegos para cambiarme. Uno era una pollera fabricada con dos piernas de pantalón y unas medias hasta debajo de la rodilla, con una peluca que había ingresado mi compañera Patricia en una visita, con una campera rosa. La otra era un short, tenis, champions, les decimos en Uruguay, y una musculosa. Me decidí por el short y la musculosa y me cambié en una escuela que estaba en reparaciones ahí cerquita y que también había visto desde el tercer piso.

Corrí, corrí, corrí. Sonaban las sirenas por ahí, por ahí, por ahí... Por allá empecé a caminar y le pregunté a un señor dónde quedaban los pesqueros, porque dentro de la cárcel alguien me había dado un dato, un nombre y un apellido por los que preguntar. Era una persona muy conocida,

que ahora debe haber fallecido, y se encargaba de pescar en el río de Gualeguaychú. Le pregunté a ese señor y me dijo:

—¿Qué hace?

—Nada, lo vine a buscar. Me mandó mi madre a trabajar porque no quiero estudiar.

—Tome un mate —me dijo el señor.

Y me senté al lado de él en el pasto, en la vereda, a tomar un mate, muy tranquilo. Hete aquí que sentí a mi espalda el ruido inconfundible de un patrullero Ford Falcon y me dije: «Chau, cagamos, quedé preso».

Pero no, pasó mirando para todos lados. Lo que menos pensaba el del móvil policial era ver a un fugado de short tomando mate con un vecino. Así que me incorporé, le agradecí el mate y me interné en el monte, rumbo al río que antes miraba desde la ventana del penal. Allá fui caminando, caminando por entre los árboles, hasta que escuché voces. Cuando escuché las voces, me arrimé y les dije:

—Buenas, disculpe.

—¿Qué hace acá?

—Nada, ando buscando a un amigo.

—¿A quién anda buscando?

—Al Negro Siri —así se llamaba el contacto que me habían dado.

Saltó otro y dijo:

—¿Usted no será al que andan buscando, el que se escapó de la cárcel?

—No, no. Nada que ver. Yo no me escapé. Yo vine aquí porque me mandaron a preguntar.

Capaz que falleció, el Negro Siri.

Se incorporó el otro y me dijo:

—El Negro Siri soy yo. ¿Quién te mandó?

—Fulano de tal, de adentro de la cárcel.

Y bueno, casualidad, cosas del destino. Cuando está para vos, está para vos, había dado con la persona que me iba a ayudar a zafar.

Yo, muy cansado, le dije:

—¿Tiene para invitarme con agua?

Se rieron. Había una señora, unos niños. Miraron el río y me dijeron:

—Todo eso que tiene ahí es agua para tomar.

Seguro, esa gente tomaba el agua del río. Bueno, como resultado, ahí me quedé con esa familia. Me dijeron:

—Mire, estamos esperando para cobrar un pescado que vendimos, para comprar kerosene, para el motor de la lancha.

Sal, galleta de campo y no sé qué más les faltaba para irnos a pescar a la isla. Entonces le dije al Negro:

—Si no lo toma a mal, yo tengo plata para esos gastos. Yo les doy.

—No, no —dijeron enseguida.

Que sí, que no, que sí, que no... Y al final los convencí y les di plata para que fueran a la ciudad. Nos quedamos con la señora, los niños y uno de los señores, y el otro fue a comprar sus cositas. Cuando volvió, ya era de tardecita. Tuvieron tremenda discusión sobre qué hacer conmigo. Y yo escuché que el Negro Siri decía:

—No, no, si lo mandó fulano, yo debo ayudarlo y punto. No, no.

Y el otro le respondía:

—Sí, pero la bronca que hay en la ciudad...

Este otro había ido a la ciudad. Imaginate, un prófugo de máxima seguridad. Bueno, hete aquí que me dieron una carpa medio alejada, muy chiquitita, para dormir. Era el 4 de enero, pleno verano, calor, y ellos siguieron discutiendo y tomando vino, que habían comprado con mi plata y que no figuraba en la lista de primeras necesidades. Me dije: «Bueno, cagamos, ahora estos se ponen en pedo y me entregan a la policía». Igual me dormí, cansado, aunque estaba muy estresado. Me desperté a la mañana. El sol ya salía y la gente juntaba las cosas. Siri dijo:

—Bueno, nos vamos.

Subimos todos a esa embarcación de madera con motor. Me cambiaron la ropa por la de uno de los hijos de este señor. Era toda ropa andrajosa. Me sentaron delante de la embarcación, con un pie de cada lado, como para tocar el agua, haciendo punta adelante, porque ellos no me querían dar la espalda. Además, ante cualquier mirada curiosa, si alguien tiene que esconder a un prófugo no lo lleva sentado en la popa de la embarcación, bien visible. Bueno, empezamos a hacer kilómetros por lo alto del río. Se veían algunas embarcaciones que no nos daban bolilla, y por allá paramos. ¿Por qué? Porque en la salida del río Guauguaychú al río Uruguay había un puesto estable de Prefectura. Entonces el Negro Siri, que era tremenda persona, y yo cruzamos a pie por unos pajonales para salir al río Uruguay, mientras la embarcación pasaba sin mí frente a Prefectura y nos iba a buscar por el otro camino río arriba.

Nos metimos en unos tremendos pajonales. Me corté todo. El Negro Siri me hizo sacarme las medias y ponérmelas en los brazos, como si fueran guantes, hasta los codos, para empujar la paja con los brazos sin cortarme. De cualquier manera, me lastimé. Por allá vimos que había un carpincho, unos lechones, y Siri correteó a uno entre los juncos. Entre esas pajas, lo pudo agarrar muy fácil, le clavó el cuchillo y allí nomás lo mató. Lo echamos al hombro, me hizo cargarlo a mí, hasta que encontramos la embarcación. Pero caminamos un par de horas para eso.

Ya en la embarcación, nos fuimos al pesquero de ellos. Había tremenda bronca. Patrullaban ese río, porque como sabían que yo era uruguayo estaba dentro de las posibilidades que me pudiera ir para el río Uruguay y cruzar a mi país. Bueno, nos internamos en un brazo del río que salía ahí nomás, yo qué sé de dónde, donde ellos tenían el pesquero. Hicimos ese lechoncito para comer a la brasa, y me armaron otra vez la carpa aparte.

Yo tenía un reloj en oro blanco que había sido sustraído a un escribano en Flores o Floresta, por ahí, y ellos, para saber la hora, miraban el sol. No tenían ni idea de lo que era el oro blanco. Como agradecimiento, le pedí permiso al Negro para regalárselo a la esposa, una señora gorda, me acuerdo, con cinco o seis pibes. Por lo menos tendrían hora. Medio como que se ofendió el hombre, pero permitió que se lo regalara.

Esperamos un día a que aflojara la búsqueda, y al otro día, en ese bote a motor y con una canoíta atada atrás, nos fuimos a unos islotes sobre el río Uruguay, formados por camalotes. Hasta allí fuimos con el motor, y después, por si había problemas, uno de los hijos, que era menor y por ende no era imputable, me cruzó a remo hasta la costa uruguaya. Se jugó esta familia para ayudar a un desconocido bien recomendado a cambio de nada, solo por respeto.

¡Qué alegría! Salí corriendo. Me fui a un prostíbulo de unos amigos, donde me habían dejado una muda de ropa y plata. Me acuerdo de la señora Adriana, dueña del prostíbulo, que con un apósito de algodón me pasaba alcohol de quemar sobre las heridas infectadas, recuerdo de los pajonales. Y a la noche me tomé un ómnibus, ya libre, para mi casa. Mi casa, porque en esa época yo tenía una señora, y vivíamos en la ciudad de Las Piedras.

Terminado el relato, a Gisselle le brillaban los ojos.

—¡Es para una película! —exclamó.

Mario sonrió con modestia.

—Nah, no es para tanto. Son mañas que uno aprende para ir viviendo.

—Es para una película —insistió Gisselle y se quedó mirando por la ventana abierta, pensando en quién sabe qué.

Mario quedó pensativo también, mirando al vacío, recordando fugas, y cuando uno recuerda fugas, no puede no pensar en cárceles. Y pensar en cárceles no es un lindo pensamiento. Se incorporó, se despidió afectuosamente de Gisselle y volvió a su nuevo departamento, al que aún tenía que acostumbrarse y donde debía estudiar bien todo por si había que salir corriendo. Porque en la vida de Mario, de Marito, siempre estaba abierta la posibilidad de que hubiera que salir corriendo.

## 10

# TRABAJO, COMO SIEMPRE

Marito llegó a su nuevo departamento de Santa Fe al 2590 y encontró en el teléfono una llamada perdida.

Devolvió la llamada:

—Vení, necesito verte. Tal día, en casa, ¿podés? —le dijo el Doc.

—¿Qué pasó?

—Tenemos una reunión, por nuestro asunto.

—Bueno —dijo Marito—. Mejor nos encontramos en la estación de servicio que está en la General Paz, ¿sabés cuál?

—Sí, obvio.

Se vistió de traje, igual que el Doc, que era abogado, para llegar presentable a la cita. Cada cual llegó en su coche y de ahí fueron a un atelier cerca de la quinta presidencial, en la calle Corrientes y avenida Del Libertador, en Olivos. Poca luz, mucho olor a marihuana.

A Marito mucho no le gustó.

—Hola —saludaron.

—Hola —respondió el dueño de casa, que se presentó como Donatello. Había más gente en la habitación.

—Ah, sí, yo lo conozco a usted, del penal de Devoto. Beto me dicen —dijo un gordo de ojos claros, reconociendo a Marito. Este no sabía ni quién era el otro.

—Hola, hola. Bueno, me encanta que se sume al proyecto —siguió el gordo.

—Bue, bue, muy bien —dijo Marito.

Otro, desde un rincón medio oscuro de ese antro, se presentó con el apodo de Marciano.

—Como sabrás... —dijo Donatello.

—No, no sé —lo cortó Marito—. Le dije al Doc que no me dijera nada. Cuenten conmigo. Tengo apoyo logístico, económico, y mucha mano de obra, que es lo que ustedes precisan. Así que cuenten conmigo. Si mi amigo va, yo no necesito saber detalles por ahora. Este es mi teléfono.

Le dio el número de un teléfono muleto, el que usaba para trabajar, para comunicaciones que no quería que rastrearán en su teléfono oficial.

Donatello intentó hacer informal aquella primera reunión y le dijo:

—Marito, pasá por acá así conocés mi atelier.

Le mostró otro ambiente, donde tenía una cama, un caballete de pintor y un cuadro en una pared. Le indicó que era en tres dimensiones y que él era el autor. Pasaron a otro ambiente, y ahí le mostró su cultivo privado de cannabis, reflectores, irrigadores, termómetros y quién sabe cuántas cosas más.

Después dijo:

—Necesitamos vernos. Te voy contando el proyecto, te muestro algunos lugares, te paso una lista de cosas que necesitamos comprar, y así seguramente te cerrará todo mejor. Yo ya vendí mi camioneta, era lo único que tenía, y ahora estamos sin plata y algunos con pocas ganas de trabajar, así que el proyecto está parado.

Contempló a Marito de arriba abajo y le dijo:  
—¿Podés venir otro día con ropa informal y cómoda?  
—Sí, sí, ¿cuándo?  
—Te aviso por teléfono con tiempo —le dijo Donatello.  
Salieron de esa reunión y Marito retomó su vida.

Unos días después, recibió una llamada de Donatello. Se juntaron, y a Marito le encantó el proyecto, que pasó a ser la prioridad número dos en su vida. Primero estaba Gisselle, y segundo, este plan, que tal vez sería su último trabajo.

Siguió robando, porque el nuevo proyecto iba a demandar dinero, mucho dinero, cosa que ninguno de los otros implicados tenía, y Marito se había comprometido a financiarlo. Siguió robando como loco, a escondidas de Gisselle.

Algunas ausencias de Marito por uno o dos días preocupaban a Gisselle, que insistía con que quería regalarle un teléfono móvil, pero Marito se oponía sistemáticamente. Le explicó que no usaba móvil, que tenía muy malas experiencias en causas judiciales anteriores, comprometido por las escuchas. Pero, sobre todo, la razón principal por la que debía negarse, y que no le decía, era para no comprometerla a ella.

Gisselle seguía preocupada por el dinero. Le decía que le pidiera plata a Esther, que cargara nafta a cuenta suya, que se comprara ropa.

—No, hija, qué ropa —se reía Mario—, yo no necesito ropa. ¿Me ves mal vestido?

Para Mario, Gisselle estaba mucho más linda que cuando la había encontrado: «Capaz que me parece, nada más», pensaba. Pero fueran ideas suyas o no, el ánimo y el carácter de Gisselle era otro. A veces, hablaban con Esther de eso, y no había dudas.

Y Mario la veía y le seguía pareciendo lo mismo. Le habían hecho unas trencitas, unas cositas, arreglos menores. Estaba muy linda.

# 11

## MALAS JUNTAS

—Te quiero preguntar una cosa, pero no te ofendas —le dijo Gisselle a Mario en su siguiente visita.

—¡Jamás me vas a ofender! —le contestó Mario de inmediato.

—Ojalá.

«Ojalá», pensó Mario también. Y le dijo:

—¿Qué me querías preguntar?

Gisselle titubeó y al final se animó.

—Con todas las cosas que has hecho, esos... trabajos, ¿no pensás que en realidad te juntás con gente mala?

Mario no se esperaba la cuestión, primero se sorprendió y al final se rio.

—¡Es como en todas las cosas! Hay códigos, hay maneras de trabajar, hay gente que cumple y gente que no. Lo que yo hago son ilícitos, sí, señora, robo, hago cosas feas, sin duda. Y la gente con que me muevo vive en ese mismo mundo que yo. Pero, dentro de los códigos, hay gente buena y gente mala, como en todos lados.

Se quedó pensativo un momento.

—Pero sí, sí que me encontré con gente mala, mala en serio. Zafé bien, por suerte —dijo al fin.

A Gisselle le brillaron los ojos. No podía con la curiosidad.

—¡Contame!

Mario suspiró.

—Bueno, hace muchísimos años, una vez...

Cuando me vine para acá fugado del penal de Punta Carretas, medio aprendiendo a manejarme en Buenos Aires y sin nada de dinero, me le prendía a un fierro caliente igual. Así fue que me vinculé con unos chicos que decían que tenían a un señor de la SIDE, de nombre Hugo, que evidentemente era su nombre de guerra, que les facilitaba a veces un papelito de cocaína y que les iba a entregar un trabajo muy importante, para ganar una fortuna. Me preguntaron si yo me quería sumar. Les dije que bueno, que veía, que veía de qué se trataba. No me gustaba nada tener que ver con la SIDE (el Servicio de Inteligencia del Estado), sabiendo que tenían un cupo asignado de droga por mes para repartir entre gente de la noche y así sumar buchones y colaboradores que facilitarían la tarea de investigar y prevenir el delito. Así que conocí a ese Hugo, un señor gordo, grandote, que vivía por la calle Gaona y nos explicó un ilícito que era una tontería.

En una oficina en el centro, íbamos a dar una palabra de ingreso que nos facilitaban ellos, los de la SIDE. Con esa palabra clave, nos iban a franquear la puerta. Nosotros les íbamos a meter un caño y nos íbamos a llevar unos papeles, que se llamaban Bonex y que valían muchísimo dinero. Seguimos negociando.

En esa época, ni existían los teléfonos celulares. Yo estaba alquilando en un *apart hotel*, con dinero de otros ilícitos, obviamente, que quedaba en la calle Junín al 879, 8° A. Era un tremendo

departamento a la calle. Por la ventana veía a las chicas de la facultad de enfrente de la plaza. Esa plaza tiene tres o cuatro subsuelos de cochera. Me venía espectacular, porque como es toda la manzana yo a veces entraba por una calle y a veces entraba por otra, pero tenía una escalera que salía prácticamente en la puerta de mi casa. Así que, entrara por donde entrara, yo salía ahí e inmediatamente me metía en el edificio.

Bueno, se había concretado el ilícito. Era en Cerrito y Santa Fe, un piso 13, 14, 15... No me acuerdo. Se trataba de una financiera importante, muy importante. Teníamos que ir a las siete de la tarde, entrar en la oficina, hacer abrir la puerta, zamarrear a alguien del que nos informaban el nombre de pila para que nadie pensara que justamente era él el que pasaba el dato, hacer que nos abrieran unas cajas fuertes marca Fichet, muy grandotas, y allí agarrar unos Bonex, serie 82, que valían una fortuna. Medio millón de dólares valían. Quedamos en que lo que hubiera de dinero en efectivo lo agarráramos para nosotros, no importara lo que fuera, diez mil o mil o tres millones de dólares, el dinero era nuestro. Pero los Bonex eran mitad para la banda de ellos y mitad para la banda de nosotros.

Cuando bajáramos, siete y pico, después de haber realizado el ilícito, ellos nos iban a interceptar en la puerta y detener. En aquellas épocas, las fuerzas de seguridad, de incógnito, usaban unos coches Ford Falcon que eran chapas frías, falsas, pero legales, y todas terminaban en 031. Investigaciones de Policía Federal terminaba en 113, y los no identificables en 031, una tontería, una boludez, bien de Policía Federal. Bueno, así que cuando nosotros bajáramos ellos nos iban a interceptar, detener y nos llevarían a donde haríamos el reparto.

A mí me olía mal la cosa. Al compañero que me había invitado, muy porfiado y muy drogón, no lo pude convencer de algo de vital importancia. Pero insistí y lo terminé convenciendo. Fuimos, hicimos el ilícito con muchísima facilidad. Nos abrieron las cajas. Estaban todos esos Bonex en un paquete enorme, quinientos mil dólares en Bonex, creo que eran planchas de diez mil cada una... o de mil, creo que de mil. Y eran quinientas planchas. Un montón. Y no me acuerdo si había veinte, treinta, cuarenta mil dólares, era insignificante. Así que salimos. Los autos no estaban y nos fuimos para Junín 879, 8° A, a repartir los Bonex: doscientos cincuenta mil para un montón y doscientos cincuenta mil para el otro.

Al rato, empezó a sonar el teléfono de línea, porque no existían los celulares. Ring, ring. Ring, ring. Ring, ring. Ring, ring... Atendí yo:

—Hola, ¿qué pasó? ¿Qué pasa, Hugo?—le dije.

—Pero... ¿y qué paso? —me respondió.

—¿Con qué?—le dije yo.

—Con eso que íbamos a hacer.

—Lo hicimos, estamos acá en casa.

—¡No, pero si era a las siete!

—¿Pero cómo? —le dije yo—. ¿Vós no dijiste que fuéramos a las seis?

—¡Nooo, muchachos, era a las siete!

—Peero, bueno, mil disculpas. Entendimos a las seis.

Los habíamos madrugado. Fuimos y cometimos el ilícito una hora antes.

Entonces nos fuimos para un búnker que tenían en Avellaneda, provincia de Buenos Aires, que siempre perteneció a la SIDE. Años atrás había sido una carnicería que ocultaba un subsuelo lleno de calabocitos. Ese lugar había sido utilizado en época de dictadura militar para tener a detenidos ilegales. Bueno, fuimos allí, y estaban que bramaban. Les llevamos los doscientos cincuenta mil dólares en Bonex y de regalo, para amainar la bronca, cinco mil dólares en efectivo.

¿Cuál fue mi jugada? ¿Por qué fuimos antes? Estos vagos nos iban a interceptar a la salida,

nos iban a cargar en los patrulleros, nos iban a llevar para esa cueva que tenían ahí en Avellaneda... no se llama cueva, ese pozo inmundo que tenían ahí en Avellaneda, y nos iban a matar a todos y se iban a quedar con el producto del ilícito. Estaba clarísimo. Bueno, les pegamos una gran ventajada y sacamos muchísimo dinero.

—Esa era gente muy mala, ¿ves? —terminó de contar Mario.

Gisselle tenía los ojos muy abiertos.

—¡Mario, qué peligro! ¡Con toda la gente que desapareció!

Mario se encogió de hombros.

—Cosas del oficio...

Se dio cuenta de que Gisselle estaba angustiada por la historia. «Se me fue la mano», pensó. Y se dispuso a acomodar la situación.

—Pero así como te pasa eso, podés terminar a los abrazos con un presidente de la República Argentina.

—¿Y eso?

—Así como te cuento: terminé a los abrazos con Menem.

Resulta que en el ochenta y pico, cuando yo estaba preso, para variar, había algunos chicos que estudiaban en el Centro Universitario de Devoto, y yo estaba en ese penal, obviamente. Uno de ellos, que se llamaba Juan Carlos Alejandro, mejor no te digo el apellido, que estuvo conmigo en la celda, estudiaba Derecho y se recibió estando en cana. Así que, cuando Menem asumió la presidencia en el 89, el primer ministro de Justicia, que era Jorge Maiorano —porque el anterior a él era César Arias pero tenía rango de subsecretario de Justicia—, lo puso a trabajar en el ministerio, a él y a otros abogados que se habían recibido en la cárcel.

Yo seguí detenido. El día que salí en libertad a fines del 97, me contacté con este abogado y resulta que estaba trabajando en Presidencia de la Nación para los Cascos Blancos, White Helmets. Justo vino, en el 98, una inundación en el norte argentino, e iban a salir en una campaña solidaria. ¿Qué mejor idea tuvimos que, como nadie me conocía, vincularme a través de este abogado con los voluntarios de Cascos Blancos? Fue así que, como yo también tenía casa en Resistencia, como estaba casado con una señora chaqueña, y ellos fueron a Corrientes a hacer la campaña de las inundaciones, viajé a Resistencia y estuve durante todo el día con Cascos Blancos y a la noche durmiendo en mi casa. Efectivamente, me dieron una camperita azul con la banderita de Argentina, una gorrita visera con la banderita de Argentina, y yo, contento, viviendo un momento único, haciendo el bien, ayudando, qué sé yo a quién.

Conocí a los miembros, al jefe, al director Octavio Frigerio, y así un día fuimos a hacer una campaña a un pueblito que se llama Santa Lucía, un pueblito muy chiquitito, muy humilde, en Corrientes. Resulta que me dieron una camioneta 4x4, fui al aeropuerto, traje a algunas personalidades... Era una Discovery automática preciosa. Los traje para el hotel Casino en plena rambla interbalnearia correntina, donde paraban los Cascos Blancos, y al otro día muy temprano fuimos para ese pueblito de Santa Lucía, a un batallón que había allá, donde estaban los evacuados. No recuerdo bien los detalles, lo que sí recuerdo es que tuvimos que hacer un cordón de personas porque andaban en las inmediaciones tres helicópteros de Presidencia de la Nación. Bajaron en una cancha de fútbol y fueron pasando entre el cordón que hicimos los Cascos Blancos, hasta el lugar donde se iba a hacer el acto. Resulta que de ahí bajaron Ramón Ortega, Reutemann, Kohan, Corach, toda gente poderosa de aquel entonces, todos ministros. Y el señor Carlos Saúl Menem, presidente de la Nación.

La gente era tan humilde que quería tocarlo, abrazarlo, saludarlo, gritarle, como siempre en las multitudes. Y empezaron a empujar sobre el cordón de voluntarios de los Cascos Blancos, que habíamos hecho para que pasaran las autoridades en el medio. Hasta que yo fui cediendo a propósito para acercarme más, y cediendo y cediendo, y me empujaban, y cediendo, hice un buen cálculo, una buena aproximación y quedé pechito con pechito con Carlos Saúl Menem. ¡Me miró con una cara...! Como insultándome, porque había permitido que cediera el cordón, así que tuve la oportunidad de apoyarlo con mi pecho a Carlos Saúl Menem.

Fueron adentro, hicieron el acto. Después, de unos camiones, descargamos ayuda solidaria, harina de maíz. Recuerdo una bolsa de harina de maíz que estaba rota. Iba regando, perdiendo. Un chico la llevaba en el hombro. Iba perdiendo harina de maíz, caía en el barro, y los pibes, pobrecitos, corrían y agarraban aquella harina de maíz cruda y se la metían en la boca.

En esa época, la sede de los Cascos Blancos estaba en la calle Tres Sargentos, de la Capital Federal, y yo solía ir porque teníamos discrecionalidad en las llamadas de teléfono. Aprovechaba y llamaba al Chaco, que era larga distancia, o llamaba al Uruguay, y no pagaba nada.

Conocí a mucha gente. Algunos supieron quiénes era y otros no, así que pude vincularme con ellos perfectamente. Una historia que... bueno, ver a los Cascos Blancos en el hotel Casino de Corrientes, comiendo a la carta y gastando la plata en el casino, y como contrapartida aquellos correntinitos de Santa Lucía que agarraban un poco de barro y harina de maíz y se metían todo en la boca, todo junto, es otro de los recuerdos que tendré por siempre.

Mario notó que Gisselle se alegraba cuando contaba lo de su abrazo forzado con Menem, pero se ensombrecía de nuevo cuando le contaba lo de los chicos hambrientos. Por suerte, tenía una vuelta de tuerca más en su relato.

Como remate de mis andanzas con los Cascos Blancos, resulta que Menem, como todo omnipotente, como todo poderoso, como les pasa a todos los presidentes, se quería hacer proponer para el Premio Nobel de la Paz. Entonces, hicieron un tríptico de papel seda, carísimo, que costó una fortuna, cajas y cajas, miles y miles, para repartir por ahí. Y este folleto, en la página central, tenía claro a Carlos Saúl Menem, y en la contracara, a un Casco Blanco, camperita celeste, gorrita, con una caja de medicamentos en los brazos. ¿Y quién era ese? Luis Mario Vitette Sellanes, tremendo ladrón uruguayo haciendo campaña como argentino, con la banderita argentina en la manga.

Ahora sí, Gisselle soltó la risa y Mario se sintió aliviado. «Tengo que tener más cuidado», se dijo.

## 12

# EN CAMIONETA

Una tarde, en un raro momento de silencio entre los dos, Gisselle notó que Mario la miraba fijamente, ensimismado.

—¿Qué pasa? —le preguntó.

Mario demoró unos momentos en contestar, como si le costara salir de sus ideas.

—No, nada... ¿Te puedo proponer algo sin que te ofendas?

—¡Obvio! —contestó Gisselle de inmediato, con la misma presteza apurada con la que Mario había contestado un par de días atrás—. Vos nunca me vas a ofender, lo sé.

«Ojalá», pensó de nuevo Mario, pero no dijo nada.

—Te estaba mirando el pelo, cómo lo tenés, tan poco cuidado, es un crimen, crecido así nomás. ¿A vos te molesta si traigo a una amiga mía para que te lo recorte y te lo acomode?

Gisselle se negó tajantemente. Mario, con sabiduría, no insistió... ese día. De a poco, sacando el tema un día sí y un día no, la convenció. Una tarde trajo a su amiga Margot. Esta, en la misma bañera en la que Mario bañara a Gisselle en sus primeras visitas, y usando una cantidad descomunal de productos, logró convertir aquellos matojos color paja en la cabellera rubia resplandeciente que seguro lucía Gisselle en sus años europeos. Ahora, Esther agregó a sus funciones peinarla y retocarla cada mañana, pero no se quejó. Adoraba el cambio que veía.

Mario no se contentó con el pelo. De a poco, con zalamerías e insistencia, logró que viniera una manicura a retocarle las manos y una depiladora.

Marito iba con regularidad a un odontólogo e implantólogo, Sergio, que le realizaba un tratamiento, y le preguntó si se animaba a hacer un servicio a domicilio. Resultó ser que era práctica habitual para él y ya tenía el equipo portable para realizarla. Marito le contó lo particular de la paciente, y obviamente Sergio accedió.

Con cada visita de estos profesionales, Esther veía el amor propio de Gisselle crecer y fortificarse. Ya no gritaba, ya no pedía que apagaran la luz, que cerraran las ventanas, que corrieran las cortinas, que no la tocaran, que no la alimentaran, que no la cambiaran. Y, sobre todo, ya no pedía drogas. Aquel último y letal envío que le hiciera Reina a desgano quedó intacto en su aparador de la cocina, junto con los suministros médicos que solo Esther tocaba. Tan feliz estaba la enfermera que se preocupó por dejar bien claro en sus informes a sus auténticos patrones que Mario era lo mejor que le había pasado a Gisselle desde su accidente.

Un día, al entrar a la casa, Mario encontró a María de las Mercedes esperándolo. No habían vuelto a verse desde aquel día de la liberación en Tribunales. La mujer apenas lo saludó con un movimiento de cabeza antes de hablar.

—Domingo ya sabe todos tus antecedentes, todas tus fugas, todos tus robos. Sos el peor, pero está claro que a Gisselle le hacés mucho bien. Me enteré de que lograste que viniera gente a cuidarla, cosa que en diez años yo no pude, ni nadie pudo. Esa plata pedísela a Esther, que ella te la reponga, no tenés por qué pagar los gastos de mi hija.

Mario se enfureció:

—¡¿Qué le pasa a usted?! ¡¿Qué le pasa?! Yo a Gisselle la cuido y la ayudo porque quiero y

no necesito su plata ni la de nadie.

María de las Mercedes lo miró un largo rato, inmutable. No había manera de adivinar qué pensamientos le pasaban por la cabeza. Finalmente asintió.

—Como usted quiera. Venga conmigo, por favor.

Mario, más tranquilo, la acompañó hasta el garaje, donde estaba la camioneta enorme que ya viera el primer día en que entró a la casa.

—Seguro que ya la tiene vista —dijo María de las Mercedes—, pero le cuento que esta es la camioneta que tenemos preparada para las necesidades de Gisselle. Fíjese, tiene ascensor, espacio para la silla de ruedas, trabas de seguridad. Ella viaja como un pasajero más. Si logra convencerla, sáquela a pasear. Que salga de ese cuarto de hospital de una vez. La nafta de la camioneta sí se la pagará Esther. Es mía, y no tiene por qué correr con los gastos.

Mario asintió en silencio, mirando la mole de la camioneta. De momento, no le dijo nada a Gisselle.

Fue a hablar con su amiga peluquera, Margot.

—Che, vos la viste a Gisselle, está en los huesitos, le queda el forro y el armazón, ¿te parece que le podremos comprar alguna ropita linda, igual?

Margot se rio fuerte.

—Ay, Marito, mientras más flaca una mina, más fácil conseguirle ropa.

Salieron de compras.

Esa misma noche, Mario se quedó con Gisselle en lugar de irse antes de que Esther llegara a darle la cena. Previamente, había hablado con la enfermera en la cocina, y habían preparado la sorpresa.

Gisselle se extrañó.

—Qué raro, vos acá tan tarde.

Mario sonrió.

—Ahhh, es que hoy es un día especial. Ya le dije a Esther que no te dé las pastillas para dormir, y ahora te va a traer algo.

Esther, que estaba esperando justo detrás de la puerta, entró con las bolsas de toda la ropa que Mario había comprado.

—¿Y eso? —se asombró Gisselle.

—Ropita nueva para salir a pasear —Y antes de que Gisselle empezara a hacer miles de preguntas, Mario completó—: Y ahora las dejo solas así Esther te viste y te pone linda.

Y salió del cuarto. Apenas se detuvo a reflexionar que ya había visto desnuda a Gisselle, más de una vez incluso, pero a medida que la relación avanzaba y ella se sentía más desinhibida y cómoda con él, él mismo se sentía más pudoroso respecto de ella. «Cosa rara», pensó.

Sabía que en el cuarto estaba la silla de ruedas de Gisselle, plegada en un rincón y sin usarse desde hacía años. Esa silla, muy especial, tenía una especie de arnés, un peto o pechera que la sostenía erguida sujeta por el torso, como si estuviera sentada. Y también sabía que en uno de los lados de la enorme escalera de mármol estaba el riel metálico por el que se deslizaba una plataforma para bajar y subir a su amiga en su silla. Sin embargo, sospechó que asimismo hacía años que no se probaba el artefacto. «Mirá si no anda», pensó. Y resolvió: «Bueno, la bajo en brazos y chau».

Se dirigió al tablerito de comando de la plataforma, muy sencillo. El aparato chirrió un poco, pero funcionó a la perfección.

Gisselle y su silla se acomodaron perfectamente en el asiento del acompañante. Mario pensó en pedirle a Esther que los acompañara por cualquier cosa, pero esta no hizo el más mínimo gesto

de acercarse a la camioneta. La confianza que le tenía era total.

Salieron. Al principio, Gisselle estaba asustada de todo: del viento que entraba por la ventanilla (que Mario tuvo que cerrar), del ruido, del tráfico, de estar sentada y no acostada. De a poco se fue calmando y comenzó a disfrutar del paseo.

Por ser la primera salida, la llevó por lugares bien conocidos: Corrientes, 9 de Julio, Santa Fe. Gisselle estaba asombrada de cómo había cambiado todo, ya que no recorría las calles de Buenos Aires no solo desde su accidente, sino incluso desde mucho antes, desde que se fuera a Europa. Constantemente, exclamaba sobre cosas que ya no estaban, o cosas que para ella eran nuevas y que hacía diez o quince años que se hallaban ahí.

Pasada la medianoche, estaba sonriente pero exhausta.

—Llévame a casa, no doy más de ver cosas, no me entra nada más en la cabeza.

Llegaron a la casona alrededor de la una. Esther seguía esperándolos en la cocina. No necesitó preguntar nada al ver la cara de felicidad de Gisselle, a pesar de sus ojos de cansancio.

Mario la ayudó a subirla en la silla y a entrar al dormitorio. Se despidió de la agotada Gisselle y de Esther y, sintiéndose enormemente contento, subió a su propia camioneta y se fue a su casa.

«Tendría que haber pasado por acá y mostrarle el edificio a Gisselle», pensó al llegar. «La próxima, sin falta.»

Marito, muy emocionado, atento a cada gesto o comentario de Gisselle, no se percató de un discreto pero férreo seguimiento vehicular.

## 13

# PLATA TENGO

Al otro día, Gisselle no podía parar de hablar del paseo y de lo cambiado que estaba todo.

—¿Me vas a llevar otro día? Hoy no, porque sigo muy cansada, pero me muero de ganas de ver más cosas. Hace años que no recorro la ciudad. Es todo nuevo para mí.

Mario le aseguró que sí, que claro que la iba a llevar. Gisselle se fijó que entre las cosas que había dejado encima de la mesita a la entrada de la habitación (llaves, lentes de sol, una carterita) había un libro. Nunca le había visto un libro en la mano a Mario.

—¿Qué tenés ahí? —le preguntó—. ¿Y ese libro?

Mario se encogió de hombros.

—No, no es nada, es un libro que estamos preparando para las clases de teatro que yo ya te conté que estoy haciendo —ya le había comentado de esas clases de teatro y expresión corporal.

—¿Y cómo se llama?

Mario le mostró la tapa del libro.

—*Situaciones de crisis con toma de rehenes*. Vamos a hacer una puesta en escena, algo bien realista. Va a quedar muy linda.

—Ay, ojalá pueda verte.

—Capaz que sí, capaz que sí.

Gisselle se puso seria.

—Mario, hay algo de lo que te quería hablar. Anoche, con toda la emoción, me olvidé, pero es importante.

—¿Qué pasa? ¿Qué es lo que te preocupa, rubia?

—Todo esto que hacés por mí, toda la gente que trajiste a cuidarme, la ropa que me compraste ayer...

—¿Es que revisé por todos lados y no tenés nada de ropa, ni un trapito!

—Y para qué quería ropa, si antes de que llegaras vos no salía nunca. Pero de veras nunca. Desde que entré a esta pieza, no volví a salir. Solo vos lograste que me animara. ¿Para qué quería ropa? Mandé quemar todo.

—Bueno, no importa, ya vamos a comprar nueva, bien de moda.

—Ay, sí, ahora sí quiero. Pero de eso te quería hablar, Mario. Esther me cuenta todo. Me dijo que vos pagás todo: la peluquera, el dentista, la depiladora. Y encima la ropa, y hasta la nafta de la camioneta.

—¡Lo hago porque quiero!

—Ya sé, Mario, ya sé... Pero anoche me quedé pensando. Yo tengo muchísima plata... bueno, mis padres tienen muchísima plata, demasiada. Y vos... Vos sos buenísimo conmigo, me salvaste la vida, pero no sé en realidad si tenés plata como para todo esto. No sé... En realidad no sé si podés gastar tanto en mí, que no lo valgo.

Mario primero no supo cómo reaccionar y después se rio fuerte. Decidió recurrir al humor para quitarles entidad a las preocupaciones de Gisselle:

—Robo por ser, no por tener, ¡y vos me permitís ser! Prefiero gastármela en calzones y no en

abogados —Exageró una risotada y agregó—: ¡Plata tengo! Te aseguro que en este momento plata tengo, y más que suficiente para darme estos gustos mimándote un poco. La plata va y viene, pero ahora la tengo.

Pensó unos momentos sobre la conveniencia de contarle o no sus últimos ilícitos, para tranquilizarla sobre el tema. Luego entendió que ella ya lo conocía, que no se asustaba de ninguna de sus andanzas y que en realidad él se sentía tremendamente cómodo con ella. Quería contarle. Era parte de su vida también. Así que lo hizo...

Resulta que hasta hace poco andaba con otra banda de amigos, con los que alquilábamos oficinas, una modalidad de ilícito hasta ahora no muy conocida, porque las autoridades la mantienen en reserva. Nunca hicieron un comentario ni una investigación apropiada al respecto.

La banda estaba compuesta por el alquilador, que casi siempre era un señor sin antecedentes penales, de muy buena presencia y muy buen léxico, y los demás. En esos años, se compraban las garantías. Te pedían uno o dos meses y te salían tremendas garantías verificables, pero era todo trucho. El alquilador, hábil en la confección de papeles, se hacía una documentación apócrifa y empezaba a buscar en las inmobiliarias del Microcentro o en los clasificados. Buscaba oficinas para alquilar. Lo que menos interesaba era la oficina; lo que interesaba era el edificio en el que estaba la oficina y quiénes eran los vecinos. Entonces, se hacía el trámite. Había que gastar muchísima plata, seis meses por adelantado. Alquilábamos de manera temporaria, para que fueran más fáciles los trámites. Pagábamos por adelantado, cosa que generaba menos desconfianza; seis meses por adelantado, dos de comisión a la inmobiliaria, dos meses para el alquilador. Era una gran inversión. Una vez que alquilábamos la oficina, el alquilador informaba al consorcio del edificio que iba a venir personal a pintar, a cambiar la moqueta, a poner la electrónica, la electricidad... Todos los requerimientos que esta nueva empresa necesitaba. Entonces, resulta que un día alquilamos una oficina en Corrientes al 550... A la tardecita llegaba la gente, después del horario de trabajo, trabajadores que hacían una changa de pintura y yo qué sé qué y yo qué sé cuánto. Entrábamos a la oficina alquilada y, como siempre, como era la modalidad, diez, once, doce de la noche, todos los pintores salíamos de la oficina y apretábamos al encargado, al portero. Siempre lo hacíamos así: íbamos al departamento donde vivía el encargado y decíamos: «Bueno, nos retiramos, abrí, por favor». Cuando salía el encargado, muchas veces en pijama, lo metíamos en la casa a él y le metíamos caño. Así que, entre todas las herramientas, pintura y todo lo que habíamos traído, habíamos camuflado bolsos con tubos de oxígeno. Ya sabíamos cuáles eran las oficinas a las que teníamos que ir. Casi siempre el encargado nos desactivaba la alarma, porque ellos, como la señora hace limpieza de oficinas de noche, tiene todas las alarmas de todas las oficinas. Cortábamos cajas de seguridad, robábamos, ganábamos fortunas.

Pero un día, mirando por la ventana de Corrientes al 550 para enfrente, vi un edificio en construcción y, al lado, una galería, donde había, en el local a la calle, un subsuelo, una joyería. Del otro lado del edificio, ya casi en Corrientes y Florida, una agencia de seguridad. Mejor dicho, primero un cambio y después una agencia de seguridad. O sea, el edificio en reparación y, para la derecha, yo la veía de frente, una joyería en el subsuelo, en la galería, y para la izquierda, primero un cambio y después una empresa de seguridad. En el primer piso, tenía carteles enormes de la seguridad, y la seguridad, y la seguridad, y vi que, justamente, también cubrían esa casa de cambio. Así que busqué a las personas apropiadas, otra gente, no los que alquilaban las oficinas conmigo, y un sábado a la una de la tarde fui, toqué timbre, con una campera de polietileno, una gorrita con viserita, un bigote pegado y un acrílico pegado sobre el corazón en la camperita, que hablaba de una pizzería, con dos cajas de pizza, una cerveza y una Coca. Y toqué timbre y no me

abrían, no me abrían, no me abrían. Hasta que bajó el encargado del edificio, pero no me quería abrir la puerta. Me decía:

—¿Qué pasa?

—Y... Ya dejaron esto pago allí, te lo tengo que entregar.

—No, pero ya aquí no hay trabajadores, estamos cerrados, hasta el lunes no abrimos.

—Y, bueno, ¿pero qué hago yo con esto? ¿Me lo llevo para atrás?

Hasta que dijo:

—Bueno, bueno, dejámelo, pará que abro.

Entonces el tipo metió la mano en su bolsillo, sacó la llave y abrió un Blindex, por el que yo entré. Como al lado, para abajo, había un teléfono público y, para arriba, había un kiosco de revistas que estaba cerrado por ser sábado de tarde, tenía un secuaz en cada lugar, uno en el teléfono y otro en el kiosco de revistas. Cuando el encargado del edificio, que era un pibito, me abrió, estos dos entraron atrás de mí. Simulamos un operativo policial, que drogas, que yo qué sé qué, e inmediatamente lo metimos al subsuelo, lo precintamos y lo empezamos a indagar.

Resulta que vivía en el último piso con su señora y tenía un bebé, y además estaba la cuñada. Bueno, no hubo problema, allá fuimos todos al último piso con él. Se pegaron un buen susto, pobre gente, la bebé dormidita. Así que me quedé con ellos, porque a mí me gusta quedarme con la gente sobre todo cuando hay menores, porque sé cómo lo hago.

Mis secuaces fueron a planta baja, a la pared que daba para el cambio, y le hicieron un tremendo boquete. A todo esto, ya había pasado media tarde y tocaron timbre en el edificio. Mis secuaces de abajo me informaron:

—Che, hay un chino y una señorita en la puerta.

Entonces el portero me dijo:

—Ah, sí, sí, fulano, que viene de visita.

—Bueno, escuchame una cosa, andá y abríle, yo me quedo con tu señora, tu hijo, tu cuñada, hago un desastre acá.

—No, no, por favor, yo voy y les abro.

Les avisé a mis secuaces que bajaba el encargado del edificio por el ascensor. Fue, muy bien, sin comprometer nada, abrió la puerta, entraron. Mis compañeros lo apretaron y lo trajeron otra vez para el último piso. Ahí los maniatamos un poco, tampoco muy fuerte, y ellos siguieron en su tarea. A la nohcecita, me volvieron a hablar por teléfono y me dijeron:

—Buscá bolsos, prepará bolsos, muchos bolsos.

—¿Qué pasó?

Corté, empecé a pedirles bolsos, unas bolsas de residuos negras, preparé todo. Vino uno de mis secuaces. Parecía que estaba en la nieve, todo blanco por el polvo generado al cortar la pared con la amoladora. Entonces se fue con todas las bolsas para abajo. Al rato, aparecieron los dos, blancos, abrían los ojos y parecían fantasmas, con un montón de bolsos cargados.

—¿Y eso?

—Todo plata—me dijo uno de ellos—, del cambio.

¡Uy, qué alegría que me dio! Entonces se lavaron un poco la cara, se cambiaron de ropa y le agarraron unos equipos de gimnasia al encargado. Se llevaron la ropa de ellos por las dudas, también en un bolso, y agarré, creo, cinco mil dólares, un fajito de cinco mil dólares, y le dije al encargado:

—¿Ves esto que queda acá? —y lo puse encima de un mueble.

Bueno, nos fuimos. Repartimos. Ganamos un platal. De hecho, compré una casa, compré una camioneta. Muchísima plata. Nos tocó como un cuarto de millón de dólares a cada uno. Vino la

investigación. Quedó detenido el portero por la manera en que le abrió a un desconocido. Fue preso, le pusieron una fianza. La mujer inmediatamente pagó la fianza con aquel dinero, aquellos dólares que nosotros habíamos dejado arriba del mueble. En seguida procesaron también a la mujer, porque un pobre portero no tenía de dónde sacar un montón de dólares para pagar una fianza.

—¿Ves, entonces? Plata tengo, de ese ilícito.

Gisselle sonrió.

—Me quedo más tranquila. Pero igual me da cosa que gastes en mí.

## 14

# COSAS QUE PASAN

Las semanas se volvían meses, y Mario ya estaba acomodado en la rutina de trabajar en sus asuntos de mañana y visitar a Gisselle de tarde. Una vez trató de preguntarle cosas de su pasado, pero no tuvo mucho éxito.

—Ya sabés todo de mi vida —fue la respuesta—. Mis padres me dieron todo menos compañía y afecto. Fui a los colegios de monjas más caros, hice lo que quise siempre, desde chica probé todo lo que quise, alcohol, drogas, sexo... Mientras no hubiera escándalo, acá a nadie le importaba. En cuanto pude, me fui a Europa, y si acá estaba en cualquiera, imaginate allá. Y lo mismo, mientras no hubiera escándalo público, papá y mamá pagaban todo. Por eso mi vida no interesa nada, siempre fue un dejarme llevar. Hasta el accidente...

Se calló. Mario mantuvo el silencio unos momentos. Por fin lo rompió con lo que más le levantaba el ánimo a Gisselle: un cuento de sus andanzas.

—¿Te conté de la vez que me robé un himen?

De inmediato Gisselle salió del pozo oscuro en el que estaba sumergida:

—¡No! ¿Cómo que un himen?

—Bueno, te cuento...

Resulta que, cuando recién había salido con la condicional, me tomaba un colectivo 12 y me iba a una parte del barrio de Palermo, lindo barrio, muy importante. Ahí practiqué, practiqué y practiqué con una llavecita hasta que pude abrir la puerta de Santa Fe al 3872, a unos metros de Armenia. Subí por la escalera, con muchísimo cuidado porque en el último piso vivía el encargado del edificio. Al fondo de ese mismo corredor estaba la puerta que salía a la azotea. Yo quería ver si podía pasarme para alguno de los departamentos de ese mismo edificio o de los edificios linderos. Entonces, en pleno día, con muchísimo cuidado y descalzo para que mis zapatos no hicieran ruido en la cera, me acerqué a la puerta de la casa del encargado. Se escuchaba la televisión muy fuerte adentro, así que salí a la azotea sin problema. Esa azotea tenía un tanque del agua. Miré para un piso más abajo y vi un gran balcón que tenía, me acuerdo, una churrasquera, con una parrilla allí arriba, muy lindo, un gran balcón, y dos sillas reposeras blancas, de esas plásticas. Se veía que les gustaba tomar el sol a los que vivían ahí.

Estaba todo apagado, todo en silencio, así que decidí bajar por una escalerita del lavadero, algo muy fácil. Allí, en esa casa, inmediatamente, porque estaba la persiana levantada, pude ver que adentro no había casi nada. Me dije: «¡Uy, una casa deshabitada, qué mala liga!». Igual me metí, nada más que por despuntar el vicio, a ver qué podía encontrar. Enseguida fui al dormitorio, prendí la luz y, en efecto, vi que estaba vacío, un placar abierto, y en la parte de abajo, contra el piso, un cofrecito de seguridad con la llave puesta. Evidentemente, adentro no tenía nada. Mala suerte.

Recorrí toda aquella casa, fui a la cocina. Había montones de cajas con cristalería y cubiertos envasados, como para llevarse, y después también vi algunas ropas, hasta que encontré, en un segundo dormitorio, muchísima ropa embalada en cajas. Pude apreciar que, por el tipo de ropa,

sería una señora anciana la que vivía allí, mujer y muy mayor. Deduje que había fallecido, o no sé, se la habrían llevado para una clínica psiquiátrica, pobre señora, una clínica que la controlara, que la cuidara. No sé por qué se me ocurrió psiquiátrica.

Revolviendo, revolviendo, nada más que porque recién salía en libertad y por si encontraba algo de valor, encontré un costurero de seda, muy lindo, muy bordado, antiquísimo, descolorido ya pero muy prolijo, muy cuidado, que llamaba poderosamente la atención. Tenía una muy fina combinación de croché y macramé. Adentro de ese neceser o costurero, había un mechón de pelo y un pañuelito, una cosita bordada también, muy bonita, con una mancha ocre. Encontré unos botones de una casaquilla militar, pero antiquísimos, con el escudo italiano. Después de haber revuelto todo y no haber encontrado nada más, desanduve mi camino y me fui.

Unos días después, le llevé a una anticuaria conocida de la calle Bolívar, en el barrio de San Telmo, aquello con los botones de una casaquilla, un mechón de pelo y aquel pañuelito, para ver qué era todo eso. Y esta señora muy mayor, muy emocionada, me dijo:

—No tenés ni la más remota idea de lo que es esto, ¿no?

—No, no, por eso te vengo a consultar, no porque pueda tener valor material, solo por curiosidad.

Entonces me dijo que el mechón de pelo sería algo que significaba un corte de pelo, relacionado con un casamiento o algo así, y que los botones podrían ser de su esposo, fallecido en la Primera o Segunda Guerra Mundial, porque ese neceser o costurero de seda, me dijo, se usaba hacía muchísimo tiempo, en el siglo anterior, o en el anterior incluso, y que sin lugar a ninguna duda aquel pañuelito significaba que eso era la desfloración de la señora, que se estilaba hacía ciento cincuenta o doscientos años. Se dejaba una muestra de su pureza y de su virginidad.

¡Imaginate la conmoción que esa información creó en mí!

Gisselle se rio encantada.

—¿Y qué hiciste con ese pañuelito?

Mario se rio también.

—Uh, ya ni me acuerdo, hace tantos años... De todo aquello, el pañuelito no tenía ningún valor, andá a saber dónde quedó, creo que en lo de mi amiga anticuaria...

—¿Y famosos? ¿Tuviste aventuras con famosos?

Mario pensó unos instantes. Claro que había tenido aventuras con famosos, el asunto era cuáles podía contar y cuáles no...

Una vez me pasó algo similar a lo que me pasó contigo, aunque no terminó así de lindo como esto. Resulta que una empleada infiel de la calle Paraná, entre Arenales y Montevideo, frente a la plaza Las Heras, me entregó a cambio de dinero una llave de ingreso al edificio de Paraná al 1219, creo. Entonces, por ese edificio llegábamos a la escalera de servicio; de la escalera de servicio, a la puerta de la azotea; ahí utilizábamos una de nuestras técnicas para abrir las puertas de las azoteas y salíamos a los techos. Empezábamos a recorrer los techos, en la modalidad de *spiderman*, y resulta que vimos una posible vivienda vacía. Estaba todo apagado, todo en silencio, con una persiana levantada.

Uno de los que estaba conmigo volvió a bajar, de la misma manera en que subimos, total teníamos llave de la puerta de entrada. Fue y tocó timbre en Paraná al 1221; era el último piso del edificio de al lado. Tocó timbre, tocó timbre, tocó timbre, y nadie contestó. Volvió a subir a la azotea y nos dijo que no había nadie, así que entramos. Éramos tres. Empezamos a recorrer el departamento en muchísimo silencio. Uno, no me acuerdo cuál de mis compañeros, abrió una

puerta, y hete aquí que adentro había una señora acostada, una gurisa, en realidad. Fue un griterío bárbaro. Enseguida le tapamos la boca. Resulta que era la doméstica de esa casa que, fuera de horario de trabajo, escuchaba música en un reproductor con auriculares, y por eso no había oído el timbre que repetidamente había hecho sonar mi compañero.

Perpetramos el ilícito. Había muchos Rolex. Me acuerdo de que me llevé un cuchillo bayoneta. A mí me gusta llevarme suvenires de esos hechos. Y resulta que, algunos años después, cuando fuimos presos, por llevarme cosas de las casas tuve que pagar ese ilícito también, y ahí descubrimos que era la casa del hermano de Rubén Orlando, el peluquero famoso de la televisión, que vivía con un hijo mayor. Esa chica que estaba allí era la doméstica, pero nos enteramos de que este señor la denunció como partícipe, porque «ella dejó entrar». La pobre minita, creo que era peruana, se comió un par de años en cana en el penal de Ezeiza, por la denuncia sin sentido del patrón, diciendo que era infiel, que había permitido el ingreso de los ladrones. Por supuesto que al final, después del juicio en el tribunal oral número 12 de la Capital Federal, fue liberada.

Con esa llave, también perpetramos varios ilícitos en la misma manzana. Robábamos una casa y nos íbamos, dejábamos pasar diez o quince días, volvíamos a entrar con la llave esa, volvíamos a salir a los techos, buscábamos otro blanco...

Y así fue que también entré a una casa muy fastuosa, muy lujosa, un triplex, un *pent-house*, pero triple. Cuando fuimos a juicio después, una persona fue a verme. Yo estaba detenido por sustracción de automotor y por esos robos de hombre araña, y se aparece este señor a ver al ladrón. Yo dije: «Qué raro». Lo trajo el comisario. ¿Y quién era? Mario Blejer, el presidente del Banco Central. Con razón... era influyente, así que fue a ver... Intuyo que habrán pensado que el robo tenía que ver con alguna cuestión política o de Estado, vaya a saber, pero era puro azar.

Sí, sí, el triplex, lo puedo describir perfectamente. Un piano antiguo de esos de repisa, de pared, muchísimo lujo. También Rolex, dinero. De ahí me llevé un reloj Napoleón Tercero, estilo isabelino, con una marquetería divina, de 1830 creo que era.

Días y días después, volvimos a ese edificio, y resulta que el azar hizo que entráramos en la casa de una señora divorciada del señor Jorge Pizzabioche, que era presidente de Dijon Peugeot. Ella se llamaba Graciela. También la desvalijamos, le llevamos muchas monedas de oro, pesos mexicanos, mucha joyería. Cuando fuimos presos, resulta que llamaban por los medios a quienes hubiesen sufrido ilícitos de esa modalidad para reconocer efectos. Entonces esta señora, Graciela Eintos, de la calle Paraná y Arenales, reconoció aquel palito de golf del que yo te conté, que era de Quintana al 24. Lo reconoció como propio. Yo no iba a decir: «¡Ey, eso no es suyo, señora, eso pertenece a otro ilícito!», porque lo hubiera tenido que pagar. Pero pienso: ¿hasta dónde? ¿Quién robaba a quién? La señora aseguró que aquel palito de golf con el diamantito era de ella, y yo te puedo asegurar que era de Quintana al 24. Nada que ver con Paraná y Arenales.

Otro día, en la calle Juncal al 1480, Juncal y Paraná, me llevé un montón de cosas, efectos de valor. Entre ellos, una cajita con unas jinetas de militar y con unos botones de una chaqueta militar. El señor de esa casa era de apellido De Urquiza, alguien que estuvo vinculado al gobierno no recuerdo en qué época. Estoy seguro, aunque no puedo demostrarlo, que esos botones, tan cuidados, tan acondicionados, pertenecieron a José de Urquiza, el prócer, porque estaban guardados con muchísimo esmero en un lugar muy especial de la casa. Obviamente, no puedo demostrarlo, pero yo intuyo que podrían pertenecer al prócer, y así me gusta pensarlo.

## 15

# TRES DÍAS

Los asuntos de Marito se estaban acelerando, y sin previo aviso tuvo que dejar de visitar a Gisselle por tres días. A ella no le gustó nada.

—¿Qué pasa? —le dijo en cuanto entró a la habitación, luego de la ausencia.

—No, nada, qué va a pasar, estaba con unos amigos —le dijo Mario, jocoso, tratando de evadir el notorio mal humor de Gisselle.

—Contame —le exigió.

Gisselle no era nada tonta y, a pesar del silencio y las chicanas de Mario, sabía que estaba metido en algo grande, aunque no tenía idea de qué podría ser.

—No, no. Ya quedamos al principio: hay cosas que no te cuento, no por desconfianza, sino para protegerte. Estas cositas no se cuentan.

—¡Pero no me hagas preocupar!

—No, no te preocupes. Vos quedate tranquila.

El día era agitado en la casa. De mañana había venido la psicóloga, con la que Gisselle había reiniciado las sesiones luego de años de rechazarla a los gritos. En un rato iba a pasar el odontólogo a retocar la limpieza dental. Gisselle era otra, era una mujer transformada, pero el carácter podrido y combativo siempre estaba ahí, apenas debajo de la superficie. Mario sabía que tenía que tener cuidado de no hacerla enojar, por un lado, y de no amargarla, por otro. Tenía claro que todo el trabajo que se había tomado para ayudarla a salir a la luz de nuevo recién empezaba y que le quedaba mucho por hacer.

No le preocupaba, tampoco. De veras disfrutaba estar con Gisselle y mantener sus rutinas, aunque también sentía que todo estaba a punto de cambiar, en unos pocos días apenas, y se preguntaba qué tenía que hacer y cómo manejarlo. Las cosas se iban acelerando fuera de la, ahora, familiar y querida habitación de Gisselle. Sabía que se acercaba la que iba a ser la jugada de su vida. Una vez llevada a cabo, todo iba a cambiar para siempre. La pregunta era cómo manejar lo que viniera luego.

Por suerte, el momento tenso pasó y Mario rellenó el bache con lo que mejor le salía: contarle una historia, algo que la sacara del encierro del cuarto y la llevara a su propio mundo de ilícitos y anécdotas notables...

Te juro por Dios que esta historia es real, aunque no me pasó directamente a mí. El autor de ella se llamaba, porque ya falleció, Óscar Mario Zafra Pérez, uruguayo como yo. Resulta que él andaba en la República Argentina. Manejaba un Peugeot 504, recorría calles, buscaba un blanco, un futuro blanco: una casa en banda, como decimos en el argot, para poder robar. Así que por allá vio una, le gustó, bajó, tocó timbre, le contestaron. Subió a su Peugeot y siguió. Vio otra que le pareció que sí, saltó al fondo, entró, desvalijó la casa. En aquella época, por un TV color y una videocasetera, porque no existía ni el DVD ni nada, había VHS, los reducidos te daban mil dólares. Recuerdo a un reducidor en particular, que no voy a nombrar pero que ahora tiene una cadena de casas de electrodomésticos con su apellido. Bueno, en aquellos años compraba cosas

robadas.

Resulta que mi amigo Óscar iba por la calle Juan B. Justo y vio una linda casa. Paró su auto. Observó bien y vio en el escaloncito del zaguán, como quien dice en la calle, en la vereda, una caja de cartón, más o menos de treinta por cuarenta o de cuarenta por cuarenta. Si hay una caja de cartón en la puerta, es un claro indicador de que adentro no hay nadie. Vino alguien a traer un pedido, se encontró con que no había nadie y lo dejó en la entrada. Clarísimo.

Resulta que al costado la casa tenía una puerta, de esas de rejita, livianita, que comunicaba al fondo. Mi amigo Óscar agarró el santo, el destornillador, hizo una pequeña fuerza, era pleno mediodía, hizo una pequeña fuerza en esa puertita lateral y, cuando se quiso acordar, estaba en el fondo de la casa. Empezó a romper una reja hasta que la arrancó. Entró en la casa, empezó a revolver, a revolver, a revolver... Era tremenda mansión, pero no encontraba nada, nada de nada. Se llevó una flauta traversa y un par de porquerías más, así que fue a salir nuevamente por el fondo. Iba saliendo por la puerta lateral y se dijo: «Ah, ¿sí? ¿No tenés nada? Ahora te robo hasta el pedido, hasta lo que te dejaron en el zaguán». Y Óscar agarró aquella caja que estaba en el escalón del zaguán.

¡Qué sorpresa, imaginate, cuando agarró la caja y escuchó a un bebé llorar y algo que se movía adentro!

Te juro por Dios que fue así. ¿Qué había dentro de la caja? ¡Un bebé! Hijos de mil... Andá a saber quién lo abandonó. Oscarcito lo subió en su Peugeot y se fue hasta un conventillo, que ahora no está más, que estaba en la calle 33 Orientales y Carlos Calvo, con la novedad del bebé. ¡Había robado un bebé! Empezaron a venir las mujeres del conventillo a dar una mano: que esto, que cambiemos, que andá a comprar pañales, que traeme leche, que pobrecito, que yo qué sé qué, que yo qué sé cuánto.

Y mirá vos los destinos de la vida... A los pocos meses, ese niño ya andaba ahí entre puros ladrones, lleno de pulseras de oro, cadenas de oro, pelito largo. En aquellos años daba una facha tremenda. Todos los tíos, ladrones. Las tías, prostitutas. Era la mascota de aquella casa. Hete aquí que a ese niño después lo sacaron de Argentina de contrabando para Uruguay y ahora es un empresario allí, un empresario importante.

Así que, para redondear, la gente que lo dejó, la mamá que lo dejó, desesperada vaya a saber por qué y en qué circunstancias, habrá creído que esa familia, de esa casa muy potente, lo crió. Y la familia esa ignora todo lo que pasó. Cuando llegó a su casa, se encontró con la novedad de que estaba toda revuelta, pero nunca tuvieron ni idea de que les habían dejado un chico en la puerta.

Y el chico, hoy en día, abandonado en una puerta vaya a saber en qué circunstancias y recogido por un ladrón, es un empresario en Uruguay. ¡Qué anécdota! Te juro por Dios que es real.

Gisselle estaba con la boca abierta del asombro.

—¡No te puedo creer!

—Te juro que es cierto —reafirmó Mario—. Así como lo escuchás, a ese bebé le salvaron la vida. Andá a saber por qué lo abandonaron y si la gente de esa casa lo hubiera criado bien o lo hubiera mandado a un orfanato. Y ahí tenés, entre ladrones terminó haciéndose una vida de lo mejor allá en Uruguay.

—Las vueltas de la vida, qué increíble...

En ese momento entró Esther para avisar que había llegado el dentista. Mario se despidió de Gisselle con un beso en la frente y se fue a seguir con sus asuntos.

## 16

# MAU MAU

Esa noche, luego de dejar a Gisselle en manos del dentista y de pasar por su propio departamento a descansar y refrescarse un poco, Marito caminaba por la calle Arroyo. Allí vive gente de mucho poder adquisitivo. Días atrás, había relojeado un edificio que le gustaba mucho para hacer un intento de ilícito, en Arroyo al 839. Aquella vez, a media mañana, caminaba en sentido contrario al tráfico y, no más ver esos balcones no muy altos y la obra en construcción lindera al edificio, ya se había tentado, pero era un lugar para escalar de noche lejos de cualquier mirada curiosa. Tomó contacto con el lugar, memorizó sus características y se fue.

Ahora era el momento adecuado para un intento. Llevaba un puñadito de llaves, un destornillador, alguna cosita liviana. La obra en construcción tenía una protección de chapas de zinc, una especie de pared de chapa que protegía a los peatones de cualquier desprendimiento o accidentes de trabajo, y una puertita, de la misma chapa, con una gruesa cadena y un gran candado hacia afuera, claro indicador de que adentro no había nadie, porque estaba cerrado el acceso y sin duda no habían encerrado al sereno o cuidador. La obra estaba vacía.

Marito siguió de largo por la calle Arroyo, justo en la parte donde esta pega una curva muy pronunciada, entre Esmeralda y Suipacha. Del otro lado de la obra, en el 887, se encontró frente a un edificio que tenía una puerta antigua de hierro y vidrio, con una llave que se había dejado de usar hacía años, una llave Yale. Así que fue muy fácil meter una llavecita Yale que siempre tenía tirada por ahí entre sus herramientas, por las dudas. Entró y se encontró con un ascensor de hierro y una escalera de mármol en caracol. Pensó —¿por qué no?— que por la posición de los edificios y la curva tan pronunciada que daba la calle justo en ese lugar posiblemente en la parte de atrás podrían juntarse.

Efectivamente, subió tres pisos por la escalera y halló una ventana que comunicaba con el cielo, con el espacio. Se veía la noche en el exterior. Abrió aquella ventana con mucho cuidado y salió a una azotea, la de aquel edificio en construcción. Era ideal para, desde esa azotea, llegar al edificio del 839 con aquellos balcones que tanto le gustaban.

Ya que estaba en aquella obra vacía, sobre aquella calle vacía, decidió entrar a ver qué encontraba. Abrió una puertita que estaba sin llave y llegó a una habitación llena de herramientas: amoladoras, cortadoras, macetas, martillos...

Inmediatamente detrás, había una escalera con moquete y una oficina vacía, con una enorme caja fuerte. No había visto otra igual. Medía casi dos metros de alto por un metro y medio de ancho y un metro de profundidad. La tremenda caja fuerte tenía la llave puesta y la puerta abierta, y adentro no había nada.

«¿Qué sería esto?», pensó, intrigado. Siguió bajando por aquella escalera y se encontró con el primer gran salón. Las paredes estaban marcadas donde habían sacado los cuadros. La alfombra estaba comida, roída, rota. Siguió bajando por la escalera y llegó a la planta baja. Allí vio la marca de donde había estado un gran cartel, ahora ausente. Por la mancha que dejara en la pared podía leerse claramente: Mau Mau.

«¡Mirá dónde estoy —se dijo asombrado—, dentro del mítico, legendario, MauMau!»

En un rincón quedaba, vaya a saber por qué, un sofá desvencijado, al que se le salían los resortes. Se sintió conmocionado, de alguna manera que no pudo ni explicarse a sí mismo, por estar dentro de aquel lugar, así que tiró una bolsa de plástico que había por allí encima de aquel sofá y se sentó.

Pensó: «¿Quién habrá estado sentado acá? ¿Susana Giménez, Carlos Monzón, Moria Casán, Daniel Tinayre y Mirtha Legrand? ¿Alguna personalidad internacional, como Liza Minnelli, Omar Sharif, Philippe Junot, Cristina Onassis o tantos otros?...».

Marito conocía un poco la historia de ese lugar, como muchos porteños de su edad, montones de anécdotas e historias de gente famosa. Una vez, Willy, el portero negro y servicial, nada menos que a Guillermo Vilas no lo dejó entrar por estar en zapatillas. Ahora, él recorría aquellos tres pisos como si fuera el dueño. Pensó en Olmedo, pensó en Porcel, pensó en Pepe Parada, Gerardo Sofovich... ¿Cuántas personalidades pasaron por allí?

Pero si hasta Dante Quinteros incluyó aquella famosa *boite* en las historietas del *play boy* porteño Isidoro Cañones, que junto a su fiel acompañante Cachorra han «curtido la noche» de la calle Arroyo en la que ahora Marito revivía recuerdos.

Estaba con el oído atento a la puerta de chapa que daba a la calle, por el improbable caso de que algún custodio volviera a la obra. Pero, sentado en aquel sofá desvencijado, el rato fue pasando, mientras caía en un raro trance, algo casi místico. En parte, se sentía como si hubiera profanado aquel lugar, del que tanto y tanto había escuchado hablar. Tras repasar las historias que iba recordando, los nombres célebres que sabía que habían estado en ese mismo salón, se forzó a salir del trance y levantarse. Un poco sentía como si estuviera profanando el lugar, como si no tuviera derecho a estar ahí, como si molestara a los fantasmas o algo así.

Se forzó a salir del salón y a subir de nuevo las escaleras. De subida, iba rozando las paredes con la mano, como despidiéndose. Pensó que iba a guardar la llave Yale por si algún día quería volver, aunque era obvio que el edificio estaba en plena demolición y no iba a durar mucho. Fue como un bálsamo, algo místico o esotérico, que le indicó que no debía seguir con sus intenciones primarias de usar ese edificio solo para pasar al siguiente y perpetrar algún ilícito. Depuso su actitud y decidió dejar aquello como un buen recuerdo, sin mancharlo con un robo, como si Willy, desde algún lugar, lo hubiera dejado quedarse un ratito solo y sin permiso en aquel reducto donde José Lata Liste, su propietario, jamás le hubiese permitido estar.

«Con Gisselle —pensó—. Tengo que traer a Gisselle a que vea esto y contarle todos los cuentos que recuerdo.»

De la nada escuchó una voz. Su propia voz.

«Pero Marito, qué decís, si en Mau Mau te metiste en 1998. Ya no existe nada de eso. Para qué vas a traer a Gisselle.»

Y se despertó, en su cama de la avenida Santa Fe, apenas pasado el anochecer. Se había tirado a descansar unos momentos antes de salir para hacer algún trabajito y se había dormido profundamente. Vaya uno a saber por qué había soñado con ese recuerdo que tanto atesoraba, de casi una década atrás, lo mejor que le había pasado ese año.

Nunca le había contado de esa noche a Gisselle. Se dio cuenta. No sabía por qué, si era un recuerdo que le gustaba mucho. También se dio cuenta de que Gisselle estaba en sus pensamientos hasta en sueños. Soñaba que tendría que llevar a Gisselle a más lugares, compartir con ella más recuerdos.

Sabía que en pocos días, tres o cuatro, todo iba a cambiar para siempre y que, cuando todo cambiara, tendría que tomar una decisión respecto de Gisselle. Iba a ser una nueva vida. Debía decidir qué hacer con ella. Había estado meditando, casi sin darse cuenta, sobre qué sería lo

mejor para ella y para ellos, si llevarla con él a su nueva vida o dejarla en paz en su camita, con sus cuidados médicos. Ahora, gracias al sueño de Mau Mau, ya no tenía dudas. Gisselle se iba con él.

De pronto, recordó que al otro día se cumplía un año exacto de aquella tarde en que se había metido en la casona por primera vez y la encontrara en su cama, a oscuras, sucia, amargada. Ya hacía un año que la conocía, un año en el que había invertido tiempo, esfuerzo y plata en sacarla a flote, en abrirlle las ventanas a la vida, en devolverle la sonrisa.

«Hay que celebrar —pensó—. Y más hay que celebrar tomando en cuenta lo que se me viene después.»

## 17

# THE SUB

La mañana siguiente Mario la pasó dedicado a preparar la sorpresa de Gisselle. Fue una temeridad, una inconsciencia, porque estaba a apenas un par de días de ejecutar el gran plan que llevaba un año preparando. Pero sentía que se lo debía a ella.

Tuvo que convencer, rogar, seducir, insistir, porque todo lo armó de golpe, sin plazos. Pero lo logró. Margot lo acompañó a comprar ropa de mañana y se comprometió a arreglar el pelo de Gisselle en la tarde. Otras gestiones, con conocidas que hacía más tiempo que no veía, fueron más arduas, pero logró llevarlas a cabo. Finalmente, a media tarde, encerró a Esther en la cocina, para estar seguros de que Gisselle no escuchara nada desde su cuarto, y le explicó lo que planeaba hacer.

Al principio, Esther ni siquiera entendió la idea.

—¡No, es imposible, cómo van a hacer eso!

Mario insistió e insistió hasta que la convenció.

—Vos confiá en mí, que ya tengo todo arreglado.

Y Esther se comprometió a maquillar y vestir a Gisselle y tenerla lista a la hora acordada. Tenía dudas, pero a esa altura confiaba ciegamente en Mario.

Pasada la medianoche, Gisselle estaba vestida, peinada, maquillada, sentada en su silla y desesperada de intriga. Cuando por fin Mario entró en la habitación, casi lo asalta a preguntas.

—¿Vamos a salir? ¿Me vas a llevar a pasear en camioneta? ¿A dónde vamos hoy? ¿Por qué tan tarde?

Mario se rio y le dio un beso en la mejilla.

—Feliz aniversario, mi amor.

Gisselle se quedó muda. Le duró poco.

—¿Hoy, aniversario? ¡No sé ni en qué día vivo, acá encerrada! ¿Ya hace un año que nos conocemos? Y... y... ¡y me dijiste mi amor!

Mario trató de restarle importancia riéndose.

—Mi amor, mi cariño, mi bebé... ¿estás preparada? Porque hoy te tengo una sorpresa.

—Estoy pronta, sí, más que pronta... ¿A dónde vamos hoy?

—¡A bailar!

Esta vez la sorpresa sí dejó muda a Gisselle un buen rato. Cuando pudo volver a hablar, Mario ya la estaba bajando por el riel junto a la escalera con silla y todo.

—¡¿Cómo a bailar?! Pero Mario, yo... ¡no puedo!

Mario se volvió a reír.

—Qué no vas a poder. Vos dejá todo en mis manos.

En Córdoba y Florida, Mario estacionó la camioneta justo frente a la puerta de un conocido boliche gay, The Sub.

Resulta que algunos años atrás, Mario había hecho una buena amistad con una abogada, una chica gay, su amiga «K», mientras estaba preso pero con salidas laborales durante el día. De camino, se lo explicó a Gisselle:

—Salía todos los días a trabajar a las seis de la mañana y me presentaba a las nueve de la noche en una unidad que está escondida en la Capital Federal, la única unidad del Servicio Penitenciario Federal que queda en el ámbito de la Capital y que casi nadie conoce. Es la unidad número 18, de medio camino entre la prisión y la liberación, más precisamente en Córdoba al 1632, esquina Pasaje del Carmen. Entonces, resulta que, como te decía, yo estaba con prisión nocturna. Mi carita ya era medio conocida, y tenía que ir a lugares donde a nadie le importara nada. Con mi amiga empecé a conocer esos antros, que me encantaron, porque nadie presta atención. Está todo el mundo en la suya y nadie le da bola a nadie. Y conocí un lugar que se llama Bach, un lugar de tortitas ambientado para que las lesbianas se sientan cómodas y pasen un rato ameno sin mentes pacatas que las estén observando como a bichos raros. Está allá en Palermo. Conocí otro que se llama Kilómetro Cero, que está en Santa Fe y Pueyrredón, Sitges o América, en Córdoba y Gascón, todo el circuito gay de Buenos Aires...

No se lo dijo, pero su razonamiento fue que en los lugares de gente común el ambiente es muy cruel, muy discriminador. Todo el mundo iba a poner la mirada sobre Gisselle y a incomodarla. La experiencia seguro iba a ser penosa para ella. En los boliches gay, en cambio, todos les dan bolilla a todos y nadie juzga quién o cómo son los demás ni a nadie le importa.

Mediante una generosa propina, Mario se aseguró la ayuda de las personas de seguridad para bajar la silla, ya que el boliche estaba en un sótano, de ahí el nombre. Allá abajo, en la pista, estaban sus amigas, o sea, su amiga abogada «K» y las amigas de ella. Les presentó a Gisselle, y enseguida se hicieron cargo de ella. La llevaron al fondo del local, donde había un pequeño escenario en el que casi nunca pasaba nada, y en ese rincón armaron su propio rancho aparte, bailando, turnándose para hacer «bailar» a Gisselle moviéndole suavemente la silla y divirtiéndose todos juntos.

Gisselle estaba encantada, feliz. Los ojos le brillaban. No paraba de reírse. No se había divertido tanto, ni había estado rodeada de tanta gente, en más de diez años. Esta noche la iba a recordar para siempre.

En un momento, Mario se ofreció a traer bebidas para todos, y Gisselle le pidió un vodka con energizante, como tomaba antes, en los años de Europa.

—¡Pero no, estás loca, con todos los medicamentos que tomás! —se escandalizó Mario—. Esther nos mata —dijo, y rieron a carcajadas.

Sin embargo, cuando trajo champagne para todos, no pudo negarle compartir el vaso de plástico que dan en esos lugares, para que tomara de a poquito con un sorbete que consiguió en la barra.

En determinado momento, Mario desvió su atención de Gisselle, que seguía a las risas con sus amigas, y notó que desde la barra lo estaban observando. Y, más aún, reconoció a quien lo miraba, aunque este de inmediato giró la cara y se puso a hablar con su acompañante, una rubia de muy buen físico.

«Ese es el Ninja Horacio Enríquez», pensó Mario. Se trataba de un tipo bastante conocido, patovica, guardaespaldas y luchador de kick-boxing, a quien Mario se había cruzado amistosamente varias veces. Era una persona muy conocida por haber cuidado a mucha gente famosa: Maradona, Luis Miguel, Madonna, entre otros. Vivió años en Europa cuidando a Diego y Guillote Coppola.

Y de pronto, algo en la mente a Mario hizo un clic.

«Este me está vigilando», pensó. Y luego: «Me están siguiendo».

Primero, le vino a la cabeza el acontecimiento que estaba a punto de desencadenarse en un par de días. Pensó en entregas, en piratas, en traiciones. Pero lo descartó de inmediato, por

improbable. Horacio nunca se prestaría a ese tipo de trabajos en conjunto con la policía. Había una explicación mucho más sencilla a mano, y más coherente con la presencia de, entre toda la gente posible, Enríquez, el Ninja. Para salir de las dudas, fue a preguntarle.

Horacio lo saludó un poco incómodo, al saberse descubierto. Mario fue directo al grano:

—Enríquez, vos me estás vigilando —le dijo.

El Ninja hizo un gesto con la cara.

—¿Quién me pagaría para cuidarte a vos, Mario?!

Ahí se le terminó de aclarar el panorama a Mario.

—A Gisselle. Estás siguiendo a Gisselle.

Ahora Enríquez, aún más incómodo, respondió:

—Si así fuera, no te lo diría. Es política de la empresa.

Intercambiaron saludos de despedida, y Mario se retiró. Era más que evidente que los padres de Gisselle estaban permanentemente vigilados y protegidos. ¿Cómo no iba a estarlo ella?

Mario se quedó pensativo.

Volvió con Gisselle y sus amigas, meditando. En el fondo, entendía a Domingo y María de las Mercedes. No desconfiaban de él, estaba seguro de eso. Si no, jamás le hubieran dado tanta libertad dentro de su casa y con su hija. Pero en la calle, por más que estuviera con Mario, seguía siendo la hija y única heredera de no una sino de dos fortunas y, por lo tanto, un blanco apetecible. Encima, en caso de ser secuestrada, no tendría ninguna posibilidad de sobrevivir sin los cuidados médicos diarios, y mucho menos de escaparse.

Mario suspiró. «Y bueno, son las reglas del juego», pensó.

Gisselle estaba radiante, feliz y más que un poco borracha por la falta de costumbre de tomar alcohol, a pesar de que solo había bebido unos pocos sorbitos. Pasaron otro rato riendo y bailando, hasta que ella misma, agotada, le pidió que volvieran a su casa.

Mientras arrancaba la camioneta, le dijo:

—Fue la mejor noche de mi vida, Mario. La mejor.

—Me alegro, mi amor —contestó Mario, y esta vez no trató de disimular lo dicho.

En cuanto arrancó por Córdoba, pudo ver por el espejo retrovisor el auto que salía lentamente tras él. Marito, alardeando de sus conocimientos y habilidades, hizo una mala maniobra en Córdoba y Pueyrredón para eludir el seguimiento, pero vio e identificó de inmediato el auto de apoyo que se hizo cargo y continuó con la estrecha vigilancia del «paquete», hasta que entraron en la cochera de la casona.

Cuando descendían en la cochera, Mario escuchó el «bip bip» del Nextel de Esther y dedujo que sería Enríquez. Se hizo el tonto y finalizó la jornada.

## 18

# AMOR O SEXO

Al otro día, Gisselle estaba esperando ansiosa la llegada de Mario.

—Quiero hablar con vos, Mario —le dijo en cuanto entró.

—Fuaaa... ¿Qué pasó, amor?

—Estuve hablando con mi psicóloga, mi analista... O sea, lo vengo hablando hace días, no hoy. Estuve hablando, y después de lo de anoche...

—Pasamos lindo, ¿no? —interrumpió Mario alegre, pero en el fondo preocupado por el rumbo que podría tomar la conversación. A medida que se acercaba el gran día de concretar su proyecto, tenía más y más cosas en la cabeza y no estaba seguro de poder manejar bien lo que fuera que Gisselle quería plantearle. No en ese preciso momento, al menos.

—Pasamos divino, amor —respondió Gisselle sonriendo, y desde ese momento el «amor» fue el tratamiento que se dieron uno al otro naturalmente, sin pensarlo más.

El alivio del tema duró poco.

—Pero, como te decía, vengo pensando en esto hace días —retomó Gisselle—. Y yo no quiero morirme sin saber si lo que pienso y siento es así, o a mí me parece.

—Dejate de pavadas, vos no te vas a morir —rezongó Mario.

Gisselle negó con la cabeza.

—No, Mario, no hoy, claro, ni mañana ni pasado... Pero vos sabés bien cuál es mi situación. Yo te conté todo. Vos sabés que mi cuerpo está muy debilitado ya.

—Pavadas. Estás regia, mi amor.

Gisselle sonrió.

—Bueno, mi amor, bueno. Igual, hablé con la psicóloga y me dijo que puede ser que sea como yo pienso, o que puede ser un reflejo...

—No te entiendo, amor, explicame —le pidió Mario, ya un poco fastidiado.

Gisselle suspiró y juntó coraje.

—Yo quiero tener una relación sexual con vos —dijo al fin.

Mario largó el aire de golpe. No sabía si esperaba esto o no.

—¿Cómo?

—Yo quiero. Quiero ver si verdaderamente es lo que estoy sintiendo —Gisselle se embarullaba al contestar, no sabía explicar bien lo que sentía—. Dicen que no controlo mis esfínteres, pero yo... Para mi interior es como que siento, como que necesito saber... Yo quiero ver si...

Por fin, Mario recuperó la voz.

—Nooo, ¡pero vos estás loca! ¡De ninguna manera!

Se daba cuenta de que nunca había pensado en Gisselle de una manera sexual. No había vuelto a verla desnuda desde aquella vez en que la bañara. Nunca se lo había vuelto a plantear. Incluso, aquella vez fue una especie de servicio desinteresado. La vio tan desvalida y sucia que sintió que lo correcto era eso, bañarla, cuidarla. Si hiciera falta, hubiera vuelto a hacerlo, pero con el mismo espíritu, con la misma intención pura. Había sido algo casual, y ahora Gisselle, desde que

empezara a visitarla, era bañada regularmente por Esther y sus ayudantes y se dejaba hacer contenta.

Pero Mario, aunque nunca había meditado al respecto, sabía instintivamente cuál era su lugar. Sabía que quería a Gisselle, lo sabía desde hacía tiempo, pero nunca había pensado en ella como alguien sexuado. La quería mucho, sin duda, muchísimo tal vez, pero no así.

—Eso no puede suceder nunca, ¡nunca! —dijo, tajante.

Gisselle lloraba. Lloraba desesperada, avergonzada, despreciada.

—¡Pero de ninguna manera! —seguía diciendo Mario—. Eso no puede suceder. Entre vos y yo, eso no puede suceder, de ninguna manera.

No sabía por qué era tan cortante ni sabía por qué estaba tan seguro de que tenía que ser así. Su amor por Gisselle era puro, quizá lo más puro que le había pasado en la vida hasta ese momento, y así tenía que seguir.

—Yo no puedo no saber, Mario —le dijo Gisselle entre lágrimas.

—¿Saber qué? ¡No vas a sentir nada, no vas a enterarte de nada, yo no quiero algo así egoísta!

—¡No me importa sentir, yo quiero saber!

—¡Pero saber qué! —gritó Mario, fastidiado.

Gisselle lloraba a mares.

—¡No sé, no sé, pero necesito saber! ¡Ya sé que no siento nada! Pero mirá si a lo mejor... a lo mejor... ¡No quiero morirme con esta incertidumbre!

Mario hizo un esfuerzo para calmarse. Movi6 la cabeza, negando firmemente.

—No, no, no, no, no, no. De ninguna manera. De ninguna manera. No puede ser —dijo, tajante. Y antes de que Gisselle siguiera—: No va a pasar. Yo te quiero, mi amor, te quiero de verdad, pero no así. No hay nada ah6 para nosotros. Lo nuestro es distinto y tiene que ser distinto. Me voy, para no seguir peleando. Mañana no vengo, porque tengo que arreglar cosas. Pasado mañana nos vemos.

Y sali6 del cuarto, con el coraz6n estrujado por los sollozos de Gisselle, que escuchaba a su espalda.

## IMPECABLEMENTE TRAJEADO

Esa noche, Mario durmió mal, muy mal. Estaba desgarrado entre la sensación de haber tratado mal a Gisselle y la seguridad de haber hecho lo correcto, de haber hecho lo mejor para preservar algo enormemente frágil y valioso. Retorciéndose entre esos dos extremos, apenas concilió el sueño un par de horas.

El día siguiente fue febril, intenso, nervioso. Hubo mil detalles que atar, mil cabos sueltos que resolver, mil dudas de último momento. Ya pasaba la medianoche cuando se separó de sus asociados y cada cual fue a su casa o al lugar elegido para pasar la última noche antes del gran día, del día tan esperado en que se consumirían los planes de un año.

Marito fue hacia su casa y durmió profundamente.

El viernes 13 de enero de 2006, Mario se despertó temprano, fresco y descansado. Se preparó unos mates, se dio un baño largo y relajante y se vistió. Se puso su mejor camisa, una corbata al tono y un impecable traje gris de tres piezas que tenía preparado hacía tiempo. Satisfecho con su aspecto y apenas vagamente inquieto por lo que se venía, se dirigió a lo de Gisselle para despedirse.

Cuando lo vio entrar a la habitación, Gisselle primero rio de alivio y luego de asombro.

—¡Qué pinta! —fue lo primero que le dijo. Y luego—: Perdoname, por favor perdoname por lo del otro día.

Mario sonrió y le besó la frente con inmensa ternura.

—No hay nada que perdonar, mi amor. Nada.

Gisselle cerró los ojos durante el beso, aliviada.

—¿Y por qué tan elegante? —preguntó, en cuanto Mario se reincorporó—. ¿A dónde vas?

Mario hizo una pausa antes de contestar. Suavemente, le apoyó el índice en los labios.

—Escuchame, mi amor. Tengo que decirte algo.

Gisselle amagó con hablar, pero Mario apretó apenas un poco más el dedo sobre su boca.

—No, no, escuchame. Lo que te voy a decir es importante. Te voy a explicar algo que va a pasar, algo que tengo que hacer, y después me voy a ir. Y cuando vuelva, todo va a haber cambiado. ¿Me dejás que te cuente?

Gisselle, con los ojos muy abiertos, asintió apenas con la cabeza. Mario retiró el dedo.

—Ahora me voy a ir, me voy a cumplir un trabajo que vengo armando desde hace mucho —le explicó—. Es un trabajo muy grande, enorme, el más grande de mi vida.

Gisselle quiso decir algo, pero él la contuvo con un gesto.

—No, no, yo sé que querés preguntar mil cosas y que hay mil cosas que no te pude contar antes, pero no hay tiempo ni es bueno que las sepas. Te prometo que cuando vuelva, porque voy a volver, te voy a contar todo, sin esconder absolutamente nada. Por ahora, solo te puedo decir esto: que es algo muy pero muy importante, que cuando vuelva nuestra vida va a cambiar para siempre, y que te juro que voy a volver.

Gisselle lo miraba en silencio. Una lágrima le caía por el rostro. Mario sintió que, si no se iba ya mismo, no podría irse más.

—Y también te voy a contar que te quiero mucho. Pero mucho —dijo, y se inclinó para besarla en los labios por primera vez. Sintió, mezclado en el beso, el sabor salado de las lágrimas de ella.

—Yo también te quiero —murmuró Gisselle, conteniendo los sollozos.

Mario le acarició la frente, la miró largamente y se obligó a despegarse de su lado. Caminó hacia la puerta, salió de la habitación y abandonó la mansión, rumbo al encuentro con su destino.

SEGUNDA PARTE  
**EL HOMBRE DEL TRAJE GRIS**

## 20

# EL ASALTO I

Luis Otero, periodista de canal 13, informaba en vivo, con imágenes desde el lugar de los hechos:

—Último momento. Toma de rehenes en el Banco Río de Acassuso. Sería un asalto exprés, que se vio frustrado por la llegada de la policía. Está el banco rodeado. Sobrevuelan helicópteros. De un momento a otro, estarían negociando la entrega de los delincuentes. Ya han liberado a unos rehenes.

Y a los pocos minutos:

—De un momento a otro serán detenidos. Se entregarán los delincuentes. Sobrevuelan helicópteros. Está el área rodeada: trescientos policías regulares, setenta policías de elite se han hecho cargo de la situación. Así que, de un momento a otro, se espera la liberación de los rehenes y la detención de los delincuentes.

Era un rato apenas pasado el mediodía. Toda la zona de avenida Del Libertador y Perú, frente al banco, era un hervidero de uniformados y vehículos. Parecía que todo Acassuso estaba convulsionado.

El robo del siglo, lo llamarían luego.

Apenas unas horas antes, saliendo de lo de Gisselle, Marito tomó un taxi hasta Charcas y Ecuador. Ahí, en una cochera, subió a su camioneta y se dirigió a Barracas. Levantó al Nene y siguieron ruta, conversando tranquilamente. El Nene era otro uruguayo, que había sido agregado al equipo casi a último momento, para contar con algo de mano de obra con experiencia en este tipo de asuntos. Buena gente.

Tomaron Callao hasta avenida Del Libertador. Doblaron a la izquierda y siguieron cuadras y cuadras y cuadras... Pasaron por la quinta presidencial. Llegaron hasta la calle Perú, doblaron a la izquierda e hicieron unas diez cuadras hasta la calle Tres Sargentos, y por ella, tres cuadras hasta la calle Libertad. Estacionaron la camioneta matrícula EPI 243 y fueron caminando tranquilamente, como ciudadanos normales en un día normal.

Mario iba impecable en su traje gris de tres piezas; el Nene llevaba un pantalón de vestir y una camisa blanca, lentes grandes para sol y un maletín. Caminaron dos cuadras hasta encontrar un Ford Escort estacionado y allí se quedaron conversando en calma. Minutos después, aparecieron otros dos compañeros: el Doc, vestido con una peluca y anteojos, y el Beto, con un gorro de lana y túnica blanca. Se saludaron como si nada. Casi enseguida apareció el quinto integrante del grupo, Donatello. Ya estaban todos.

Delante del Ford Escort estaba estacionado un Volkswagen Gol. Donatello se montó en él y arrancó. Beto y el Doc se fueron caminando. Marito y el Nene subieron al Ford Escort. Marito se puso un bigote postizo, anteojos de aumento y una kipá. También se rociaron un producto sobre las yemas de los dedos, para enmascarar las huellas digitales. Otra vez tomaron avenida Del Libertador y, al llegar a la esquina de Perú, bajaron al subsuelo de una cochera, la del Banco Río.

Estacionaron. Cuando iban a entrar por la puerta directa desde la cochera, un guardia de seguridad les dijo:

—Al mediodía, esta puerta queda cerrada, porque el personal va a comer.

Así que la única manera era entrar por la puerta principal. Subieron la rampa de la cochera caminando muy rápido, aunque tratando de disimular la urgencia, y cuando llegaron a la puerta principal del banco Beto y el Doc ya habían entrado.

Marito sacó del bolsillo interior del saco una capucha negra y se la colocó. Casi al unísono, gritaron:

—¡Todo el mundo al piso, esto es un asalto!

Beto y el Doc tomaron posesión de la planta baja. El Nene y Marito dieron unas zancadas hasta llegar al primer piso.

—Todo el mundo al piso, esto es un asalto—repitieron. Y fue la conmoción. El banco estaba repleto de gente.

El Nene se hizo cargo de la situación, y Marito pegó dos zancadas más, pasó entre el Blindex y el techo y saltó para atrás de la línea de cajas. Inmediatamente apretó a los cajeros:

—Abran las cajas, abran las cajas, abran las cajas. Denme el dinero.

Uno de los empleados del banco, un tal Cejas, le explicó asustado que eran cajas con retardo y que no se podían abrir, así que Marito se limitó a ordenar a los tres o cuatro empleados que salieran por la puerta que comunicaba con el área del público y los mezcló con el resto de los rehenes. El Nene quedó a cargo.

Marito bajó corriendo a la planta baja y se encontró con Donatello, que forcejeaba con una mujer que pretendía no entrar al banco. Finalmente, logró meterla, y cerraron la puerta.

En el subsuelo, Beto estaba junto a la caseta de seguridad, donde estaba el guardia encerrado.

—Abrí, abrí, abrí —le dijeron.

—Nooo, de ninguna manera, ya toqué la alarma, váyanse.

—No, qué nos vamos a ir. Esto es un asalto. Esto es un robo exprés, ya nos vamos. Abrí, abrí, abrí.

El guarda no quería abrir, de ninguna manera quería abrir. Donatello apareció forcejeando con una señora, y el guardia de seguridad, que era policía, gritó:

—¡Con la Tana no, con la Tana no!

La Tana era la gerenta del banco.

Marito tomó la palabra y le dijo:

—Escuchame una cosa, ¿cómo te llamás?

—Soy el sargento Walter Serrano.

—Hagamos una cosa, Walter. Si no querés que lastimemos a la Tana, abrí la puerta.

—No, no, no, no.

—Bueno, entonces vamos a lastimar a la gerenta —amenazó Marito mientras Donatello sobreactuaba el apriete a la mujer.

Eso quebró la resolución del policía.

—No, no, está bien. Está bien. Voy a abrir la puerta. Voy a abrir la puerta.

Marito apeló a los códigos:

—Mirá, tenés mi palabra de ladrón de que si abris la puerta no te vamos a hacer nada. Te llevo a la puerta de calle y te suelto, te libero.

El policía casi sonríe al escucharlo, como si pensara: «Este está loco, me quiere engañar a mí».

Marito repitió la promesa:

—Te doy mi palabra de viejo ladrón de que si abris la puerta inmediatamente te libero.

Y le fue dando instrucciones:

—Sacá el arma. Quitale el cargador. Ponela encima de la mesa. Sacá la bala que está en recámara. Ponela al lado del cargador. Dejá el teléfono. Ponete de espaldas, que vamos a entrar.

El sargento Serrano obedeció y se puso de espaldas a la puerta ya abierta. Enseguida lo sujetaron.

—Tranquilo. Sin violencia —dijo Marito.

Tomó el cargador y la bala que estaba suelta y la introdujo al revés, no con el fulminante hacia el percutor, sino con el proyectil primero. Quedó atravesada en el cargador. Si el policía quisiera hacer una maniobra brusca para meter el cargador en el arma, esa bala trancaba el mecanismo.

Sujetando firmemente a Serrano, lo llevaron hasta la puerta, con las manos en la nuca. Afuera del banco ya estaba la policía.

Marito le puso el arma en el cinturón, en la espalda, pero no con el caño para adentro, como se suele usar, sino al revés, con la empuñadura para adentro, para dificultarle cualquier maniobra. El cargador inutilizado se lo dejó en el bolsillo.

—Bueno, ahora te vas. Te llegás a dar vuelta, hacés intento de tocar el arma, y te parto la espalda de un tiro. ¿Entendiste? —aclaró Marito.

—Sí, sí, sí. No me lastime, no me lastime.

Abrieron la puerta y el sargento salió caminando rumbo a sus compañeros policías. Volvieron a cerrar la puerta. Marito se quedó con el teléfono de Serrano.

Afuera, toda la cuadra estaba rodeada por la policía. Agentes gesticulando, camionetas atravesadas, sirenas, patrulleros... Se empezaba a agolpar la gente, chusmeando, y la policía la empezaron a desplazar, para que no interfiriera con la operación. Al poco rato, llegó el grupo de elite, el grupo Halcón, los especialistas con sus ropas de camuflaje, capuchas, cascos, comunicaciones, armas largas, cortas, punzocortantes, granadas explosivas, de estruendo, de humo... Estaban preparados para actuar ante lo que fuera y como fuera.

Dentro del banco, los asaltantes se dedicaban a calmar a los rehenes, tras un breve y ligero cacheo por si alguno tenía un arma entre sus ropas. Les informaron que la situación actual era que el robo exprés planeado se había visto frustrado, que ya habían llegado las fuerzas de elite y que seguramente sería una rápida negociación. Que la idea era entregarse luego de negociar y que así no pasaría nada. Que colaborasen, que no se hicieran los héroes, que no estaban ahí para lastimar a nadie y que solo habían ido por el dinero, y se había frustrado el plan. Así que el mejor consejo, les dijeron a los rehenes, era colaborar.

Marito volvió a la planta baja y vio que se acercaba un escudo sostenido por dos policías del grupo Halcón y un tercero atrás, semiescondido, con casco y chaleco. Marito ya sabía muy bien de qué se trataba: el negociador.

El negociador, cubierto por los del grupo Halcón, se acercó bastante hasta atrás de unos árboles cercanos y tiró un teléfono a la puerta del banco. Marito también estaba muy al tanto de qué era: a ese teléfono se le llama teléfono de goma, porque está protegido, así se tira y no se rompe, y se usa como canal para negociar. Pero cuando los delincuentes lo toman y lo usan, ese teléfono ya está intervenido y lo escuchan en el comité de crisis para saber qué está pasando.

Marito le dijo al negociador que de ninguna manera iba a usarlo y le mostró el teléfono celular del sargento Serrano. Era un Nextel, que es teléfono y además tiene conexión digital directa punto a punto, así que sirve como si fuera un *walkie-talkie* y funciona apretando y soltando un botón. Es difícil de interceptar. Le mostró el teléfono y le dijo que de ninguna manera iba a abrir la puerta del banco. No quería delatarse demostrando que ya sabía qué era eso que le habían arrojado, el teléfono de goma.

El negociador y los del escudo se volvieron a retirar y fueron a buscar al sargento Serrano

para ver cuál era su número. En ese momento, en el interior del banco sonó una llamada del teléfono de Serrano. No por conexión directa, sino una llamada telefónica. Atendió Marito y escuchó a una señora llorosa y desesperada.

—¿Quién es usted? —preguntó la mujer—. Por favor, pásenme con mi marido.

—¿Quién es su marido? —preguntó Marito.

—Walter Serrano.

—No, señora, por favor, tranquilícese. Su esposo, el policía, ya fue liberado. Yo solo me quedé con su teléfono. Libéreme esta línea.

—¡No, por favor, déjeme hablar con él, déjeme hablar con él! Estoy muy nerviosa. Estoy viendo todo lo que pasó por la televisión. Estoy viendo la toma de rehenes por la televisión.

—Señora, le doy mi palabra de que su esposo fue liberado. Ahora le voy a decir que la llame. Tranquilícese y no llame más, que necesito esta línea de teléfono.

Le cortó.

Minutos después, ahora sí, comunicación por radio. Marito contestó.

—Sí, ¿qué pasó? —dijo con calma.

—Mirá, soy el negociador del grupo Halcón y estoy acá para solucionar las cosas. Por favor, no agraves la situación. Hasta ahora no ha pasado nada. Estamos esperando a las autoridades judiciales y al fiscal, así que tratemos de solucionar esto de la mejor manera posible para los rehenes y para vos. Te repito: hasta ahora no ha pasado nada, tranquilo, tranquilízate.

Y soltó el intercomunicador.

—Bueno, pero cómo te llamás —contestó Marito.

—Me llamo Miguel, soy comisario. ¿Y vos, cómo te llamás?

—Walter —contestó Marito sin dudar, asociando con el nombre del sargento que recién había liberado.

—Bueno, Walter, como te dije: aquí no ha pasado nada. Está todo bien. No agravemos la situación. Terminemos esto de la mejor manera posible para todos. Te informo que están rodeados. No hay forma de escapar —y soltó el comunicador.

—Bueno, te voy a pedir algo. Sacá a los guardias armados que tenés encima del techo.

—No, no....

—Sacá a los francotiradores que tenés encima del techo del banco, ¿o querés que te mate a uno en vivo y en directo acá?

—Bueno, bueno, bueno. Tranquilo, tranquilo, no agravemos la situación.

—Mirá, Miguel, algo conozco de esto. Salí hace quince días en libertad del penal de Sierra Chica. Tengo muchísimos antecedentes. No hagamos que esto se convierta en otro Ramallo.

Y soltó la comunicación.

—No, no, tranquilízate —se apresuró a decir el negociador—. Te digo que está todo bien.

La masacre de Villa Ramallo, como se conoció al incidente, estaba bien fresca en la memoria de todo el mundo. Luego de un robo a un banco, dos asaltantes con tres rehenes se fugaron en un auto, un policía disparó, los asaltantes contestaron el fuego, la policía disparó a mansalva y en un rato se soltaron más de ciento setenta tiros. Dos rehenes y un asaltante murieron en la balacera. El otro asaltante fue asesinado en la comisaría al día siguiente. Al mencionar a Ramallo, tanto Marito como el negociador sabían muy bien de lo que hablaban. Además, Marito agregó otro elemento inquietante, el haber sido liberado de Sierra Chica, donde alojan a todos los delincuentes reincidentes peligrosos de la provincia de Buenos Aires

Como muestra de buena fe, el negociador le pidió a «Walter» que liberara a un rehén.

—Sí, cómo no —respondió Marito—. Mirá, como muestra de buena voluntad ya te solté al

policía, sin lastimarlo, que eso es mucho, es mi enemigo natural y fue lo primero que quise dejar en claro, acá está todo «cinco, cinco».

En la jerga policial, «cinco, cinco» significa «todo bien».

—Sí, sí, te agradezco. Fue un muy buen gesto. Lo tendremos en cuenta —al negociador se le había instalado la duda: «¿Ladrón o policía?».

Marito se rio por dentro: «Tenerlo en cuenta, sí, en vez de dos pares de esposas me pondrían tres para llevarme detenido», pensó.

Fue hasta donde estaban agrupados los rehenes y los recorrió con la mirada. Le hizo una seña a una mujer.

—Usted, usted que está embarazada, venga.

La mujer se puso de pie, muy nerviosa. Marito la llevó hasta la puerta y la entornó apenas, lo mínimo posible.

—Retírese, está libre, disculpe el mal rato.

La mujer no había dado ni diez pasos cuando la rodeó la policía con escudos. Se la llevaron como a una delincuente.

Marito sabía que ahora el negociador y toda la policía tratarían de sacarle datos precisos de cuántos asaltantes eran, dónde estaban y cuántos rehenes tenían, pero esa mujer solo había visto al Nene y a él.

Volvió a cerrar la puerta, se dio vuelta y subió al primer piso. Una muchacha bastante joven que estaba allí cerca lo llamó:

—Señor, señor, señor.

—¿Qué le pasa? —dijo Marito.

—Yo también estoy embarazada.

Le miró la panza, no tenía ni la más mínima señal de hinchazón. «Vos ni gases tenés, mija», pensó Marito.

—Sí, ahora a menos cuarto te suelto —le contestó con ironía.

Los rehenes estaban boca abajo, asustados. Se dirigió a todos ellos:

—Bueno, señoras y señores. Llegó el momento. Siéntense. Pónganse cómodos. En un ratito esto se termina. Ya estamos rodeados, ya está la policía afuera. Tranquilícense, que no les va a pasar nada. Es más, si alguno tiene su teléfono encima, llame a la familia, para que no se preocupe de más. Esto está saliendo por todos los canales de televisión. Así que tranquilicen a su familia.

Para demostrar lo que decía, subió el volumen de la televisión que estaba en la sala de espera del banco, y todos pudieron ver el informe de Luis Otero en canal 13.

A medida que pasaba el rato, la gente dentro del banco se distendía. Algunos conversaban entre ellos, algunos hasta se reían. Una señora mayor juntaba unos billetes que se habían caído, muchos billetes caídos, y los metía dentro de su cartera. Marito la vio, y ella le devolvió la mirada con vergüenza.

Llevando a una rehén de la mano, Marito se acercó a los ventanales del banco, para ver cómo estaba la situación. La calle hervía de policías. Supuso que detrás de algunas de esas ventanas de la vereda de enfrente estarían los francotiradores. Pudo divisar, en un primer piso, el sitio donde se había armado el comité de crisis. Y nuevamente vio a los custodios con escudos que traían al negociador. Miguel se detuvo a veinte metros de la puerta. Sonó la radio. El negociador hizo que se corrieran los escudos para que lo pudieran ver desde el interior.

—Walter, ¿podemos hablar?

—Sí, Miguel, decime.

—Walter, ya llegó el fiscal a cargo, Jorge Apolo. Me ha prometido que si damos por finalizado esto, si se entregan, él va a cuidar sus garantías. Aquí no ha pasado nada, esto es una tentativa, este delito es en grado de tentativa. En poco tiempo, ya van a poder recuperar su libertad. Pidan lo que necesiten. Él está a su disposición. Y, por favor, evalúen la posibilidad de soltar a algún otro rehén.

—No, que no, que no, que no, que no, que no, ya te solté rehenes, ya te solté policías...

Marito sabía que, cada vez que el negociador se arrimara, lo que iba a pedir eran rehenes. Primero, para salvaguardarles la vida y, segundo, para buscar información sobre lo que estaba pasando adentro.

Al final, Marito accedió.

—Bueno, hagamos una cosa, Miguel... Te voy a liberar a un rehén ya, aquí y ahora. Decile al fiscal Apolo que estamos ultimando unos detalles, que aquí está todo bien y que nos vamos a entregar.

Habían entrado al banco pasadas las doce y media. Ya eran las catorce y treinta.

—Usted, señora... —le dijo Marito a la mujer que llevaba de acompañante. Ella lo miró.

—¿Sí?

—Prepárese, se va.

La mujer miró hacia la escalera, hacia donde estaban los demás rehenes en el otro piso.

—Mire, señor—le dijo, con coraje—. ¿Ve a ese señor mayor que está parado allí? Él es mi esposo. Si yo me voy, él se va. Y si él se queda, yo me quedo. Así que busque a otra persona para liberar.

Estaba decidida a hacer lo que decía. Marito asintió, conmovido.

—Muy bien, señora. Usted se va y el señor se va. Vengan para acá.

Hizo un gesto llamando al hombre mayor. La señora le dio un abrazo protector a su marido. Marito les abrió la puerta y se fueron caminando lentamente.

Quince o veinte pasos afuera, y ya estaban rodeados por escudos. Marito vio cómo los apretaban, los sacudían y los separaban. Desde el punto de vista de la policía, no sabían si los que salían eran en realidad rehenes liberados o asaltantes que trataban de escapar. Por eso el maltrato inicial.

Marito se quedó unos momentos contemplando la escena, a cubierto, pensando en cómo lo había conmovido ese acto de amor de la mujer.

Los minutos seguían pasando y se iban convirtiendo en horas. Marito llamó a otra mujer del grupo de rehenes.

—¿Cómo se llama?

—María Alejandra.

—Mire qué lindo nombre.

—Sí, María Alejandra Ceba Rojas.

—Mire usted.

La mujer lo miraba con cara de odio, pero Marito no se dio por enterado. La tomó de la mano y volvió a arrimarse a los ventanales, a ver cómo estaba todo afuera. No la llevaba delante de él, como escudo, sino al costado. Pispió un rato el panorama y la volvió a llevar con el resto de los rehenes. Se había cortado la señal de TV por cable, así que los aparatos del banco estaban apagados.

Notó que otra de las rehenes, una rubia joven muy menudita, estaba muy nerviosa. La llamó. No es bueno un rehén muy nervioso, porque en un segundo se puede salir de control la situación.

—Venga.

La mujer se acercó.

—Sí, señor.

—Tranquilícese, señorita.

—¿Qué va a pasar?

—No va a pasar nada. Le doy mi palabra de que no va a pasar nada. ¿Cuántos años tiene usted?

La chica le dijo la edad.

—Uy, mire, la edad de mi hija. Yo también tengo una hija —dijo Marito.

Le mostró una medallita, que siempre usaba por cábala.

—Quédese tranquila, no le va a pasar nada. Esta medallita nos va a traer suerte a todos.

Y la chica volvió a su lugar a sentarse, mucho más calmada.

Los rehenes seguían con sus teléfonos y, además de comunicarse con los familiares, algunos ya hablaban con amigos y vecinos.

—Ay, estoy de rehén —llegaban a decir como si fuera una gracia, como una novedad divertida.

Marito no terminaba de entender qué le pasaba por la cabeza a esa gente, privada de su libertad, retenida por la fuerza en un asalto con delincuentes armados.

Pasadas las tres de la tarde, un hombre flaco llamó la atención de Marito.

—Señor.

—Sí, dígame.

—Necesito hacer pis.

—Bueno —le respondió—. Póngase allí contra la pared y haga, qué tanto problema.

Allí fue el flaco.

Dos minutos después:

—Señor.

—¿Qué pasa, flaco?

—No puedo hacer pis.

—¿Por qué no podés?

—Porque me están mirando.

—Bueno, escondete allí, atrás de esa planta, y hacé pis.

En un rincón había una planta hermosa, alta, frondosa, en un macetón.

—Señor, señor.

—¿Qué te pasa, flaco!

—No puedo hacer pis.

—¿Y ahora qué te pasa?

—Estoy muy nervioso —respondió el pobre tipo.

Marito no tuvo ni que pensarlo. Lo agarró de los fundillos, lo llevó hasta la puerta y lo expulsó. Lo echó, porque la situación que estaba atravesando podía poner nervioso al resto de los rehenes.

El flaco salió corriendo. Otra vez lo agarraron los policías de mal modo y se lo llevaron para interrogarlo.

La señora que había fingido un embarazo ahora vio otra oportunidad para salir de aquel embrollo.

—Señor.

—Sí, decime.

—Yo también tengo ganas de hacer pis.

Marito la pescó al vuelo.

—Todos los que necesiten pueden ir de a uno a ese baño —anunció, señalando la puerta correspondiente y dando por tierra con las intenciones de la oportunista.

Al poco rato volvió el negociador.

—Bueno, Walter.

—Sí, Miguel.

—Esto ya va para largo, ya llevamos mucho tiempo. ¿Qué te parece si definimos?

—Sí, sí, quedate tranquilo, Miguel. Estamos dialogando con mis compañeros. Ya estamos casi todos de acuerdo. Quedate tranquilo.

Y con esa promesa, el negociador se fue.

Aquella toma de rehenes ya casi era monótona. No había novedades. Todos los rehenes conversaban entre sí y se contaban cosas de sus vidas. Hasta que se aproximó Donatello a Marito y le habló al oído.

Marito volvió a acercarse a los ventanales y llamó a Miguel. No obtuvo respuesta. Volvió a llamar, y otra vez más, y el negociador no contestó. Lo quería agotar, ponerlo nervioso. Marito sonrió. Volvió a llamar, y esta vez sí obtuvo respuesta. Miguel se acercó al banco, con los escudos de siempre.

—Mirá, Miguel, hemos resuelto que nos vamos a entregar. Ya está.

Por el ventanal pudo notar el gesto de alivio que se le escapó al negociador.

—Hagamos una cosa —siguió Marito—. Vaya a saber cuándo comemos ahora. Traeme unas pizzas, unos refrescos, unas gaseosas y nos entregamos. Traé muchas, mirá que hay un montón de rehenes. Están todos muertos de hambre. Traeme diez pizzas y gaseosas.

Miguel se fue, muy contento por haber logrado su cometido. Marito, sin decir palabra, descendió al subsuelo.

## 21

# PREOCUPACIÓN

En cuanto Mario salió del cuarto, Gisselle entró en un torbellino de preocupación y desasosiego. No podía moverse, claro, pero la enorme agitación que la consumía se transformó en una avalancha de comandos a todas las máquinas que la rodeaban.

—Ventana, abrir... Ventana, cerrar... Cortina, abrir... Cortina, cerrar... Luz, encender... Luz, apagar...

Nada le venía bien. Ninguna configuración la conformaba. Sentía que se ahogaba, que se le venía el mundo abajo. Tenía el presentimiento de que algo iba a salir mal, muy mal. No era que no confiara en Mario, sino que no confiaba en el destino.

Al mediodía, Esther le llevó el almuerzo y la visita la calmó un poco. Dejó que la alimentara, que le hablara de cosas intrascendentes, que la higienizara y la peinara. Esa rutina cotidiana, que un año antes la desesperaba y enloquecía, ahora le resultaba tranquilizadora y hasta reconfortante. «Solo me falta Mario», pensó.

En cuanto volvió a quedarse sola, la angustia reapareció. De nuevo abrir y cerrar ventanas, correr cortinas, encender y apagar luces. Nada la conformaba, y nada podría conformarla, porque el verdadero motivo de la incomodidad estaba en su mente, y no en el exterior.

Finalmente, decidió que necesitaba distraerse y dio una orden que casi nunca usaba:

—Televisión, encender.

Al principio, no entendió mucho de lo que pasaba en la pantalla. Desde varios metros de distancia, se veía a un grupo de policías agazapados frente a un edificio. Algunos corrían; otros se limitaban a vigilar lo que parecía una sucursal bancaria; había vehículos policiales de todo tipo, ambulancias a la espera, civiles curiosos pispando a lo lejos. Por fin, se fijó en el zócalo que anunciaba la noticia: «Toma de rehenes en asalto al Banco Río de Acassuso».

«Pobre gente, qué horrible», pensó.

—Televisión, volumen, subir.

La voz del periodista que transmitía «desde el lugar de los hechos» inundó el cuarto.

—...el mediador del grupo Halcón continúa con las negociaciones, pero se considera que es inminente la rendición y captura de los asaltantes...

En ese momento, el camarógrafo hizo un zoom profundo hacia los ventanales del banco y pudo verse a dos personas. Una mujer y, a su lado, a quien sin duda era uno de los asaltantes, encapuchado, vestido con un impecable traje gris de tres piezas. Era un traje que Gisselle había visto apenas unas horas antes, en esa misma habitación.

«Mario, no, Mario, por favor...», pensó. Las palabras del periodista le resonaron en la cabeza: «Inminente rendición y captura... Inminente rendición y captura...».

Mario iba a ir preso. El golpe había salido mal, y Mario iba de nuevo a la cárcel. Lo iba a perder por años. Por décadas... A lo mejor para siempre. Lo iba a perder...

—Televisión, apagar.

Apenas le salió un hilito de voz, tan débil que la orden no fue registrada. Tuvo que repetirla

tres veces hasta que por fin el aparato se desconectó.

«Mario, no, Mario, por favor...», otra vez.

En lo único que podía pensar era en la ausencia de Mario, el vacío que iba a dejar en su vida. Sin él, no era vida. Mario la había rescatado, la había sacado del pozo hacia la luz. Y ahora, con lo mejor por llegar, iba a perderlo. No podía aceptarlo. No podía ni imaginar la posibilidad. Llamó a Esther.

—Esther, por favor, traeme las pastillas.

—¿Qué pastillas, niña?

—Aquellas, las de Reina, ¿te acordás? No me digas que las tiraste.

—No, no, las tengo guardadas... —Esther vaciló. Después de tanto tiempo, ya se había olvidado de las pastillas, de la adicción de Gisselle, de todo aquello oscuro y amargo del pasado.

Si hubiera sido la Gisselle de antes, de un año atrás, tal vez las cosas hubieran sido distintas. Pero esta nueva Gisselle era persuasiva en su calma y su carácter dulce.

—Traémelas, por favor. Estoy muy inquieta, necesito calma, necesito evadir la mente. Me voy a agitar demasiado si no.

Las dudas de Esther se desvanecieron.

—Ya vengo, niña.

Y bajó a la cocina.

## EL ASALTO II

No había sido un año sencillo para Marito. Sus visitas diarias a Gisselle eran un remanso, el momento de calma que tan bien le venía, pero en paralelo llevó una vida frenética y atareada, planificando, ensayando, comprando un sinfín de cosas y realizando robo tras robo para financiar esas mismas cosas. Cuando aceptó participar en el gran proyecto, tenía mucho dinero, pero al separarse de su esposa, Alicia, él se fue con lo puesto, así que ahora necesitaba generar y generar, porque los gastos eran muchos.

Por ejemplo, la camioneta Volkswagen que compró con Beto. Se la compraron a un señor. Pagó Marito, cinco o seis mil dólares en efectivo. Cuando el tipo vio que tenían mucho dinero, dijo:

—Ah, pero no iba incluido el tubo de GNC. Yo lo necesito para trabajar.

—¿Qué tubo? —se sorprendió Marito.

La camioneta estaba acondicionada para funcionar a gas natural.

—¡Sí, sacalo, amigo! —le dijo Marito de inmediato.

Lo que menos querían era andar barato, a gas. Iban a funcionar a nafta y media horita apenas, así que el tipo tuvo que desmontar la instalación para el gas, que pensaba cobrarles unos dólares más.

De inmediato, llevaron la camioneta a un lugar conocido, a que le hicieran chapa, pintura, luces. Se le ajustó todo y se le cortó el piso para construirle un portón con un malacate. Se invirtió un montón de plata en la camioneta.

Ahora faltaban dos autos más para llegar al banco.

Marito salió en su camioneta con el Paisano, el Paisa, por la provincia de Buenos Aires. En determinado momento, el Paisa le dijo:

—Pará, pará, pará, pará.

Marito paró, y su socio bajó y retrocedió caminando una cuadra. En una esquina, había visto un Ford Escort impecable, con un tarro encima, indicador de que estaba a la venta. Allí fue el Paisa, se puso a conversar con un señor mayor, mirando el auto por arriba y por abajo. Se lo pidió para dar una vueltila, y salieron ambos. El dueño alardeaba de que le había agregado un sistema de cierre centralizado que ese modelo no traía de fábrica y le indicó cuál era el botón que lo accionaba. Dieron una vuelta manzana. En cuanto volvieron, el Paisano, que iba manejando, hizo el amague de bajar, pero se quedó frente al volante hasta que se bajó el señor mayor. Entonces, el Paisa accionó el botón de cierre, trancó las puertas, arrancó arando con el Ford, y el dueño quedó atrás, sin poder hacer nada. Espectacular. Un descuido de auto. Todo un profesional.

Salieron a la mañana siguiente, porque les faltaba otro vehículo, y el Paisa le dijo a Marito:

—Pará ahí.

Estaban frente a un lavadero de coches en la provincia de Buenos Aires. Había filas y filas de coches para lavar. Se veía que era un comercio muy exitoso. Al rato, el Paisa vio llegar un Volkswagen Gol. El conductor se bajó y le dio la llave al del lavadero, que se metió adentro. Le dieron el ticket al conductor y este se retiró. Allí fue el Paisano. Encaró a otro de los que estaban

trabajando, no al que había recibido el coche. Al Gol ya lo habían mojado y estaba en la segunda etapa del lavado, donde le pasan jabón. El Paisano fue como desesperado con cien pesos en la mano y le dijo al otro empleado:

—¡Por favor, por favor, se llevaron a mi hija de la escuela para el hospital, dejalo así nomás!

Y le dio los cien pesos. Lo apabulló tanto al hombre que no le pidió el ticket ni nada. El Paisa subió al auto y se fue. Espectacular. Un profesional de verdad.

Así consiguieron los tres autos, dos robados y uno comprado.

Ahora necesitaban una bomba hidráulica, que se tenía que apoyar en la pared de atrás, así que primero fueron Marito y el Marciano a la tornería de un amigo, que les hizo unos caños telescópicos de aluminio con trabas, que todavía ni el tornero ni Marito entendían cómo iban a ser utilizados. Eran parte del plan. Aquí también Marito tuvo que pagar un platal, y se fueron con sus caños misteriosos a dejarlos en la guarida. Después, Marito fue con Donatello a comprar la bomba hidráulica, de doble acción, muy bien ideada. De nuevo fueron a la provincia de Buenos Aires, a uno de los locales más reconocidos que trabaja con bombas hidráulicas, y Donatello explicó qué era lo que quería. Se lo hicieron. Otros miles de dólares de Marito invertidos en el proyecto.

Ya tenían la bomba hidráulica y el apoyo telescópico. El asunto iba viento en popa.

Otro día, Marito, Marciano y Beto fueron hasta Tigre. Mario apeló a su lado histriónico y entró en una guardería, la Río Reconquista, a comprar un gomón semirrígido con motor fuera de borda, impostando ser un millonario. Dijo que era para divertirse un poco los fines de semana. Una señora que estaba allí inmediatamente agarró la plata, les hizo un recibo y no preguntó mucho. Más miles de dólares. Cargaron en la camioneta el gomón y el motor Yamaha de quince caballos de fuerza, apto para empujar lo que fuera.

Siguieron dando vueltas en Tigre. En un momento, se bajó el Marciano, demoró un poco y volvió a buscar a Marito, que era el de la plata. Había encontrado un segundo gomón, sin motor, que era justo lo que estaban buscando. Lo compraron, lo echaron arriba de la camioneta y se fueron.

Con Donatello, se ocuparon de comprar los equipos para comunicaciones, las radios. Donatello compró una cerradura, y Marito, una chapa de un centímetro de grosor. En el taller del Marciano, le aplicaron una prensa hidráulica que él usaba para su trabajo, y la cerradura aquella reventaba al aplicarle dos toneladas y media o tres de presión. El equipo hidráulico empujaba cinco o seis toneladas al máximo. Era más que suficiente.

Los meses pasaban. Junto con el Nene, Marito compró todo lo necesario para construir un dique: mucha madera, mucho hierro, lingas de acero, destorcedores, poliuretano expandible para tapar las grietas. Bajo las instrucciones del Marciano, fueron al lugar elegido y lo construyeron. Volvieron al mes para ver cómo estaba... y había desaparecido. El Marciano, que había sido el diseñador, había cometido un error de cálculo y ubicado mal las lingas de acero. En cuanto empezaron a acumularse toneladas y toneladas de agua, el dique no aguantó y la corriente se lo llevó. Todos los fierros reforzados, las tablas... No quedaba nada, y eso había costado un platal.

De nuevo a comprar todo, y esta vez fue el grupo completo a colaborar en la construcción. Cuando se dieron por satisfechos con la nueva versión más recia, se fueron y volvieron un mes después, luego de unas lluvias muy fuertes. De camino a donde estaba el dique, iban temiendo lo peor, pero no: ahí estaba, parado, estoico, resistiendo, inamovible, conteniendo el embalse perfecto que necesitaban.

Los gastos se iban sumando, y Marito no daba abasto buscando recursos, pero se había

comprometido a financiar la operación y cumplía como un caballero: comida, combustible, herramientas que se rompían, cascos, zapatos para la construcción, hierros, y más madera, y más tablas, y más herramientas, gasto y gasto y gasto.

Tuvieron que hacer un sistema de ventilación y hubo que comprar una bomba de aire y cañerías de PVC con unos codos.

«Y bueno —pensaba Marito—, uno está en condiciones de ganar lo que está en condiciones de invertir.»

Marito sabía bien que nada es gratis en la vida, y mucho menos un tremendo proyecto como el que estaban encarando. Ellos, sus socios, lo pensaron, pero había que ejecutarlo, y a Marito le gustaba pensar que era el ejecutor. Otros se podrían adjudicar el derecho de decir que fueron el líder, el cabecilla, el mentor, el pensador, pero el ejecutor, sin dudas, fue él. Estaba todo muy bien pensado por Donatello y por el Marciano, los miembros originales del grupo, los que quedaron filmados dentro del banco cuando estaban haciendo inteligencia, meses antes, cuando todavía no había ningún otro integrante en la banda. Eran ellos dos, no más. Marito intuía que los dos habían pensado el plan al detalle, mil veces, hasta que se quedaron sin fuerzas, sin gente y sin plata. Y por suerte lo encontraron. Por suerte, el Doc lo invitó. Porque sin él no lo hubieran podido concretar nunca, y para él era un placer participar en un plan tan perfecto, tan meticuloso, tan desmesuradamente grande, y ejecutarlo. Valían la pena los gastos, los robos para financiarse, las correrías, el trabajo. Era un plan que valía la pena todo eso y más. Y las clases de teatro, también.

Lo que nunca se discutió fue que Marito iba a ser el negociador, quien hablara con su contraparte del grupo Halcón. Así que, para prepararse para el papel, fue a clases de teatro y descubrió que le gustaban mucho. De la televisión sacó el nombre de una actriz prestigiosa, muy prestigiosa, que daba clases de actuación, y allá fue. Disfrutó mucho las clases, aunque se reía por dentro a veces pensando en la cara de la señora si llegara a enterarse de para qué papel se estaba preparando. En los ratos libres, leía y releía su ejemplar de *Situaciones de crisis con toma de rehenes*, de Héctor Luis Yrimia, y aprendía cada detalle.

Y así, por fin, llegó la mañana del 13 de enero de 2006, fecha que iría a quedar en los anales del delito argentino y del mundo.

## 23

# SUEÑOS

Inmóvil en su cama, Gisselle soñaba despierta.

Soñaba con Europa, con las fiestas, las orgías, el Festival de Circo, los coches rápidos, las drogas, el alcohol.

Soñaba con el coche chocando en París. Soñaba con su amante muerto a su lado.

Soñaba con su infancia, con sus padres, que la ignoraban, con las monjas que la malcriaban en el colegio, con las escapadas, las desobediencias, las peleas, los gritos, las huidas.

Soñaba con Mario.

Soñaba con Mario bañándola una única vez, lavándole el pelo, secándola, poniéndole una remera enorme olvidada quién sabe cuándo en el placar.

Mario contándole sus historias, interminables, una tras otra, cada cual más fantástica, mientras le daba pedacitos de factura o sorbitos de jugo. Mario acariciándole la frente antes de irse. Mario besándole los labios una única vez y diciendo que la amaba.

Mario sacándola a pasear en camioneta, devolviéndole la visión de la ciudad, de su ciudad, volviéndola una persona, una ciudadana, alguien que vivía en un mundo y no en un cuarto a oscuras rodeada del zumbido monótono de las máquinas.

Mario llevándola a bailar, a conocer gente nueva, a sentir el movimiento al ritmo de la música, el vértigo, las luces, las risas.

Mario.

Y de pronto soñó que volvía a tener un cuerpo o, mejor dicho, a sentir su propio cuerpo.

Se soñó desnuda, con piernas, con brazos, con caderas y pechos, cada parte de su cuerpo real y tangible, cada centímetro de su piel sensible y estimulado.

Y soñó a Mario encima de ella, también desnudo, cubriendo cada centímetro de su cuerpo con el suyo, susurrándole «te amo» al oído, mientras lenta, suave, dulcemente, con una dulzura infinita, le separaba las rodillas, los muslos, avanzaba milímetro a milímetro hacia su entrepierna...

Y en ese momento, justo en ese momento, Gisselle perdió la conciencia.

## EL ASALTO III

Marito bajó al subsuelo, donde lo esperaba Donatello.

—Dame el arma —le dijo cuando llegó.

Marito se la entregó, al tiempo que se quitaba la capucha y se desconectaba los dos auriculares con los que había monitoreado los acontecimientos durante el atraco. Tenía uno en un oído para comunicarse con Donatello y el otro sintonizado en la frecuencia del grupo Halcón.

Donatello salió un momento y volvió.

—Bueno, nos vamos —dijo al volver, lo mismo que le había susurrado al oído arriba.

—¿Qué pasó?—preguntó Marito.

—No, se rompió el equipo de apertura —se refería a aquel equipo hidráulico con apoyo telescópico que Marciano y Donatello habían diseñado, ese que empujaba cinco o seis toneladas. Junto con el resto de las herramientas que usaron en el atraco, fueron introducidas en el banco por Marito y el Nene desde el Ford Escort que quedara estacionado en el subsuelo—. No podemos abrir más cajas. Igual tenemos un montón de bolsas de plata, de dinero, de joyas. Así que nos vamos.

—Bueno, nos vamos.

Se metieron en una habitación chiquitita, un depósito y cambiador para el personal, donde había un archivador fuera de lugar. Lo habían corrido los secuaces mientras Marito negociaba. Donde antes estaba el archivador, ahora había un tremendo boquete en la pared. Ese boquete conducía a una cámara interior.

Salieron por ese boquete. Con una soga, Donatello enlazó el archivador desde fuera y lo arrastró, para que tapara el boquete. Por el lado de adentro, apoyaron un portón de madera que habían fabricado, apuntalado en la pared trasera, con lo que prácticamente quedó inexpugnable, inamovible.

Unos metros más adelante, cerraron otro portón. Este tenía unos equipos electrónicos. Cada vez que se lo tocaba, sonaba un pitido: pip, pip, pip... Era una falsa bomba, una bomba de juguete, un cazabobos.

Todo esto los condujo a un túnel que descendía en las profundidades de la tierra, por dieciocho escalones de hierro, hasta otra cámara más abajo. Salieron a un aliviador pluvial con un muelle que habían fabricado con madera, sostenido por cuerdas y apoyado en un dique de cinco metros de alto, cuya función era aumentar el caudal de agua de ese aliviador pluvial que conducía al Río de la Plata.

Todo ese gran esfuerzo era el resultado de un año de trabajo constante.

Al lado del muelle improvisado, estaban los dos gomones, uno con motor fuera de borda que tiraba de otro, que estaba lleno de bolsas amarillas que Marito había comprado en un hipermercado, de esas que se usan para el escombros en la construcción, llenas. Marito no pudo ver cuántas había, pero eran montones de bolsas.

Detrás de Marito, Donatello cerró aquel portón improvisado con cuatro bulones gruesos como un dedo pulgar, por lo que, por más que la policía llegara hasta el otro lado, sería imposible que

lo abrieran, al menos enseguida.

El Marciano no había entrado por la puerta del banco como los otros. Había llegado por los aliviadores pluviales desde el Río de la Plata, por el mismo camino que habían recorrido cuando construyeron el dique y el túnel. Había esperado pacientemente al final del túnel, hasta que escuchó los golpecitos que señalaban que ya estaban listos en el cuartito cambiador, y había golpeado en respuesta para indicar dónde había que romper la pared, que habían dejado adelgazada al mínimo cuando excavaron el túnel.

Romper la pared fue cosa de un momento. De inmediato comenzaron a trasladar hasta el muelle las bolsas que se iban llenando una tras otra con el botín que salía de las cajas de seguridad. Mientras tanto, arriba, la policía seguía convencida de que era un robo exprés que había salido mal.

Mientras Donatello cerraba el último portón, el Marciano no lograba encender el motor fuera de borda.

—Tené cuidado que se ahoga —le advirtió Marito. Por los nervios o por apresuramiento del Marciano, efectivamente el motor se ahogó. Donatello subió en el gomón de atrás, lleno de bolsas, y Marito en el de adelante, para ayudar al Marciano a darle correa al motor, a ver si podían encenderlo. También tenían remos, así que empezaron a remar, casi contra la corriente, avanzando casi nada. Por fortuna, de pronto el motor arrancó.

Marito tomó el control de la situación, ya que había estudiado a fondo la navegación del lugar. El Doc iba adelante con una gran linterna que con su haz de luz les permitía ver el túnel de diez metros de diámetro. Marito aceleró el motor al máximo, y se metieron en las profundidades de la tierra. No hacia el Río de la Plata, sino hacia adentro de la ciudad.

Hicieron unas diez cuadras en zigzag, porque Marito ya sabía dónde había obstáculos y fierros que podían pinchar los gomones. Luego de esas diez cuadras, llegaron hasta donde había una escalera de doce metros de alto, que conducía a otro aliviador pluvial. Era tanta la distancia entre uno y otro que habían tenido que comprar tres escaleras de aluminio y atarlas una encima de la otra para comunicar los aliviadores.

Mientras sus compañeros subían bolsa tras bolsa al otro aliviador con una soga, Marito usaba un cuchillo Tramontina para tajar a conciencia los dos gomones, que se hundieron enseguida. Cuando todas las bolsas estuvieron arriba, subieron ellos y levantaron la escalera quebrándola por trozos, porque el siguiente aliviador tenía apenas metro y medio de alto. No corría en la misma dirección que el de abajo, sino transversal, y tomaron a la izquierda.

Caminando, en incontables viajes, llevaron las bolsas trescientos metros hasta el lugar señalado, donde había otra escalera de tres o cuatro metros. Allí el agua no tenía más de diez centímetros de profundidad. Fueron apilando las bolsas en interminables idas y venidas. Cuando las tuvieron todas por fin, empujaron la tapa metálica de Aguas Argentinas que remataba la escalera... y quedaron justo debajo del piso de la camioneta Combi modificada, donde los esperaba el Paisa. El portón que habían recortado en el piso de la Combi quedaba exactamente encima de la tapa de metal del pozo, y por allí subieron las incontables bolsas de riquezas. Cuando todas estuvieron a bordo, volvieron a colocar la tapa de Aguas Argentinas, y ahí no había pasado nada.

Se bajaron el Doc, Beto, el Nene y Marito por la puerta lateral de la Combi. El Doc y Beto subieron a un auto negro estacionado cerca, y Marito y el Nene, a la camioneta del primero de los dos, que también estaba cerca. El Paisa, Donatello y el Marciano siguieron en la Combi repleta de

bolsas de dinero. Salieron en caravana, el auto negro abriendo camino, la Combi en el medio y la camioneta de Marito cerrando la marcha.

Tras recorrer varias cuadras, llegaron al lugar que tenían preparado para el reparto. La Combi entró en el garaje, y los otros vehículos estacionaron por ahí cerca. Todos ingresaron a la casa, con enormes sonrisas.

Marito se sacó el traje gris y lo metió en una bolsa, junto con la camisa y la corbata. Se puso unas bermudas y una camisa. Abrieron la heladera, tomaron cervezas y gaseosas. Marito encendió el televisor, una antigüedad de veintinueve pulgadas, y lo primero que vieron fue al negociador del grupo Halcón hablando con un hombre vestido de traje gris y capucha negra.

Por sus lecturas preparando el atraco, Marito ya sabía que la policía les pedía a los noticieros que difirieran la transmisión de las imágenes del asalto quince o veinte minutos, que era lo que se necesitaría para una posible irrupción, evitando que si los ladrones tenían un cómplice afuera con una radio o teléfono los pusiera al tanto de los preparativos. Así que ahora estaban viendo como si fuera en vivo lo que había pasado largo rato antes. Ellos ya estaban a salvo en su guarida y se rieron mucho.

Donatello se tiró en la cama a fumar un porro. Beto ya estaba con un teléfono dedicado a caminar y a hablar, a caminar y a hablar. Los otros, inmediatamente, todos al piso en la habitación que habían previsto para esa tarea, a abrir bolsas y a sacar billetes. Nadie guarda la plata en un cofre de seguridad toda tirada, la guarda en fajitos o con las fajas de la Reserva Federal. Todo lo que iban sacando ya estaba ordenado y contado. Marito empezó a hacer pilas de dinero en un rincón de la habitación, pilas de cien mil dólares. Pronto, el rincón quedó chico, y las pilas se extendieron a lo largo de la pared.

En una bolsa iban tirando los objetos: joyas, relojes, piedras preciosas, oro... El efectivo era de todo tipo imaginable, dólares, pesos, euros, libras esterlinas...

Beto llegó con el Paisa, y Marito le entregó de inmediato un paquete termosellado con cien mil dólares, que era la cantidad acordada con él por el asunto de los vehículos y por estacionar la combi encima de la tapa metálica de Aguas Argentinas.

—Marito, ¿me regalan un reloj? —preguntó el Paisa, buscando sacar un extra. Marito se negó.

—Mirá, amigo, de esto no se toca nada. Esto puede ser un indicador de tu participación, y ya acordamos entre todos no usar ni quedarnos con nada que pueda delatar a la banda.

—Bueno, bueno —aceptó el Paisa, y se retiró con Beto, que seguía hablando por teléfono sin parar.

Siguieron contando. La una, las dos de la mañana, y seguían contando plata y apilando. Recién terminaron a las cinco de la mañana. De inmediato hicieron las cuentas. Se multiplicó, se dividió y se repartió. Ya tenían previstas bolsas de residuos, de las negras de consorcio, para guardar el dinero, cada cual con su parte.

Y allí, en esa casa, dejaron dos bolsas amarillas, de las de escombros, llenas de oro y joyas, para repartirlas después, algún otro día. Habían quedado encargados de eso Donatello y el Doc. Ahora cada uno de ellos tenía dos bolsas de residuos repletas hasta arriba de billetes.

—Bueno, muchachos, nos vamos.

—Nos comunicamos.

—Beto, acordate de que tenés que romper todos los teléfonos.

Todos dejaron allí los teléfonos que habían utilizado en las conversaciones anteriores al robo del banco para ser destruidos.

Marito y el Nene, cada uno con sus dos bolsas de dinero, salieron hacia la camioneta. Ya aclaraba, amanecía. Subieron a la camioneta de Marito, y la cara del Nene era indescriptible. La

venía pasando muy mal. Había perpetrado algún ilícito, pero, como dicen en el ambiente, no daba pie con bola, no venía bien económicamente, y ahora cargaba con dos tremendas bolsas de dinero.

La camioneta tomó por la Panamericana, General Paz, 9 de Julio, otra vez Barracas, hasta la puerta del Nene. Se bajó y todavía no lo podía creer. Agarró sus dos bolsas, dio la vuelta, abrazó, besó y le agradeció a Marito y se metió en su casa.

Marito arrancó la camioneta, bajó los vidrios, puso música. Junto a él tenía sus propias bolsas de dinero y otra con el traje y el resto de la ropa que había usado. «Ahora sí que soy un ganador», pensó.

Tomó Marcelo T. de Alvear, Charcas, Ecuador, Santa Fe hasta el 2590, donde estacionó junto al kiosco de diarios. Se bajó, agarró aquellas bolsas, abrió la puerta del edificio y subió hasta el piso trece por el ascensor. Departamento cuarenta y siete. Metió todo adentro, volvió a cerrar, bajó otra vez, agarró la camioneta y dio la vuelta a la manzana hasta Santa Fe, Pueyrredón, Charcas, y en la esquina de Ecuador dejó la camioneta en el sexto piso de un estacionamiento.

Volvió caminando, con anteojos de sol, y llegó por fin a su casa.

En el segundo dormitorio, abrió las bolsas y empezó a sacar fajos y fajos de dinero, todo mojado. En pleno enero, prendió todos los calefactores que tenía y abrió las ventanas, para que el calor y el viento secaran los billetes.

Se metió en el baño, se sacó la ropa, se metió bajo la ducha tibia. Se cepilló los dientes dos veces. Tenía la boca pastosa por los nervios pasados, por el montón de horas que llevaba despierto sin comer. Salió de la ducha, desnudo, sin secarse, y caminó hasta el balcón. Amanecía el día sábado, 14 de enero de 2006.

Se volvió a meter en la ducha. Esta vez, un baño bien caliente. Eran las ocho o nueve de la mañana. Se tiró en la cama, otra vez sin secarse y, por fin, se durmió profundamente.

Cuando abrió los ojos, se dijo: «¿Qué pasó? ¿Soñé? ¿Es una realidad?». Salió disparado para el otro dormitorio y no, no había soñado. Allí estaban, fajos y fajos y fajos y fajos y fajos de billetes, tratando de secarse. Eran suyos, nadie los iba a tocar.

Miró por la ventana y se sorprendió: era de noche. «¿Cómo de noche?», pensó. Ya era domingo de madrugada. «¿Cuántas horas dormí? ¿Quince, dieciséis?» Un disparate de tiempo, acorde al cansancio acumulado que tenía.

Salió al balcón. Estaba muerto de hambre. En la heladera no había nada. La parrilla de enfrente, muy famosa, por la calle Santa Fe, obviamente estaba cerrada. Se volvió a tirar en la cama. Prendió la televisión, y en los informativos no podían creer las noticias que ellos mismos estaban dando: los ladrones no estaban. Habían encontrado un boquete en la pared. Las pizzas quedaron tiradas en la puerta, nunca las recogió nadie. Cuando entró el grupo Halcón al banco, hacía horas que la cuadrilla de ladrones se había ido. El boquete comunicaba con el Río de la Plata. Patrullaban el Río de la Plata. Prefectura Naval buscaba a los ladrones.

Todavía nadie tenía idea de que era la dirección exactamente opuesta por la que se habían fugado. Los periodistas decían que los policías no entendían qué había pasado. Los rehenes eran interrogados. Primero se creyó que alguno de los asaltantes podía estar camuflado entre los rehenes, pero ya se sabía que no. Tal vez pudo haber algún empleado infiel que había cubierto el boquete con ese archivador metálico. Se investigaba, en medio de la desazón.

Los ladrones desaparecieron, se los tragó la tierra, literalmente. Ya habían encontrado el túnel, dieciocho metros de profundidad, que daba al aliviador pluvial por donde podría circular un camión. Ya se informaba que habían construido un dique para navegar por ese aliviador y que ya habían encontrado un gomón flotando, todo roto.

Marito apagó la televisión y quedó entresueños. Cinco, seis, siete de la mañana. Ya no aguantaba más. No aguantaba más. Solo podía pensar en Gisselle.

**DOMINGO 15 DE ENERO DE 2006**

En el segundo dormitorio, ya había bastante dinero seco. Hacía un calor que más parecía de sauna, pero el sistema estaba funcionando. Marito agarró unos pocos dólares, euros, plata argentina, eligiendo los billetes más secos.

Se dio otra ducha, se cepilló de nuevo los dientes, se peinó, se vistió con la mejor ropa del ropero. Fue hasta el estacionamiento y retiró la camioneta. Recorrió toda Santa Fe hasta Cerrito, tranquilamente, con todas las ventanas abiertas, tomando mucho aire. Dobló en Rivadavia a la derecha hasta Callao y tomó Callao hasta Mitre, Mitre hasta Nicolás Rodríguez Peña, y allí estacionó.

Tocó timbre y esperó a que contestara Alicia.

—Bajá —le dijo.

—¿Sos vos? —Alicia estaba asombrada—. ¿Sos vos? Todo el mundo está hablando de vos.

—Bajá —repitió Marito y quedó inquieto. «¿Cómo que todo el mundo está hablando de mí? ¿Qué dice esta mujer? ¿Qué pasó?», pensó, intranquilo.

—¿Cómo que están hablando de mí? —preguntó Marito.

—No, de vos no. Están hablando de lo sucedido. Pero yo te reconocí enseguida en la tele.

Marito resopló de puro alivio.

—¡Ah, muchacha, me querés matar de un susto! Uy, ya había visto la cárcel cerca otra vez. —Tomá. Ahí tenés cinco mil euros, cinco mil dólares y unos pesos argentinos. Escondelos bien, después te traigo más. Ya te dije que iba a hacer algo grande y que seguramente las investigaciones tarde o temprano lleguen hasta mí, así que si las investigaciones llegan hasta mí, te van a allanar la casa. Escondé bien este dinero, después te traigo más. Chau.

Subió a la camioneta y se fue. Otra vez la vuelta manzana: Callao, Las Heras, rumbo a lo de Gisselle.

¡Qué alegría!

¡Qué satisfacción!

Se sentía el dueño del mundo. Era el propietario de dos bolsas de residuos llenas hasta arriba de dólares y había encontrado el amor, lo había encontrado en una mujer que lo necesitaba de verdad. Era un amor platónico, un lindo amor, puro.

Con todo ese dinero, sumado a lo que le correspondiera de las joyas, podría iniciar una nueva vida lejos de allí, del delito, y dedicarse pura y exclusivamente a mejorar la calidad de vida de Gisselle sin depender del poderío económico de sus padres.

Manejaba despacio, tranquilo, disfrutando el momento. Planeaba cómo tratar de convencer a Gisselle para irse a Europa y llevarse a Esther. Tal vez a una isla, Marbella, Mallorca, aguas cálidas, el sol del Mediterráneo.

Se recitó en voz alta unos versos que le gustaban mucho:

—Morir por morir, más vale morirse al sol.

«Pobre Gisselle —pensó—, que tome un poco de color, un poco de aire, que se saque del cuerpo la amargura de todos esos años de encierro. Ella está llena de vida y con mi dedicación

puede seguir mejorando.»

Con todo este dinero podría pagar algún tratamiento, alguna investigación. Todos los días hay nuevos hallazgos científicos. Algo se podría hacer para mejorarle las condiciones de vida.

«Soy el mejor», pensó. Se sentía el dueño del mundo, un éxito, un ganador, un triunfador. «Por fin quebré el sistema, por fin. Y ahora, después de tanto tiempo siendo el peor, puedo hacer el bien, qué bueno.»

Cuando llegó a la altura de la casa de Gisselle, vio a los custodios de Domingo y de María de las Mercedes fumando afuera, en el jardín anterior.

«¿Qué pasó? —se inquietó de nuevo—. No me digan que ya llegó la policía hasta mí. ¿Ya está la policía acá? ¿Qué le estarán haciendo a Gisselle? ¿La estarán interrogando?»

Mario aceleró la camioneta para seguir de largo y desaparecer, pero unos pocos metros después frenó, estacionó y se dijo: «No, yo no la puedo dejar sola. Ella no tiene nada que ver, el responsable soy yo. La reconcha de mi madre, otra vez en cana», pensó, con una mezcla de fastidio y resignación.

Cuando entró al jardín, los custodios levantaron la vista, se pusieron en movimiento velozmente y lo frenaron. Una voz desde adentro de la casa dijo:

—Déjenlo pasar —y lo liberaron.

Mario entró, conteniéndose para no correr, para mantener la dignidad. No sabía qué le esperaba adentro, la policía o qué, pero de ninguna manera iba a hacer un papel indigno. A lo que fuera que lo esperara en la casa, lo iba a enfrentar con la frente en alto.

Pero el destino quiso otra cosa. Entró, deslumbrado por el sol de afuera que contrastaba con la oscuridad del enorme recibidor que tan bien conocía. Y en el centro del cuarto había algo que no logró registrar al principio. Algo que no esperaba ver, algo que no quería ver, algo que no quiso entender qué era.

A la larga, comprendió. Sintió que el mundo se le venía encima. Las rodillas le flaquearon y cayó. Dos días antes, no se le había movido un pelo cuando por la radio en su oído izquierdo escuchaba a los francotiradores del grupo Halcón decir que lo tenían en la mira, pero lo que ahora veía lo quebró en un segundo.

En el medio del cuarto, había un ataúd sobre dos caballetes cubiertos de tela. Alrededor del ataúd, toda la parafernalia de velones, coronas y demás pompas fúnebres. Y dentro del cajón, ahora totalmente inmóvil para siempre, estaba Gisselle.

Mario estaba de rodillas, rendido, vencido, aturdido, sin entender nada. Esther llegó a su lado, le acarició la cabeza y se arrodilló junto a él. Ambos lloraban desconsoladamente. Mario no podía pensar, no podía razonar.

—¿Qué pasó? —pudo preguntar al fin—. ¿Qué pasó, Esther?

Y Esther respondió:

—Su corazoncito no resistió.

## 26

# DESPEDIDA

«Gisselle, nos vemos en el cielo. En el infierno, ya estuvimos.»

*Es muy difícil la reinserción social de una persona que abandona las drogas, el alcohol y el delito para trabajar, formar una familia y hacer las cosas bien. El común de la gente se arroga el derecho de nunca perdonarte, como si fueran dioses, y de ponerte la pata encima para que te hundas en su propia mierda. Aquí estoy yo, agradeciendo a los que sí te tienden una mano, apoyándote en tus emprendimientos laborales, sociales y familiares. Les doy un fuerte abrazo, sobre mi corazón.*

LUIS MARIO

Grupo  Planeta

¡Seguinos!

